

Selección RNR

SANDRA BREE

Trampa
para
dos



Romance Actual

Trampa para dos

Sandra Bree



1.ª edición: mayo, 2017

© 2017 by Sandra Bree

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-747-4

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Agradecimientos
Promoción

Prólogo

El año anterior, el gobierno español había inaugurado un nuevo centro de investigación que consistía en una universidad experimental para estudiar el comportamiento en seres racionales. Lo que dicho en otras palabras, venía siendo un montón de alumnos donde solo y exclusivamente respiraban oxígeno artificial, veían la luz del sol a través de los cristales y se alimentaban con las provisiones de las que el gobierno les abastecía.

Tomando un enorme solar, habían levantado grandes edificios dedicados a la enseñanza. Una impresionante mole de hormigón y vidrio que se elevaba hacia el cielo como un gigante llegado del universo más desconocido. Una construcción demoledora similar a una nave nodriza extraterrestre con la que tanto bombardeaban últimamente los televisores.

La estructura consistía en cuatro parcelas unidas entre sí por anchos corredores con jardines interiores, todo diseñado de modo que los estudiantes tuviesen lo necesario para sobrevivir durante el año. Un edén donde solo unos pocos privilegiados iban a tener el honor, si no de instruirse, por lo menos de demostrar que era un lugar habitable.

No se podía decir que el ensayo de este experimento fuese un fracaso a pesar de que muchos de los sujetos habían causado baja voluntaria durante ese primer año. Prueba de ello era que otra vez volvían a repetirlo. Pero esta vez iban a infiltrar a algún policía para que investigase sobre la desaparición de varios alumnos de los que sus familias habían hecho llegar la denuncia por no saber dónde se encontraban en la fecha actual, y algunos especulaban con la posibilidad de que estuviera pasando algo siniestro —quién dice siniestro, dice sospechoso— en su interior.

Los estudiantes que podían acceder a la universidad habían sido elegidos por sorteo, y alrededor de trescientas personas ya habían pasado su primer año con éxito. En el caso del infiltrado que iban a mandar, obviamente su

entrada estaba amañada y pocos eran los que sabían que él iba a estar allí. La investigación que llevaría a cabo debía cumplirla con la mayor discreción posible para no poner en riesgo todo el experimento.

El sargento en cuestión se maldecía por no haber pensado bien en la propuesta de su comisario y haberse ofrecido alegremente a ello, pues, precisamente él, era un hombre que estaba acostumbrado a estar solo y no sabía cómo iba a llevar eso de convivir con más gente. Desde luego iba a ser una dura prueba a superar. Sabía que si se hubiera tomado su tiempo para cavilar y hacer planes, sin duda habría enviado a su subordinado y amigo Diego. Pero ya era muy tarde para cambiar de opinión.

Cuando esa mañana entró en comisaría, caminaba un poco nervioso. Saludó a los guardias de la entrada con prisa y pasó directo hacia su escritorio. Diego ya estaba allí, ocupando la silla adyacente a la suya.

—¡Has madrugado! —le señaló, haciéndose el sorprendido.

—¡Vaya, pensaba que no iba a verte antes de que te infiltrases! —dijo Diego moviendo su asiento giratorio de un lado a otro—. ¿Ya tienes la maleta preparada?

—Lo tengo todo listo —respondió asintiendo con la cabeza—. Me vas a echar de menos, lo sé.

—Tienes razón —admitió Diego—. Esto va a ser muy aburrido sin ti.

El sargento sabía que iba a ser así. Llevaban muchos años conociéndose y trabajando juntos y nunca se habían separado durante tanto tiempo.

—Muy aburrido —repitió—. ¿Me estás tomando el pelo? —preguntó con un leve tono sarcástico—. ¡Aburrido va a ser pasar unos meses allí dentro rodeado de niñatos por todas partes! Me siento como si me estuviese adentrando en el mundo de los frikis. De solo pensarlo siento que me asfixio.

—Totalmente cierto. En cuanto te vayas he pensado anunciar una apuesta.

—¿Qué clase de apuesta?

—A ver cuánto tiempo tardas en pedir el relevo.

Las carcajadas de Diego no le hicieron ni pizca de gracia. Varios

compañeros volvieron las cabezas a mirarlos. ¡Perfecto! La frase ideal para terminar de desmotivar a cualquiera por completo.

—Ja, ja, qué gracia —respondió con cinismo. Se ajustó su arma reglamentaria, una HK 9 mm Parabellum, en la funda—. Ríete lo que quieras, pero serás tú el que estés bajo mis órdenes aquí fuera. —Le guiñó un ojo con diversión—. Espero que te portes bien en mi ausencia.

Diego curvó una ceja.

—No lo dudes. Es posible que me haya apoderado completamente de tu mesa de trabajo para cuando quieras volver.

Por la manera de decirlo, cualquiera habría pensado que Diego envidiaba su rango de sargento, pero no era así. Él era un conformista y no aspiraba a ascender mucho más.

—Hazlo y eres hombre muerto. Por cierto, podías aprovechar que no voy a estar para colocar un poco todo esto. —Le señaló la pila de documentos que había esparcidos—. No sé cómo puedes convivir entre tanto desorden.

Diego miró hacia los otros policías, y él también lo hizo. Habían vuelto a sus cosas.

—Me había olvidado por completo que tu segundo nombre era pulcritud. ¡Madre mía donde te vas a meter! Te recuerdo que el sitio al que vas no es ningún hotel y que tendrás compañeros de habitación.

El sargento no pudo evitar soltar un gruñido. Diego lo conocía al dedillo.

—Deja de machacarme, tío.

—Venga, puede que no esté tan mal como crees.

—Ya —respondió agitando la cabeza—. ¿Estás seguro de que no te apetece vivir esta experiencia?

Diego se espigó negando con la cabeza repetidas veces.

—Olvidalo, jefe. Aquí se está genial.

—Asegúrate de estar comunicado las veinticuatro horas del día.

—No te preocupes, siempre que me necesites estaré al otro lado de la línea.

—Eso espero porque de lo contrario, como me hagas salir a buscarte, ya te puedes esconder muy bien.

—Descuida, yo estaré cubriéndote las espaldas desde aquí. Anímate, quizá no tengas ninguna pista que seguir y cierran la investigación antes de lo que piensas.

—Tú que eres creyente reza por ello, porque yo no las tengo todas conmigo.

Capítulo 1

Chantal Damasco depositó sus maletas en la misma habitación que ya tuviera el curso pasado y soltó un suspiro. Lo primero que hizo fue mirar al techo para descubrir con decepción que alguien había borrado un enorme corazón rojo que ella misma dibujó con carmín. Era desmoralizante estar de nuevo entre esas cuatro paredes blancas, aunque esperaba que aquel curso fuese más ligero que el otro, y eso que tampoco podía quejarse mucho. Había tenido sus momentos divertidos.

Se recordó una vez más que estaba allí por la promesa que le había hecho a su padre y porque de ese modo no se separaba de su querida amiga de la infancia, Itziar Vélez. Si Ichi no hubiera entrado en esa universidad, ella tampoco lo habría hecho. Pero por supuesto, su padre se había encargado de que ambas estuviesen juntas tras depositar un importante donativo y falsear los nombres en el sorteo.

El dinero podía con todo.

—¡Pero bueno! ¡Si han quitado tus corazoncitos! —exclamó Itziar, entrando en ese momento en el cuarto, con su sonrisa aniñada.

Chantal se volvió a ella eufórica, emocionada de escuchar su voz, y la abrazó entre gritos de alegría.

—¡A por Dios, Ichi! Estaba empezando a pensar que no vendrías y que me habías dejado plantada.

—¡Cómo crees que iba a hacer eso! Estaba deseando verte después de tanto tiempo. Te he echado mucho de menos, tengo tantas cosas que contarte.

—Y yo a ti, no te creas. Ni siquiera sé por dónde empezar.

En el dormitorio había tres camas, dos escritorios y un impresionante armario ropero empotrado en la pared. Los suelos eran de madera clara y brillante. En conjunto todo era bastante elegante pero simplón. También había que decir que en ese momento aún no habían desembalado el equipaje; una vez

que lo hicieran, la decoración cambiaba completamente.

—Recordaba esto mucho más cálido y acogedor —murmuró Itziar recorriéndolo con la vista.

Chantal la imitó reprimiendo una sonrisa.

—Yo ni siquiera lo recordaba. No he pensado en este sitio más del necesario. —Al decir eso, las dos observaron irremediabilmente la tercera cama con cierta nostalgia.

—¿Has sabido algo de ella? —Quiso saber Itziar pasando la mano sobre la colcha—. Lo pasamos tan bien juntas, las tres, el año pasado. No comprendo qué fue lo que le dio para abandonar el curso cuando ya casi lo teníamos acabado. Aunque no lo parezca, la echo de menos.

—Se ha puesto en contacto conmigo en varias ocasiones. Quería saber cómo nos va y esas cosas.

Itziar frunció el ceño con sorpresa.

—Yo la llamé varias veces, pero me ha sido imposible comunicarme. Su madre me dijo que no sabía nada de ella.

—Bueno, sí, eso es cierto. Me contó que no quiso volver a casa. Al parecer tenía algún problema con ella. —Chantal puso una de sus maletas sobre la cama y comenzó abrir los cierres sin dejar de hablar—. Pero la verdadera razón es que conoció a alguien al poco de salir de aquí y decidió tomarse un año sabático. Yo le aconsejé que al menos pasase por casa para ver cómo estaban las cosas, pero ya sabes cómo es.

—Es una cabra loca —corroboró Itziar—. También te advierto que no parecía que su familia estuviese muy preocupada.

—Es una pena. A mí me cae fenomenal, eso sí, si ignoro su rareza. Es la típica tía que no puede estar ni un día sin un tío.

—Dilo, no te cortes, es una perra.

Chantal soltó una carcajada.

—Una gran perra.

—Si te digo la verdad, lo que en este momento me preocupa más es saber

quién va a ocupar este año la cama. Rocío lo debe estar pasando maravillosamente bien en cualquier lugar y seguro que ni piensa en nosotras.

Chantal dejó escapar un profundo suspiro. En ese momento ella también podía estar aprovechándose de los últimos días de septiembre en la casa de la playa que tenía su padre y, sin embargo, estaba allí, resignada a terminar lo que había empezado.

—Es verdad, no había pensado que ahora nos tendrán que meter a alguien en el cuarto —dijo encogiéndose de hombros—. Puede que tengamos suerte y se olviden de que hay hueco en nuestra habitación.

—Sí, tú sigue soñando.

Con una chispa de emoción, Chantal se apresuró a colocar la cantidad de ropa que llevaba. Sus maravillosas maletas se encontraban muy bien surtidas, como siempre que llegaba el verano y salía de compras, fundiéndose un dineral en la última moda, sobre todo en accesorios, zapatos, cinturones, adornos de pelo... le chiflaban todas esas cositas. Aparte que podía permitírselo. Su padre, uno de los hombres más ricos e influyentes de todo el mediterráneo, era escandalosamente multimillonario y dueño de varias empresas. Aun así, ella no era una persona que le diera mucha importancia. Apreciaba el valor del dinero al máximo y el esfuerzo que se empleaba en conseguirlo, pero si él le pasaba una sustanciosa paga, ¿por qué no podía gastarla en aquello que tanto le gustaba? Además, hablaba a su favor que no fuese la típica mujer engreída y soberbia que miraba a los demás sobre el hombro. No, ella no era de las que iban de divas por la vida, todo lo contrario. Aborrecía las discriminaciones en toda la extensión de la palabra.

Itziar la miró y se acercó a ella con curiosidad.

—¿Te has comprado algo nuevo?

—¿Algo? —Rio divertida—. ¡Tanto que no sabía qué escoger para venir aquí! El curso pasado fue una autentica tortura para mí. ¿Sabes lo que es estar un año sin ir de tiendas? Es el único vicio que me puede. Quizá deba ir a terapia.

Itziar agitó la cabeza comprimiendo los labios en una mueca.

—No sé lo que es eso. Soy pobre. ¿Recuerdas?

Chantal soltó una carcajada áspera.

—No empieces otra vez con eso. Parece que disfrutas recordádomelo. — Sacó un precioso vestido rosa palo y lo extendió sobre la cama. La tela de seda era una maravilla, las trazas, el escote en forma de V, todo ello gritaba a los cuatro vientos que había costado una pequeña fortuna. Un vestido exclusivo para la cena de gala.

—¿Te gusta?

Itziar se acercó como una autómatas, maravillada.

—¡Qué pasada! ¡Es alucinante de bonito que es! —Acarició la prenda con cuidadoso esmero—. ¿Desde cuándo vistes de rosa? Este color no te va muy bien, te hace parecer enferma.

Chantal curvó los labios en un mohín.

—Ya lo sé, tonta. No lo he comprado para mí, es tuyo. Este año no te pude regalar nada para tu cumpleaños. —Cogió el vestido y se lo puso en las manos. Se giró y siguió metiendo la ropa en el armario, sin mucho cuidado. Aquella era una tarea que no le gustaba hacer en absoluto—. Por cierto, aún estoy un poco molesta contigo. No pensaba decirte nada, pero ya sabes cómo soy. No puedo evitarlo.

—¿Por lo de las vacaciones? Me hubiera gustado mucho ir contigo, tenía todo preparado para hacerlo, pero a última hora mi familia...

Chantal la interrumpió:

—Son unos egoístas contigo. —La miró. No tenía motivos para echarle nada en cara y se arrepintió en seguida de ello—. Lo siento mucho, Ichi, es que me molesta que se aprovechen de ti. —Conocía más que de sobra a la panda de delincuentes que tenía Itziar por familia. Una vez habían poseído dinero, pero en cuanto el padre murió, el primogénito comenzó a despilfarrar la fortuna como si los billetes crecieran de los árboles. Ahora vivían los seis miembros de la familia en un piso pequeño y, para colmo, los dos únicos varones consumían drogas—. Si no te quisiera como si fueses mi hermana, te habría mandado a la mierda hace tiempo. Lo sabes, ¿verdad?

—Mira que eres boba. —Itziar la encerró en sus brazos con cariño—. Tenía tantas ganas de verte y estar contigo otra vez...

—Yo también.

—¿Ya no estás enfadada?

—No, ya no. —Ambas se separaron. Chantal terminó con su ropa y cerró la puerta de su parte del armario. Itziar comenzó a colocar la suya. Mientras tanto, ella esperó sentada en la cama, observando cómo doblaba las prendas con destreza.

—Te ayudaría con eso, pero seguro que no quieres que lo haga.

—¡No! Tú lo haces a lo bruto, y yo no tengo dinero para ir pagando a alguna de las chicas para que me planche.

—Cómo te gusta meter el dedo en la llaga, ¿eh?

—Me divierte, sí. De todas formas, yo no tengo tantas cosas que guardar. Ya no tardo ni cinco minutos. ¡Ojalá este año volvamos a coincidir en las clases! ¿Sabes algo?

—No, qué va. Hasta ahí no llega la influencia de mi padre, aunque yo confío que si la dirección no ha cambiado, y conociéndonos como nos conocemos, hayan pensado en eso.

—Mucha confianza tienes.

Chantal se encogió de hombros.

—¿Crees que este año habrá chicos guapos y potentes?

—¡Caray, nena! Mucho tienen que cambiar las cosas para que entren hombres así. La mayoría son cerebritos. ¿Qué ocurre, que este verano no has tenido éxito?

—Poco, mi padre andaba siempre muy cerca. Estaba empeñado en que debíamos pasar mucho tiempo juntos para compensar el resto del año. Y cambiando de tema, puede existir un cerebritito guapo. El año pasado había uno que te hacía perder las bragas.

Itziar enrojeció de repente.

—¿A mí?

—Sí, ¿cómo se llamaba?

—No sé de quién hablas.

—¿Cómo puedes ser tan falsa?

Itziar cerró el ropero y se volvió a enfrentarla. Chantal se puso en pie, comprobó la hora y vio que faltaba poco para la presentación.

—Me encanta tomarte el pelo, pero ahora no tenemos tiempo de discutir. Seguro que la gente ya está esperando para ver las listas —le dijo. Al abrir la puerta, lanzó un grito y, con pánico, se llevó una mano al pecho. Al calmarse observó el motivo de su susto. En el quicio estaba una mujer con unas largas y puntiagudas uñas negras que hacían juego con sus ropas azabaches. Su rostro era blanquecino, de rasgos marcados, que contrastaban con el maquillaje oscuro que usaba y que le confería un aspecto sobrenatural, algo parecido a una mezcla de una vampiresa siniestra y un ángel malévolo.

—Siento haberte asustado —murmuró la recién llegada con aire severo—. Me llamo Yolanda Torres. De secretaria me han enviado a este dormitorio. Por lo visto soy vuestra nueva compañera de cuarto.

Chantal tomó aliento profundamente e intercambió una mirada nerviosa con su amiga. Con rapidez se apartó de la puerta para dejarla pasar.

Itziar se dirigió a la nueva con una sonrisa calma.

—Hola, bienvenida, Yolanda. Yo me llamo Itziar y mi amiga es Chantal. Tu cama es esta, y la parte del armario que te corresponde es la de la derecha, eso si te queda algo libre. —La gótica frunció el ceño, e Itziar se echó a reír—. ¡Es una broma!

Con aire de extrema suficiencia, como si no le hubiese hecho ni pizca de gracia, Yolanda fue hasta su cama observando el dormitorio al tiempo que las otras dos la seguían con la mirada.

—No tenéis por qué esperarme, podéis ir bajando vosotras.

Itziar, con una mirada, le preguntó a Chantal si era buena idea dejarla sola en el cuarto. Chantal negó con la cabeza.

—No tenemos ninguna prisa. ¿De dónde eres, Yolanda? —preguntó Itziar.

Chantal no podía decir que no le gustase la nueva. Nunca se dejaba llevar por las primeras impresiones, aunque esa muchacha tenía aspecto de ser un poco borde y... extraña. Le recordaba a la tétrica hija de *La familia Adams*.

—De Madrid.

—¡Ah, de la capital! ¿Y qué te gustaría estudiar?

Yolanda se volvió a Itziar con semblante serio.

—Oye, mira, de verdad que aprecio que quieras entablar conversación conmigo, pero no suelo caer muy bien a la gente. Si no te importa, ahora quiero colocar mis cosas.

Chantal se cruzó de brazos en actitud chulesca. No iba a dejar que nadie hablase a su amiga así. Nunca lo había hecho y no iba a empezar en aquel momento.

—Supongo que serás capaz de hacer las dos cosas a la vez, al menos eso es lo que se suele decir de nosotras las mujeres. Lo que Ichi, al igual que yo, queremos tener es una ligera idea de con quién vamos a compartir dormitorio. Además da igual lo que digas, ella va a seguir insistiendo y a final de curso se sabrá tu vida entera. Más vale que le digas lo quiere saber ahora y te verás libre enseguida de nosotras.

La gótica se mordió el labio inferior, de mal humor, y comenzó a guardar y a colocar sus pertenencias de forma ordenada.

—No estoy muy acostumbrada a las personas amables y mucho menos a las muestras de afecto.

—Eso es bueno saberlo. Cuando sienta la necesidad de dar un abrazo a alguien, sé que no podré contar contigo.

—¡Chantal!

—¡No he dicho nada! —resopló—. No hace falta que me mires enfadada, Ichi, solo he dicho que es bueno saberlo, por si alguna vez siento ganas de abrazarla, no hacerlo.

Itziar arrugó el entrecejo. No recordaba nunca haber visto a su amiga ir abrazando a la gente sin ton ni son.

—¿Sois nuevas este año? —preguntó Yolanda.

Chantal agitó la cabeza. Itziar fue quien habló:

—Es nuestro segundo año. ¿Tú tenías ganas de venir o te han obligado? Verás, aquí encontrarás que a muchos, sus papis los metieron en el bombo del sorteo.

—Yo quería venir. Voy a estudiar arquitectura.

Mientras Yolanda terminaba de colocar, Itziar siguió intentado sacarle conversación, cosa que no surtió mucho efecto. Por suerte, las sirenas comenzaron a sonar, como aviso de que la presentación iba a comenzar.

Las tres conformaban un grupo muy interesante y peculiar en su camino al salón principal. Chantal, con una camiseta de canalé blanca y una falda celeste por encima de sus rodillas, calcetines blancos y cortos, y deportivas a juego con la falda, llevaba el cabello largo y dorado cayendo en ondas hasta su cintura. Sobre la cabeza lucía una cinta azul en forma de diadema. Sus ojos eran grandes y grises, ligeramente rasgados y hermosos, la nariz graciosa y respingona, y su boca se asemejaba a un capullo de rosa, tanto en el color como en su forma, ya que en ese momento los fruncía. Quizá ella era la que parecía más delicada de las tres, aunque Chantal era una persona fuerte, muy llena de vivacidad y energía.

Itziar vestía uno tejanos desgastados y una camisa de cuadros escoceses. Llevaba el cabello negro recogido en una alta coleta y andaba con zancadas largas y firmes. Sus ojos pardos eran una mezcla de tonos verdes y dorados, y sobre la nariz se dibujaban una multitud de diminutas pecas.

Yolanda iba de riguroso negro de la cabeza a los pies, incluidos dos enormes anillos y las vastas botas del ejército.

El trío despertaba curiosidad al conjuntar tanto, como comer sopa con un tenedor. Era difícil no reparar en ellas cuando cruzaron el vestíbulo.

—Las listas están allí —indicó Chantal al llegar al salón. Para alcanzar al tablón donde habían puesto con chinchetas los folios que contenían la disposición de las clases, se había formado una larga fila en la que nadie estaba colocado perfectamente. Aquello era un alboroto general; voces, risas,

bromas, saludos...

Ella se abrió paso hacia la multitud seguida de las otras dos, pero se detuvo al descubrir a uno de los muchachos que el año anterior no había parado de perseguirla. Luis no la caía mal del todo, sin embargo, en ese momento no tenía ganas de saludarlo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Itziar.

Ella negó con la cabeza.

—No, pasa tú primera. —Se echó a un lado dando varios pasos atrás. Su espalda chocó con algo duro. Se giró con una mueca y, al hacerlo, propinó un pisotón a un hombre que, con rostro frío, le devolvió la mirada con los labios comprimidos, molesto con ella.

—Lo lamento... —comenzó a decir ella, en cambio, se atragantó con sus propias palabras cuando lo observó con fijeza, horrorizada y admirada a un tiempo. No pudo evitar recorrerlo con la vista, desde los pantalones tejanos ajustados hasta la cazadora de cuero llena de cremalleras y tachuelas. Sin duda, era un tipo increíblemente alto, y lo primero que llamó su atención cuando llegó a su rostro fue un pequeño pendiente de brillantes en su oreja. Seguidamente reparó en su cabello largo, sobre los hombros, espeso y negro como el carbón, que enmarcaba un perfil hermoso y duro. Por último, su mirada azul zafiro; helada como el hielo, preciosa como una joya.

Los latidos de su corazón se aceleraron. En absoluto era la clase de hombre que a ella le gustase, sin embargo, ese macarra era endemoniadamente apuesto, alto, fuerte, guapo, duro, guapo —se volvió a repetir. Pero sobre todo... era enorme, con aspecto de ser muy, pero que muy peligroso.

—¿Chantal?

Ella se volvió a Itziar, soltando el aliento que sin darse cuenta había retenido, y avanzó hasta ponerse a su lado. Seguía sintiendo la gélida mirada del hombre en la espalda, pero no pudo ver la sonrisa divertida que hizo que los ojos azules se suavizaran. De haberlo visto, ella se habría escabullido a un lugar más lejano y seguro.

—¿Quién es? —susurró Itziar. La mayoría de las mujeres se habían vuelto a

mirarlo con fascinación y curiosidad—. No parece que sea un alumno, ¿verdad? Quizá, un nuevo profesor, aunque es bastante amenazador por su aspecto.

—No lo sé.

—Es muy guapo.

Chantal se encogió de hombros fingiendo desinterés.

—No me he fijado —mintió—. Puede que si no llevara esa ropa tan cutre, me habría dado cuenta. Me parece un chico del montón. —Itziar la miró como si estuviese loca. Y debía de ser así al no admitir que ese tipo era hermosamente atractivo. Se puso colorada—. Tiene unos ojos muy bonitos, creo.

—¿Lo crees? —Itziar volvió la cabeza a él, pero en seguida Chantal le clavó el codo en el estómago.

—No seas descarada. Tiene unas fachas que lo mejor es mantenerse alejada de él —susurró.

Itziar se encogió de hombros.

—Me parece majao. —Miró a Yolanda con una ceja arqueada. Esta asintió.

—El chaval esta bueno.

Chantal volvió a espiarlo por el rabillo del ojo. No había duda de que estaba más que bueno. Era espectacular, y todas las chicas de alrededor no hacían más que mirarlo y murmurar, sin embargo, él aparentaba no advertir la presencia de nadie y parecía concentrado en mirar las listas.

—¡Estamos en las mismas clases, Chantal! —gritó Itziar, sobresaltándola. De repente quedó todo en silencio.

Chantal enrojeció al darse cuenta de que muchos las miraban con atención.

—¡Genial! —farfulló.

—¿Qué te pasa?

La gente pareció despertar y siguieron con sus cosas.

—Nada, es solo que me has asustado con tu grito. ¿Yolanda también está con nosotras? —preguntó, observando a su nueva siniestra compañera que

miraba las listas. Esperaron a que ella se diese la vuelta.

—Creo que sí.

Itziar lo comprobó y asintió.

—Estamos juntas. ¡Esto va a ser la caña de España!

Salieron de entre la gente esquivando a los alumnos, aunque algunos del año anterior las paraban para saludarlas.

—Yo, si no os importa, me voy al dormitorio —dijo Yolanda en cuanto se vio libre de la gente—. He pasado casi toda la mañana en el andén de tren y estoy cansada.

—¿Tan pronto?

—Déjala, Ichi —susurró Chantal.

—De acuerdo, nos vemos más tarde.

Itziar miró a Chantal, y esta se encogió de hombros una vez que se fue.

—Creo que se sentía incomoda por tantas presentaciones.

—Es bastante rara —admitió Itziar—. Mientras no sea una escandalosa de esas a las que les gusta poner música extraña a tope, la cosa puede funcionar.

Sonriendo, Chantal agitó la cabeza.

—¡Por poco me da un ataque en cuanto he abierto la puerta! Te prometo que me ha faltado el pelo de un calvo para echarla del dormitorio.

—¡No seas tonta! —dijo Itziar, riendo—. Es un pelín extraña, eso es todo. Tú has conocido gente peor.

Chantal frunció el ceño.

—Sí, bueno, pero nunca he compartido habitación con un vampiro. Vamos, que me la encuentro en un sitio oscuro y me oyen gritar hasta en la China. No sé si cubrirme el cuello, o colgarme una ristra de ajos, o... llevar un crucifijo.

Itziar soltó gigantescas carcajadas.

—¿Cómo haces para hacerme reír tanto? ¡Eres la persona más divertida que conozco!

Chantal la miró simulando no encontrar gracioso el tema.

—No estoy hablando en broma. ¿No tienes la sensación de que se ha

escapado de alguna *peli* de terror?

Itziar rio más fuerte todavía.

—Ya te imagino contratando a un cura para que nos bendiga el agua.

—No se me había pasado por la cabeza, pero tendré que ir dándole vueltas al asunto.

Itziar aspiró profundamente para acallar las risas y la cogió del brazo con afecto.

—No dejaré que te pase nada. Si me faltas no me servirían buenas comidas ni me tratarían tan bien en el comedor. Te prometo que me guardaré un par de estacas bajo la cama por si acaso.

—Espero que sea cierto. —Le regaló una cariñosa sonrisa—. Sabes que me encanta verte sonreír, Ichi. Hace mucho que no lo haces.

—No puedo hacerlo. No sabes lo que es esperar de un momento a otro que alguien llame a mi casa para avisar que alguno de mis hermanos se ha muerto de sobredosis. Si no fuese por mi madre, hubiese mandado todo a la mierda hace tiempo.

—¿Y cómo está ella?

—Hecha polvo. No hace más que llorar o discutir con ellos. Solo parece que está a gusto cuando no hay ninguno en casa. Suerte que Alicia ha recibido una beca para estudiar en Nueva York y que Menchu se va a vivir con el novio. En cuanto regrese, me llevo a mi madre a vivir a cualquier lado que esté lejos de mis hermanos, donde ya no puedan hacerle más daño.

—¿Crees que ella querrá?

Itziar agitó la cabeza.

—¡Claro que no va a querer! Y seguro que buscará mil excusas, pero tiene que comprender que no puede seguir así. Un día de estos me la matan de un disgusto.

—Ella terminará convenciéndote de que no puede dejarlos solos.

—Lo sé —respondió entre dientes—. Pero esta vez tendrá que elegir Chantal. Las cosas están muy mal en este momento. Mis hermanos ya no

piensan más que en sí mismos y en conseguir su dosis. Por sus venas ya no corre sangre, solo veneno. O mi madre se queda en casa con mis hermanos o se viene conmigo.

Chantal la miró compadecida.

—¿Serás capaz de hacerlo cuando llegue el momento?

—Si no hay más remedio lo haré. Estoy muy cansada de vivir así.

Capítulo 2

Alonso Vega se despojó de la cazadora de cuero y la dejó sobre el césped. Llevaba una camiseta blanca sin mangas y se hallaba sentado bajo uno de los pocos árboles que poblaban el jardín, mirando todo con ojos críticos.

Sus dos compañeros de habitación eran agradables. Álex, que también era nuevo ese año, y Cristian, este ya había estado el curso anterior y se jactaba de conocer a casi todo el mundo.

De repente, por el camino que accedía al pabellón del ocio, vio llegar a dos muchachas sumidas en una profunda charla. Cristian siguió su mirada y soltó un largo y ruidoso suspiro.

—Y ahí están los bombones del centro.

Alonso observó a la belleza rubia, estudiándola con atención. No estaba seguro de que le gustase su estilo de vestir, parecía una niña de papá, de esas que en los colegios mayores iban de populares, sin embargo, era terriblemente bonita. Recordó como sus ojos grises lo habían mirado, primero con terror después de haberlo pisado, y después con clara admiración al recorrerlo de la cabeza a los pies.

—¿Las conoces? ¿Quiénes son? —le preguntó.

—Son las consentidas —respondió con un movimiento de cabeza—. Intocables y consentidas.

Alonso se humedeció los labios.

—¿Quién te interesa de las dos?

—¿A mí?

Alonso asintió.

—Es más que obvio, de otro modo no te hubieras referido a ellas del modo en que lo has hecho. Una de las dos te gusta, ¿pero cuál?

—¡Oye! ¡No serás *poli*!

—¿Eso crees? —preguntó Alonso riendo—. Venga, dime, se trata de la que viste con ropa de marca, ¿verdad? —insistió, volviendo a mirar a la rubia. Tenía un rostro agradablemente esculpido, ojos grandes y hermosos del color de la plata, labios llenos y sensuales y piel de marfil hasta donde alcanzaba la vista.

—¡Ah! ¡No! ¡Esa no! Chantal es muy bonita, fue en ella en la primera que me fijé el curso pasado, sin embargo... no se interesó mucho en mí. Supongo que no tenemos muchas cosas en común. Lleva un rollo diferente. La que me gusta un montón es su amiga Itziar, pero para estar con ella debes caer bien a la otra. Veréis, se conocen desde hace mucho tiempo...

—¿Y ha dado la casualidad que han coincidido aquí? —inquirió un escéptico Álex.

Cristian asintió.

—El padre de Chantal tiene dinero. Creo que es socio de las instalaciones o que él cedió los terrenos, no lo sé muy bien, pero sé que es algo así. El caso es que entraron juntas aquí, pero se conocen desde pequeñas, son algo así como hermanas. Entre ellas se defienden con uñas y dientes. Tienen un vínculo tan especial que el año pasado llegaron a decir que eran lesbianas.

—A lo mejor es cierto —dijo Álex.

Alonso entornó los ojos al tiempo que sintió una sacudida en los pantalones. ¿Era posible que fueran lesbianas? De ser así tenía que ir viendo algún modo para cambiar de sexo.

—No —respondió Cristian—. Hasta donde yo sé, Itziar se lo monta con tíos. Y lo sé porque ella y yo nos enrollamos en alguna ocasión y me lo dejó bastante claro. Oye, si os cuento esto es para que no me la levantéis. Quiero ir en serio con ella.

A Alonso no le interesaba Itziar. Quería saber más de Chantal.

—¿Y la otra? ¿No estuvo con nadie?

—Que yo sepa no, y no porque no fuesen tras ella, puesto que había algunos que eran más pesados que dormir una vaca a besos. Pero bueno, se apañaba bien y los cortaba. Aunque claro, a raíz de aquello quisieron vengarse de ella

y alguien hizo correr el rumor de que había trabajado en un local de copas como bailarina exótica. —Alonso arqueó las cejas, intrigado. Con la boca seca, observaba los labios y los apuestos contornos de la joven que, ajena a ellos, continuaba caminando junto a su amiga—. ¿Os lo podéis creer? —Rio divertido—. Nadie se tragaría eso de ella siendo hija de quien es.

Alonso sonrió y por un momento la imaginó sobre un escenario. Desde luego tenía un cuerpo bonito. Piernas largas, cintura estrecha, pechos ni muy grandes ni muy pequeños. Pero indudablemente no la creía capaz de contonearse medio desnuda delante de un montón de tíos babeando.

—¿Pues sabes qué te digo? Que es una lástima que no sea así. Si fuese una estríper sabría cómo llevármela a la cama.

—Sí, pero intentarlo con una pija es diferente. ¿Eh? Aunque mirándote bien, Alonso, yo no creo que tengas problemas con las mujeres. He visto cómo te miran muchas.

Álex puso los ojos en blanco y se dejó caer hacia atrás sobre la hierba.

—Pero eso es por las ropas de motero. No se ven muchos tíos como tú por aquí. —Como Alonso lo miraba intrigado, Álex se apresuró a explicar—: Con pendiente, pelo largo, tatuaje. —Le señaló el brazo—. Yo diría que más bien das miedo. Por cierto, ¿qué es el *tatu*? ¿Una serpiente?

Alonso asintió y se miró la serpiente que rodeaba su ancho bíceps. Estaba tatuada en negro con líneas precisas y curvadas. Una locura de su juventud.

Cristian también lo miró.

—Mola. ¿Por qué estás tú aquí, Alonso? Me refiero a que, según estipulan las bases de este programa, la edad establecida como límite es de treinta años, excepto para el profesorado, mantenimiento y servicio de limpieza. Tú tienes más, ¿no?

Alonso hizo una mueca de disgusto.

—Sí, bueno, aparento más edad de la que tengo. Es por la altura y las horas que me meto en el gimnasio. Además me apetecía venir y conocer todo esto.

Álex lo miró de reojo. No le había creído, pero tampoco quiso insistir.

Cristian meneó la cabeza como si su respuesta hubiese sido suficiente.

El pabellón que estaba destinado al ocio recibía a los visitantes con una gigantesca pantalla panorámica situada en la pared principal del salón. Puesto que no debían tener contacto con el mundo exterior, solo estaban autorizados a ver reposiciones de programas y películas. En cualquier caso, pocos eran los que en ese momento veían la televisión. Los alumnos nuevos estaban más atentos en descubrir qué productos suministraba el pequeño pero curioso centro comercial.

Chantal sabía que como mucho podían conseguir ropa de deporte y muda; efectos de aseo personal: jabón, desodorantes, colonias... y una serie de revistas en el kiosco. Una vez cada dos semanas se les permitía hablar por teléfono con la familia. Era en ese momento cuando solían empaparse de lo que pasaba fuera de los límites del centro, cuando sus mentes registraban y apuntaban los últimos chismes, otro nuevo atentado, un ganador de lotería o a un vecino que le habían embargado el piso por no pagar...

—Ven, Chantal, vamos a sentarnos aquí. Cómo se nota que hoy ha traído todo el mundo comida de casa. Es raro ver este sitio tan vacío.

Chantal se apoyó en el respaldo de su silla y asintió.

—Ya te digo. Tenemos que montárnoslo de diferente manera a la del año pasado. En vez de hacer tiempo a la salida de las clases, la primera que salga tiene que venir a coger sitio. Eso de estar esperando más de quince minutos para sentarnos tiene que acabarse —dijo recordando lo aburrido que era la espera hasta que alguien desocupaba las mesas. Ella por regla general se tomaba su tiempo para comer. Solían decirle que era más lenta que el caballo del malo. Y más de una vez había tenido que engullir su comida como los pavos, de camino a las clases.

La mujer que servía las bebidas no era la misma que la del año anterior. Esta era más mayor y caminaba con lentitud.

—Hola, hermosas, bienvenidas al centro, mi nombre es Mary.

Las jóvenes se presentaron y pidieron sus bebidas.

—No sé si vamos a peor —susurró Itziar, dando un sorbo a su batido de chocolate, después de que la camarera se fue.

—La pobre mujer no aguantará mucho tiempo aquí, ya lo verás. Esa no sabe dónde se ha metido.

—Bueno, a lo mejor no tiene a nadie fuera que la espere. Ahora es bastante complicado que las personas mayores encuentren trabajo.

—Sí, es posible que tengas razón. —Chantal se limpió los labios con una servilleta de papel. Durante unos minutos estuvieron observando en silencio todo lo que sucedía a su alrededor.

—Estoy un poco cansada —dijo Itziar—. Deberíamos irnos ya a nuestro dormitorio. Sé que a Yolanda no le va a gustar mucho que vayamos tan pronto, pero es lo que hay.

Chantal asintió. La repentina llegada de varios hombres llamó su atención. De los tres, conocía a Cristian, el tío por el que Itziar perdía las bragas. Al otro no lo había visto nunca, y el tercero era inconfundible. Su aspecto imponía extraordinariamente. Apostaba a que si ponía sus manos alrededor de uno de sus bíceps, no podría abarcarlo. Se había hecho una cola de caballo y sus ojos azules resaltaban todavía más en el bronceado de su piel. Se sintió fascinada por el efecto que tenía la luz sobre ellos. ¿Cómo podía ser tan apuesto, derrochando virilidad por cada poro de su piel, y al mismo tiempo provocar... miedo y excitación?

Itziar también miró.

—¿No es ese el de antes? ¡Qué tío más guapo! —volvió a decir—. Tiene un no sé qué que llama la atención.

—Sí, unas pintas de malote que no puede con ellas. —Chantal lanzó un gruñido suave al cruzar la vista con la de él. Agradeció en silencio que no pareciera interesarle. El morenazo había apartado con rapidez sus ojos para sonreír a las mujeres que servían tras el mostrador—. Venga, vámonos antes de que a tu querido amigo se le ocurra presentarnos —dijo Chantal dándose cuenta de que Cristian las miraba fijamente.

—¡Él no es mi querido amigo! Es... solo un amigo —respondió Itziar con las mejillas al rojo vivo.

Chantal se levantó de la silla deprisa, casi cayéndose. Echó a andar hacia la puerta con largas zancadas. Itziar, desconcertada, fue tras ella.

—¿Me has oído? Es solo amigo —repitió.

—Pues lo que sea. —En su mente maldijo la casualidad de que precisamente el macarra estuviese con Cristian. Era consciente de que tarde o temprano serían presentados, pero cuanto más tarde, mucho mejor.

—Él no es tan mala persona como te crees.

—¿Quién? ¿Cristian?

—Sí.

—Te prometo que no me cae mal. Siendo sincera contigo, no me gustó mucho que se viera involucrado el año pasado en algunas peleas, mucho menos que lo pillasen fumando hierba. He decidido por ti que voy a olvidarme de eso, ¿vale?

—¡Fue una noche que estaba de fiesta! —exclamó Itziar. Al darse cuenta del tono de su voz, respiró profundamente—. Mira, odio cuando te pones en plan prepotente, Chantal. Parece que tú nunca has roto un plato y que vas de perfecta por la vida.

Chantal se volvió a ella y la miró con una chispa de arrepentimiento en sus ojos grises.

—Cristian no me cae mal —repitió deteniéndose justo al atravesar las puertas de cristal. Desde allí echó un vistazo rápido al macarra. Se había sentado apoyando la espalda contra una columna, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Es solo que no quiero que nadie te haga daño, eso es todo. Para mí eres como si fueses mi propia familia.

—Lo sé y estoy al tanto de tus motivos, pero reconoce que a veces te pones muy pesada. He dicho que él no me gusta y punto.

—Ya, y yo te he dicho que mientes. Te conozco más que tú misma —dijo sonriendo.

—¡No digas tonterías! —Itziar echó a andar muy estirada. Chantal no tuvo más remedio que correr para ponerse a su lado.

—¡Si te has puesto colorada nada más ha entrado en la cafetería!

—¿Y cómo sabes eso si no has hecho más que mirar al otro tipo?

Chantal se sintió cazada. ¿Tan descarada había sido? Había creído que nadie se había dado cuenta.

—Bueno —comenzó a decir, esperando no sonrojarse—, que ese macarra no sea mi tipo, no significa que no me atraiga su físico.

—¿Entonces admites que te atrae?

—¡No! —respondió contundente—. Siento curiosidad como todo el mundo.

—¿Quién es ahora la mentirosa?

—¡Joder, Ichi! Hace tiempo que no estoy con nadie. Es posible que necesite un buen polvo.

—Tampoco cuesta nada admitirlo. Todos tenemos nuestras necesidades.

—Ya, pero no creo que eso sea una buena idea.

Itziar se puso a reír.

—Tú misma.

Yolanda estaba tan enfrascada en su lectura que ni siquiera levantó la cabeza cuando ellas llegaron. Unos minutos más tarde, las luces del centro fueron bajando muy despacio de intensidad hasta que tan solo unos diminutos apliques de pared quedaron para iluminar los largos corredores.

Capítulo 3

El profesor don Javier, al que todos llamaban amistosamente Javi, había estado explicando la procedencia y el significado de los diamantes. En el aula reinaba un gran silencio a excepción de su sedosa y envolvente voz.

A Chantal le agradaba ese profesor. Con ella siempre era amable y atento. Si se apuraba mucho, podía decir que era bastante permisible, aunque no le había gustado que Rocío y él hubieran tenido un pequeño lío el curso pasado. En realidad no podía culparlo. Conociendo a Rocío, sabía que era posible que ella lo hubiera provocado. Sin embargo, él tenía que haber sido más responsable. Por supuesto, los pocos que habían conocido ese romance dejaron de hablar de ello cuando Rocío se marchó.

—... por eso —continuó diciendo don Javier, devolviéndola a la realidad —, Chantal Damasco nos va a decir cuántos quilates se necesita para tener un gramo.

Ella achicó los ojos, confundida. Levantó la cabeza del libro de física que había estado mirando. ¿Por qué tenía que preguntarle a ella? ¿Acaso no había nadie más tonto en la clase o qué?

Si el macarra no se hubiera sentado delante de ella, habría prestado más atención a la explicación, pero los anchos y fuertes hombros que asomaban de la estrecha camiseta roja sin mangas, y el excitante tatuaje de su brazo, habían impedido que se concentrara en nada que no fuese imaginar cómo sería echar un polvo con él. Es más, llevaba un rato preguntándose si en la cama sería dulce o tierno o, por el contrario, tan salvaje como parecía.

Don Javier volvió a preguntar:

—¿Señorita Damasco, me ha escuchado?

Advirtió que todos sus compañeros la miraban con curiosidad. Incluso el dueño de sus pensamientos se había girado en su silla a observarla con rostro insolente.

Chantal se pasó la lengua por los labios en un gesto nervioso. Los ojos azules la perturbaban y sentía el corazón como si tuviese un colibrí en el interior.

—¿Puede repetirme la pregunta?

—¿Sabe cuántos quilates son los que se necesitan para conseguir un gramo, señorita Damasco?

«¿Qué hacía?». Si decía que no había prestado atención, el tipo que tenía delante iba a pensar que era una completa imbécil. Por otro lado, si se lo inventaba, podía pensar lo mismo.

Con sorpresa, vio que él le mostraba los dedos de una mano al tiempo que movía los labios chivándole el número.

—¿Cinco quilates para un gramo? —se atrevió a preguntarle al profesor. Se odió al escuchar su propia voz con un tono chillón y desagradable.

Don Javier asintió satisfecho. Era consciente de que ella no era de las mejores estudiantes. Solo pedía de su parte que prestara una mínima atención. Era sabido por todos el estatus de su padre, y aunque no fuera precisamente correcto, los profesores solían hacer la vista gorda cuando ella hacía algo que incumplía las normas.

Él todavía recordaba cómo el curso pasado ella se había escapado cada noche a la piscina cubierta, algo que estaba prohibido para todos los alumnos. Tan solo con una diminuta braga había deleitado a los pocos que tenían el privilegio de expiarla. Él entre ellos.

—Quizá estoy hablando demasiado rápido para que puedan memorizar los datos. Acabamos de llegar de vacaciones y es normal que todavía muchos de ustedes aún no estén muy centrados —dijo, cerrando el libro que tenía sobre la mesa—. Repasen en silencio el último tema, regreso en unos minutos.

Chantal suspiró hondo y tras pensarlo unos segundos, después de que don Javier saliese de la clase cerrando la puerta, se atrevió a tocar con un dedo el hombro del moreno. Le sorprendió la dureza de sus músculos.

«¿Es que todo en él era así?».

Se estremeció, repitiéndose de nuevo que no entendía por qué se sentía de ese modo cuando ese tipo no le gustaba. Quizá era porque podía oler el delicioso aroma de su piel...

Él giró la cabeza con rostro serio y sus ojos tocaron todos sus rasgos. Su mirada celeste pareció succionarla hasta el alma.

Ella dejó de respirar. Sentía pulsaciones en partes de su cuerpo que nunca antes había imaginado. ¿Qué tenía ese hombre de especial aparte de ser hermoso como un Dios?

—¿Qué quieres? —preguntó él con una voz tan cálida y varonil, que la dejó medio embobada.

—Darte las gracias por lo de antes. Me quedé en blanco. —Nerviosa, se encogió de hombros, se humedeció los labios que se habían quedado de pronto secos—. Estaba pensando en otras cosas.

Él asintió con suavidad, no dijo nada, solo la estudió unos largos segundos y regresó a sus libros.

Chantal suspiró de nuevo. Se sentía ridícula. No tenía que haberle dado las gracias. Es más, ni siquiera tenía que haberlo tocado. Se limpió el dedo restregándolo en su falda de manera infantil. ¿De quién había sido la culpa de su distracción? Absolutamente de él. Taladró su ancha espalda con una mirada fría y cortante que nadie alcanzó a ver.

Sin darse cuenta, otra vez comenzó a pensar en él. No parecía el típico estudiante de universidad, y no solo porque cada fibra de su ser despertara en su presencia. Había algo más que no lograba descifrar. De todos modos, su orgullo estaba herido. Debía de haber parecido una verdadera tonta, no solo ante él, sino ante todos.

Incomoda, levantó la mirada al encerado y sus ojos se dilataron al ver escrito en tiza:

CINCO QUILATES = UN GRAMO

Perdió el color de la cara y se sintió estúpida como nunca en su vida. ¡Todo el tiempo había estado allí, ante sus narices! Cruzó una mirada con Itziar que,

con el ceño fruncido, la observaba con atención.

Durante la comida, Chantal e Itziar no dispusieron de mucho tiempo para hablar, ya que Yolanda, como una sombra, con su rostro inmutable, se había unido a ellas. Además, las mesas redondas tenían capacidad para seis personas y estaban casi todas completas. El comedor tenía amplios ventanales por los que entraban luminosos rayos de sol y toda la estancia despedía un aroma a guiso casero.

Itziar, con mirada cautelosa, tomó un libro negro que pertenecía a Yolanda. Sus tapas eran siniestras y duras, y en la portada había un extraño dibujo rojo.

—¿Qué es esto? —preguntó curiosa.

—Es un amuleto. Supuestamente para protegerte de los espíritus malignos.

Itziar levantó la vista hacia Chantal, que las observaba en silencio, con la mirada perdida. Seguía sin poder sacarse de la cabeza el grandísimo ridículo que había hecho aquella mañana. E incluso aunque cerrara los ojos seguía viendo al macarra sentado delante de ella, todo poderoso e increíblemente sexi.

Hizo un esfuerzo por apartarlo de su mente. Se dirigió a Yolanda arqueando las cejas.

—¿Es una novela de espíritus? ¿De qué va?

La gótica chasqueó los dedos de una mano.

—Más bien son hechos reales. Relatan cómo invocar y cómo las almas de los más malvados pueden penetrar en una habitación sin darnos cuenta.

—¿No te dan miedo esas cosas?

—La verdad es que no.

—Yo, una vez, hice espiritismo —confesó Chantal, limpiándose con delicadeza los labios en la servilleta.

Yolanda la miró escéptica.

—¿Tú? ¡No me lo puedo creer!

—¿Por qué? —preguntó molesta. Odiaba que pensarán que era incapaz de

hacer algo... descabellado.

Yolanda se encogió de hombros.

—No sé, no lo imagino de ti.

—Te sorprenderías con las cosas que hace Chantal, pero yo tampoco me creo lo del espiritismo —añadió Itziar—. ¿Vas a tomarnos el pelo?

—¡No! ¡Estoy diciendo la verdad! Fue hace bastante tiempo. Si queréis os lo cuento, y si no, que os den. Me importa un comino lo que creáis —les dijo enfadada.

—Estás de broma —insistió Itziar.

—¡Te prometo que no! —respondió Chantal, viendo como las dos intercambiaban una mirada cómplice. Respiró hondo y se esforzó por no discutir mientras se apresuraba a buscar sus cosas para marcharse, pero Itziar la detuvo con una mano sobre su brazo.

—Venga, cuéntalo, no te enfades.

—No si no queréis.

—¿Vas a hacer que te suplique? —bromeó Itziar con una sonrisa traviesa—. Estos últimos días estás demasiado susceptible. Me preguntó si tendrá algo que ver la llegada del macizote que se sienta delante de ti en clase de física.

Chantal se pasó la lengua por los labios. No era bueno que su amiga la conociese tan bien.

—¡Venga ya! Ahora todo lo que me pase lo vas achacar a ese tío. Reconozco que no está mal para tener un rollito aquí dentro, pero olvídale.

—De acuerdo, entonces cuéntenos lo del espíritu.

Un ligero escalofrío recorrió la espalda de Chantal al recordar aquel día. Tragó saliva.

—Fue un día que no me apetecía nada entrar en el colegio, y justo cuando el chófer que me llevaba se marchó, aproveché para escaparme. La mala suerte es que mi hermano me pilló y al final los dos hicimos novillos. Fuimos a casa de una amiga, y allí estaba otra chica acompañándola. Otras veces, cuando había faltado a la escuela, veíamos series o películas, pero ese día mi

amiga se había comprado una tabla güija. Yo nunca he creído en esas cosas y me daba risa, es más, me tuvieron que reñir varias veces para que me callase. Era bastante gracioso, y además lo estábamos grabando. Me pareció que sería divertido escucharnos después. Mi hermano, pensando que yo no me daba cuenta, movía vasos, hacía ruidos... El caso es que la tabla comenzó a contestar preguntitas. —Agitó los hombros y estiró el cuello. Seguía sintiendo mal rollo al hablar de ello, y eso que habían pasado bastantes años— Bueno, al tema. Era un niño de ocho años llamado... —agitó la cabeza. En ese momento no lo recordaba—... es que era un nombre muy raro. El caso es que empezamos a bromear con el típico «has sido tú, que te he visto». Sin embargo, cuando escuchamos la grabación para reírnos otro rato, nos llevamos tal susto que yo jamás he vuelto a hacer esas cosas. No sé si serán ciertas o no, pero paso de repetir.

—¿Por qué? —Quiso saber Itziar intrigada—. ¿Qué escuchasteis?

—Eran unas cosas rarísimas y súper extrañas.

—¿Te dio la sensación que lo que oías provenía de otro lugar y otra época? —preguntó Yolanda como si hubiese leído su mente o le hubiera ocurrido algo igual.

Chantal se sorprendió.

—¡Sí! No sé si de otro lugar o no. Pero era como si se hubiera metido alguien más con nosotros. Es difícil de explicar. Por un lado, se oían nuestras voces y nuestras risas, pero por otra parte se escuchaba la voz de un niño pequeño llamando a su padre y gritando que había fuego. Horrible, ¿verdad? Era espantoso escuchar esa voz infantil y angustiada. Nos gritaba las respuestas con desesperación. —De pronto se acordó del nombre del niño—. ¡Cial! ¡Así se llamaba! Cial.

Itziar la observó con fijeza. Por regla general sabía cuándo Chantal hilvanaba alguna broma, pero hablaba tan convencida esta vez que...

—Dimos por sentado que había muerto en algún incendio —terminó de decir. Frotó una manzana verde contra su falda color crema y le dio un bocado, consciente de que sus compañeras la miraban boquiabiertas.

—¿Y qué pasó después? —preguntó la gótica con ojillos brillantes—. Lo investigasteis más tarde, ¿no?

—¿Investigar el qué?

—¿Cómo que él qué? ¿No sentiste curiosidad por saber si era verdad o no?

—No. ¿Para qué íbamos a hacer eso? —respondió Chantal—. Pasamos del tema, y «a otra cosa, mariposa». Ni siquiera sé qué sucedió con esa grabación.

—Oye. ¿Podemos investigar algo con esos datos? —preguntó Itziar.

El tiempo había pasado con velocidad y el comedor estaba casi vacío. Ellas ni se percataron.

—¿Investigar? —preguntó Chantal atónita. ¿Acaso Itziar se había vuelto completamente majara? ¿Cómo iban a investigar eso con los pocos datos que tenían? Además, ¿por qué querrían hacerlo?—. Es una completa gilipollez.

Yolanda miró primero a Chantal, con una mueca divertida en los labios, y después a Itziar.

—Creo que sí —respondió Yolanda emocionada, recogiendo su tétrico libro—. ¿Quedamos después de clase y vamos a la biblioteca? Siempre hay periódicos antiguos.

—Estamos encerradas, Ichi, no vamos a encontrar gran cosa —dijo Chantal mirando a su amiga con firmeza.

—¿No será que tienes miedo? —preguntó Yolanda, con la vista sobre ella, provocándola.

Chantal frunció el ceño; más que miedo sentía inquietud. Y si no accedía a ayudarlas, se auguraba un montón de horas sola y aburrida. Conocía de sobra a Itziar y sabía que a ella estas cosas le fascinaban. Con un suspiro resignado asintió.

—Yo os ayudo en lo que pueda, pero no contéis conmigo mucho, ¿eh? Tampoco me interesa, pero no voy a permitir que me dejéis de lado. Haré lo que... pueda.

Itziar asintió, y ella bajó la mirada a su manzana. Se dijo que solo lo hacía para tener algo que la uniese con su nueva compañera. Quizá para darse la

oportunidad de conocerla un poco.

Capítulo 4

Chantal caminó hacia su dormitorio con los libros contra su pecho. Estudiaba empresariales para poder continuar con el negocio familiar. No quería hacerlo, odiaba el mundo de las transacciones y las finanzas, pero estaba obligada a dirigir las empresas hasta encontrar un marido que pudiera hacerse cargo de ello. Si lo primero no le gustaba ni una pizca, lo de casarse por interés mucho menos. Sin embargo, no veía otra solución a la cruz de haber nacido con un padre empresario, rico y de buena posición. Además, él estaba empeñado en verla triunfar como una mujer de negocios.

Al pensar en él sintió unas terribles ganas de echarse a llorar. Esta vez no quería defraudarlo ni hacerle daño como ya había hecho antes. Le había prometido terminar los estudios y pensaba cumplirlo para que se sintiese orgulloso de ella. Pero le dolía que él no terminara de entender que adoraba otra profesión, que amaba su trabajo y que no pensaba dejarlo de lado. Todavía no sabía cómo iba a compaginar ambas cosas, o más bien sabía que la única manera de hacerlo era casándose. Especular en ello le daba grima.

Al llegar al dormitorio dejó los libros sobre su cama y miró su reloj de pulsera. Había quedado con las muchachas en la biblioteca y apostaba que ellas ya estaban allí jugando a ser detectives.

Suspiró. No tenía ninguna prisa por ir, y ellas, con toda seguridad, no la estaban echando de menos. ¡Investigar espíritus! «Deben estar completamente chifladas para hacer algo así», se dijo por enésima vez. Y otra vez se arrepintió de haberles contado nada. No iba aprender nunca a mantener la boca cerrada.

Aprovechó para darse una ducha, se colocó unos shorts y una camiseta de tirantes y casi de mala gana fue a reunirse con ellas.

Las encontró frente a uno de los ordenadores. Tenían restringidas bastantes cosas en la red, pero con la amplia biblioteca que soportaba les permitía sacar

información de periódicos y documentos antiguos.

—¿Cómo vais? —Cogió una silla y se sentó junto a ellas, observando la pantalla.

—Seguimos buscando, aunque son muy pocos los datos que nos has dado —respondió Itziar—. ¿De verdad no recuerdas más?

—No, ya os he dado la lista con todas las cosas que me vienen a la cabeza.

—De momento no encontramos nada —comentó Yolanda sin apartar los ojos del ordenador. La luz se reflejaba en su cara blanquecina y la hacía parecer más siniestra.

—Es complicado que lo logréis.

—¡No seas aguafiestas! —dijo Itziar.

Chantal guardó silencio. No pensaba discutir, de modo que se quedó allí sentada, observándolas durante un buen rato. Pero al final la impaciencia pudo con ella y con un resoplido se levantó de la silla.

Sus compañeras levantaron los ojos, mirándola con el ceño fruncido.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Itziar.

—Se me duermen las piernas. No puedo estar mucho tiempo sentada. —Se frotó los muslos para que viesen que hablaba en serio—. Voy a estirarlas un rato. ¿Queréis que os traiga algo?

Ellas negaron.

—De acuerdo, si averiguáis algo llamadme.

No se molestaron en responderle, de modo que Chantal enfiló por los pasillos de la biblioteca, caminando sin hacer el menor ruido por entre las estanterías repletas de libros y las mesas que ocupaban el centro de la estancia.

Por casualidad descubrió al causante de su estrés sentado ante gruesos volúmenes desperdigados en una mesa. Súbitamente se le secó la boca. ¿Cómo podía ser tan... extraordinario? La camiseta estrecha sin mangas manifestaba que tenía un torso muy trabajado, y su cuerpo era digno de un modelo. E incluso el tatuaje le sentaba bien al condenado. Lo peor era que de todos los

hombres que había en el centro, ese era el que más llamaba su atención. «Y no porque necesite estar con ningún tío ni nada parecido», se dijo. Ni siquiera le gustaba la sensación de sentirse atraída por alguien. Echó la culpa a sus desobedientes ojos que desde que lo vieran la primera vez no hacían nada más que buscarlo, que perseguirlo como si él fuese la mierda y ella la mosca.

Con discreción lo observó por encima de una pila de libros, disimulando para que nadie la viese espiándolo. Ya solo mirarlo era más entretenido que estar sentada frente al ordenador. Sin embargo, no podía estar mucho tiempo allí mirando aquellos tomos de... Flora y Fauna como si tuviesen un gran interés para ella.

Con decisión pasó junto a su mesa simulando que iba hacia otro de los anaqueles, empero, se sorprendió al descubrir los libros que él leía. Trataban de derecho y leyes constitucionales.

Alonso, totalmente desconcentrado desde que la viera entrar, no hacía más que releer una y otra vez el mismo fragmento. Era una faena, pero su mente era incapaz de asimilar ni una palabra. Y es que esas largas y torneadas piernas, ese trasero tan bien dispuesto y los senos que se apretaban contra la fina camiseta lo estaban volviendo completamente loco. Tan malditamente caliente y excitado que en ese momento no hubiera dudado en barrer su mesa con el brazo para colocarla allí y deslizar sus manos sobre su cuerpo.

Tenía una batalla interna. Por un lado, estaba en la universidad para cumplir con un objetivo y no había esperado en ningún momento encontrar a una mujer que le gustase tanto. Por otro, iba a ser muy difícil acercarse a ella cuando parecía que lo evitaba como la peste.

—Joder —murmuró intentando calmarse. ¿Ella se estaba paseando ante él aposta? Se había parado a su lado como si no tuviese otra cosa que hacer. Si no se largaba, pensaba decirle un par de cositas.

Un grito jubiloso de la sala de ordenadores hizo que todo el mundo llevara la vista hacia aquel lugar. Incluso él mismo.

Chantal dio un respingo. Había estado tan segura que Itziar y Yolanda no descubrirían nada que se había olvidado por completo de ellas.

La bibliotecaria chistó, y ella caminó ligera hacia la sala. Encontró a las chicas súper emocionadas, con los ojos fijos en el monitor.

—¡Mira esto, Chantal! ¿Cómo te quedas?

Se acercó a ver la esquila de la pantalla. Era de un famoso diario madrileño.

—Niño fallecido por asfixia en un incendio. —Leyó en voz alta—. Cial Sanders, de ocho años, se encerró en un armario ropero para librarse del fuego.

—El padre, absuelto tras la investigación —añadió Yolanda.

Un escalofrío de terror recorrió la columna vertebral de Chantal y todo el vello de su cuerpo se le puso de punta.

—No quiero seguir con esto.

—Todos los datos coinciden —dijo Itziar, ignorándola.

—Sigamos averiguando —insistió Yolanda—. Si el padre fue absuelto, sería porque sospechaban de él.

—He dicho que no quiero continuar con esto. Me da muy mal rollo —repitió ella de nuevo.

Itziar y Yolanda estaban tan motivadas que no le prestaron atención. Se sintió como si estuviese hablando con una pared, o con su padre cuando no se llevaban bien.

Disgustada, se hundió en la silla con un profundo suspiro y durante un rato estuvo escuchando todas sus tonterías

Alonso alzó los ojos del libro cuando la belleza rubia se paró ante él. Primero recorrió sus perfectas piernas con la vista para terminar en su cara de ángel. Era preciosa y tenía el cuerpo de una diosa.

Otra vez volvió a excitarse.

Nunca había conocido a nadie que pareciese tan seguro de sí mismo como ella. Era tan altiva que realmente podía llegar a imponer, aunque no a alguien tan curtido como él. Lo extraño de todo era que no alcanzaba a comprender su

propia reacción ante ella. Se había esforzado por ignorar sus sentimientos, pero lo cierto era que la deseaba con ansia. Lo cual desafiaba toda lógica. Acababa de conocerla y él no estaba allí para tener una relación ni enamorarse de nadie.

También sabía que podía ser una insensatez dejarse llevar por la lascivia mientras estuviese allí. «Lo que sucede es que no me imagino encerrado aquí aburriéndome a muerte», se dijo buscando una explicación. Dentro de lo que había, ella era, con toda probabilidad, la mujer más hermosa de todas las que había en el centro.

Alonso suspiró hondo.

—¿Quieres algo? —preguntó molesto. La observó lamerse el labio inferior y rodarlo con los dientes. ¿Cómo coño era posible que le encendiese tanto la sangre?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Su voz, un poco áspera, penetró en su mente trastocando todos sus pensamientos—. No nos han presentado, pero ya nos conocemos. Coincidimos en varias clases.

—Lo sé.

Ella soltó una risilla nerviosa.

—No vayas a pensar que me gustas o algo así, porque... no. Bueno, eres guapo, claro. Pero...

—¿Qué quieres? —preguntó, interrumpiéndola antes de que se liase la cosa. ¿Qué demonios significaba que era guapo pero que no le gustaba? ¿Era guapo para acostarse con él? ¿O no le gustaba para tener algo serio?

Ella se sentó en frente cruzando sus largas piernas por debajo de la mesa. Desprendía un aroma fresco, mezcla de gel y agua de rosas.

—Verás, me llamo Chantal. ¿Y tú?

—Alonso.

Ella apretó los labios durante unos segundos.

—Ah, vale, Alonso. —Estaba nerviosa, y eso a él le hizo gracia, aunque ni un solo gesto de su cara se lo demostró—. No he podido dejar de observar

que estudias derecho. —Señaló los libros y apartó hacia un lado la pila que se interponía entre ellos.

—Muy perspicaz. —Asintió con frialdad, sin quitar los ojos de su cara.

—Gracias. —Ella sonrió al tomárselo deliberadamente como un cumplido. Al estar tan cerca de él, descubrió que era todavía mucho más guapo de lo que había creído. Hasta el pendiente de la oreja le quedaba de maravilla—. Bien, allá va, atención, pregunta: si hace años, una persona fue absuelta por falta de pruebas en un juicio, pero ahora aparecen nuevas suposiciones, ¿se puede hacer algo?

Alonso intentó no reír, luchó por que ella no viera su sonrisa. ¿Realmente ella le acababa de hablar así? ¿Acaso se pensaba que estaba en un concurso?

—¿A qué te refieres con suposiciones?

—Pues a eso.

—Las suposiciones no son válidas en ningún juicio.

—¿Y si fuesen nuevas pruebas? —preguntó ella mirándolo a través de sus largas pestañas color humo.

—Eso depende de cuándo se celebró el proceso, si se archivó la causa... Necesitaría saber de qué me hablas para poder darte alguna opinión.

Chantal no podía pensar con claridad teniéndolo tan cerca. Sentía que perdía el hilo de la conversación porque sus desobedientes ojos se clavaban en la boca más seductora y excitante de todas las que había visto.

Se rascó la nuca con un dedo, volviendo a pensar en lo que él le había preguntado.

—Creo que dieciocho años más o menos —susurró acercando inconscientemente su cuerpo al de él.

Alonso se pasó la lengua por el labio inferior. Los ojos grises no habían dejado de observarlo ni un segundo, y él sentía que jamás había estado tan duro en toda su vida. Le estaba costando trabajo concentrarse en algo que no fuera llevar a cabo sus fantasías sexuales y arrastrarla contra una estantería para tomarla hasta oírle gemir de gusto. Suspiró y sacó esos pensamientos tan

calientes de su mente.

—¿Por qué te interesa algo que pasó hace tanto tiempo?

—¿Cuántos años tienes? —preguntó ella en un impulso. Se llamó estúpida cuando Alonso arqueó las cejas—. Pareces mayor.

Él se colmó de satisfacción masculina. Ella lo deseaba. Podía verlo en sus ojos y en la manera de ruborizarse.

—¿Por qué quieres saberlo? —Cruzó ambas manos por encima de la mesa.

—Curiosidad, ya te he dicho que pareces mayor.

—¿Mayor para ti? No lo creo —se burló, haciéndola sonrojar todavía más. Y eso ante sus ojos la hizo parecer más bonita si eso era posible.

Ella respondió de inmediato.

—¡Te he dicho que no me gustas! No eres mi tipo.

Alonso soltó una sonora carcajada y enseguida guardó silencio al recordar dónde estaban. Acercó su rostro al de ella, rozando con la mejilla la suya. La sintió temblar y como dejaba de respirar. Él sonrió complacido. Murmuró ronco junto a su oído:

—¿Cómo puedes saberlo?

Chantal se apartó con brusquedad, con el corazón galopando a mil por hora. El hombre olía a cuero mezclado con *after shave*. ¡Era pura delicia! Lo miró con intensidad. De repente deseó probar sus carnosos labios, rodear su musculoso cuello, sentarse en sus rodillas y...

«¡Alto! ¡Alto!», se repitió mentalmente. «¡Solo es un *motero sinvergüenza!*». Esta vez, su voz mental no sonó tan convencida como en otras ocasiones, y eso la confundió.

—¿Es ese el caso? —preguntó él señalando el papel que ella sostenía con fuerza en una de sus manos—. Déjame echarle un vistazo.

Aliviada por el cambio de conversación, le entregó el documento y, mientras él leía, se obligó a pasear la mirada por la sala; cualquier cosa con tal de apartar la vista de su apuesto rostro.

Alonso leyó unos segundos y alzó sus increíbles ojos azules hacia ella.

—¿Chantal?

Ella suspiró y le prestó atención. En ese momento apareció Itziar agitando la coleta en el aire, con las mejillas sonrosadas por la excitación.

—¿Le has contado todo?

Chantal agitó la cabeza, puso las manos sobre la mesa y se incorporó. Se volvió a Itziar colocándose el cabello detrás de la oreja.

—¿Por qué no lo olvidamos, Ichi? Todo esto es una tontería.

—¡No, claro que no lo es!

—¿De qué vais? —inquirió Alonso ahora sumamente intrigado. Quizá fuesen cosas de mujeres. Miró a Itziar porque Chantal ya había apartado la vista de él.

—¡Esto es una grandísima tontería! —repitió Chantal—. Me parece surrealista. —Se rio con cinismo y de nuevo volvió la vista a Alonso—. Perdona que te haya molestado con esto.

—¡No, espera! Has despertado mi curiosidad y quiero saber qué está pasando.

—Si ella no quiere contártelo, lo haré yo —dijo Itziar acomodándose en una silla.

Chantal se volvió a sentar, de mala gana, y escuchó como su amiga le relataba todo. Él, al principio, la oía en silencio y con atención, sin embargo, cuando Itziar habló del espiritismo, Alonso empezó a mirarla con diversión.

—¿A eso dedicas tu tiempo? ¿A dialogar con los muertos?

—¡No! ¡Claro que no! ¡Qué estupidez! ¡Era una niña! —Su rostro ardió de vergüenza. Deseaba colgar a Itziar por eso—. ¡Además no lo hice más! ¿Acaso tú no has hecho nunca ninguna payasada? —Él negó con la cabeza de un modo tan prepotente que la hizo enfurecer. Se cruzó de brazos y lo encaró —: ¿Qué te importará a ti? No sé qué te habrás creído con tu pinta de... de... gamberro ligón, y tus libros...

—¡Chantal! —exclamó Itziar enfadada—. ¿A qué viene esto?

Alguien chistó para que guardaran silencio.

—Él. —Chantal apuntó con un dedo el hombro de Alonso al tiempo que bajaba la voz en un frío susurro. ¡Anda! ¡Tenía otro tatuaje en el otro brazo! Se sorprendió de no haberlo visto antes. Este era más pequeño. Se trataba de un duende diminuto de grandes orejas puntiagudas. Ese en especial no era tan seductor como el de la serpiente—. Él —volvió a repetir, centrándose—. ¡Cree que estoy loca!

Alonso negó, aunque sin dejar de sonreír. Loca no era la palabra. Chantal le hacía reír. Reír, pensar y sobre todo distraerse. Seguramente iba a necesitar mucha distracción para no salir de aquel centro sin cumplir su misión.

—Él no ha dicho eso. ¿Verdad que no has dicho eso? —le preguntó Itziar.

—Hay cosas que no hace falta decirlas. Lo he leído en su cara —respondió Chantal apoyándose del todo en el respaldo de la silla. Frunció los labios y dejó vagar su mirada por la sala con la intención de ignorarlo. ¡Era del todo imposible!

—No he dicho eso —contestó Alonso—. De hecho, no he abierto la boca. —Agitó la hoja de papel—. ¿Qué sabéis del padre de ese chico en la actualidad?

—De momento nada —respondió Itziar.

—Mira, Alonso, mis amigas están muy aburridas, les conté una historia y creen que han descubierto la Atlántida —dijo Chantal con retintín. Miró a su amiga—. Si de verdad queréis seguir con esto, podemos contratar un detective y punto. ¿Para qué complicarnos?

—¡Ah, sí, claro! ¡Vaya, cómo no se me ha ocurrido antes! —inquirió Itziar con sarcasmo, cruzándose de brazos—. Contratemos a un detective, ¿no?

Chantal, pensativa, arqueó las cejas. Se alegraba de que por una vez Itziar aceptara... No. Itziar estaba siendo irónica.

—Yo revisaré los artículos —dijo Alonso mirando su reloj de pulsera. Se le estaba haciendo muy tarde—. Hablamos luego.

Chantal se volvió a Itziar mientras él recogía sus libros.

—No ibas en serio con eso de contratar a alguien, ¿verdad?

—No, no hablaba en serio, Chantal.

—¿Por qué?

Alonso las miró. Antes de poder despedirse, le dieron la espalda y caminaron hacia la sala de ordenadores sin dejar de discutir por lo bajo. Él se regaló la vista con las piernas de la rubia una vez más. Abandonó la biblioteca más animado que los últimos días.

Al doblar la última esquina que lo llevaba a su cuarto, comenzó a sospechar que alguien lo seguía. Se entretuvo con la puerta más tiempo del necesario y entró sin llegar a cerrar.

De un rápido vistazo vio que sus compañeros no estaban y que el dormitorio se hallaba vacío. Con un movimiento escueto, se pasó la mano sobre el cuero de la cazadora y sacó del bolsillo interno la USP, más conocida por ser la pistola reglamentaria semiautomática de Heckler & Koch.

Se abalanzó contra el intruso, con el arma en alto.

—¡Niño! —siseó Alonso sorprendido al verse cara a cara con su perseguidor—. ¿Qué demonios haces aquí? —preguntó guardándose el arma en el mismo sitio dónde había estado.

—Lo mismo que tú, sargento. Estoy infiltrado.

—¿Lo saben los de asuntos internos? —inquirió entrecerrando los ojos con frialdad. A pesar de ser compañeros de profesión y de trabajar en distintos distritos, nunca se habían gustado.

—¿Quién crees que me envía? —El tipo quiso palmearle el hombro, pero Alonso se apartó de él con una mirada glacial—. Créeme, si le hubiesen encomendado la tarea a otro, a mí no me habría importado lo más mínimo. Este sitio me parece de lo más friki que he visto en mi vida. Pero la situación requería mi presencia.

—¿Por qué? —Alonso abrió los brazos—. ¿Era necesario que me enviaran refuerzos antes de tiempo?

—¡Desde luego que no! Pero no creerás que mi departamento iba a dejar que el tuyo se llevara todo el mérito. ¿Verdad? Ya sabes cómo funciona esto

—le respondió—. Solo he querido pasar a avisarte para que no te sorprendas si me ves por ahí y para decirte que cuanto menos nos vean juntos, mejor.

—Sí, sí, mejor. —Lo empujó hacia la puerta, con los dientes apretados de contener la furia—. Como te metas en mi terreno, juro que te vas arrepentir.

—Sabes que no te temo.

—Pues deberías hacerlo, ahora lárgate.

El Niño se perdió en el pasillo como una exhalación.

Alonso cerró la puerta controlando su furia. Ese tipo engreído y soberbio era una de las últimas personas que había esperado ver, no solo en el centro, sino cerca de él. El Niño llevaba bastantes años en el cuerpo y era el típico listo que todo lo sabía, y en verdad no debía ser tan torpe cuando había resuelto algunos casos importantes. Pero era esa clase de persona que transmitía desconfianza e inseguridad. El lameculos de los jefazos de arriba.

Capítulo 5

—Me cae bien ese tío —dijo Itziar con una sonrisa ladeada, evitando los grises ojos de su amiga.

—¿Qué tío?

—Alonso, el moreno de pelo largo, ojos azules y culo estupendo.

—Ah, ese. Sí, ya me he dado cuenta de que tiene un culo estupendo. —Cómo Itziar arqueó las cejas, Chantal se echó a reír divertida—. Era broma, ya he visto que os habéis pasado casi toda la mañana hablando. Juraría que me habías dicho que no querías acercarte a Cristian, y ahora resulta que te vuelves íntima de su compañero de cuarto.

—Que no quiera volver a hacer ninguna gilipollez con Cristian no significa que no vaya a volver a hablarle. Además la culpa es tuya de que Alonso se haya interesado en esta investigación. —Chantal bizqueó cuando Itziar la señaló con el dedo. Estaban en las duchas de la piscina. Chantal se frotaba el cabello con una toalla verde de un delicado aroma al suavizante de lavar la ropa—. Fuiste tú la que dijiste: «podemos preguntar al macarra».

Chantal la miró con incredulidad.

—Sí, sí, vale. Lo reconozco. ¿Pero cómo iba a saber que formaríamos grupo con ellos? Además, no me cambies de conversación. Se nota bastante que haces esto porque te gusta Cristian.

Itziar soltó una carcajada y comenzó a vestirse con prisa.

—Es mono.

—¿Mono? —repitió Chantal mirándola dudosa—. Bueno, no es mi estilo. Quizá demasiado infantil para mi gusto. Creo que es incluso demasiado infantil para ti.

—¡Eso no es cierto! —exclamó ofendida. De repente la observó, Chantal se burlaba—. Eres tonta. Creí que hablabas en serio. —Guardó el cepillo en su bolsa de aseo, cerró la cremallera y la metió en la de deporte—. Nos

vemos luego, Chantal.

—¿Dónde vas tan aprisa?

—He quedado con Yolanda y... con los muchachos. Vamos a acercarnos a la cafetería. —Antes de salir se quedó mirando a su amiga con el ceño fruncido—. ¿Hay algo que te preocupa?

Chantal se encogió de hombros con aire serio y dejó escapar un largo suspiro.

—Supongo que nada. —Lanzó la toalla sobre el lavabo y se pasó los dedos por el pelo desenredándose los nudos—. Te escuché hablando con Alonso sobre Rocío. ¿Él la conocía?

—No. Es solo que no sabía que Yolanda era nueva y salió la conversación de nuestra antigua compañera de cuarto. —Se encogió de hombros—. Sintió curiosidad de saber por qué abandonó el centro y me preguntó si se había sentido mal antes de marcharse o si yo había notado algo raro en ella. —Itziar, con un pie sobre el banco de madera, se ató un nudo de sus deportivas que se había quedado suelto—. Le dije que vosotras aún seguís manteniendo el contacto.

Chantal se giró a su amiga frunciendo el ceño.

—¿Y no te dijo nada más?

—Bueno, no hace falta que me diga que esta flipado contigo. Creo que está esperando alguna señal por tu parte, y te advierto que yo que tú no tardaría en hacerlo. Están todas las tías revolucionadas con él.

Chantal se imaginó al macizote duchándose con ella y le entró calor de repente. Lo apartó de sus pensamientos.

—Me refería a que si no te ha dicho nada más de Rocío.

—No, nada más. Es normal que sienta curiosidad, es su primer año. Además tienes que admitir que fue muy extraño que Rocío se marchase cuando apenas quedaba nada del curso.

—De no haber sido por nosotras, se hubiera ido antes.

—¿Sabes? —Itziar apoyó el hombro en el marco de la puerta y fijó su

atención en Chantal que se había echado el cabello hacia atrás y se estaba untando crema hidratante en la cara—. No se me quita de la cabeza que Javi, el profe, tuvo algo que ver con que ella se largase.

Chantal se echó a reír, divertida.

—Yo también lo he pensado muchas veces. Lo que no termino de explicarme es por qué se enrolló con él. No lo encuentro nada atractivo.

—Ella solo quería un madurito.

—Pues la experiencia no debió ser muy buena. —Rio—. La próxima vez que hable con ella le preguntaré. Imagino que, como ya no lo ve, ni ella está aquí, pueda decirme qué pasó para romper con él.

—Bueno, te dejo, que llego tarde. —Chantal la vio salir y de repente volver a entrar como un torbellino. Se sobresaltó—. Se me olvidaba decirte que ya se ha sabido algo sobre Julio Anderson.

—Ah, Julio Anderson. —Entrecerró los ojos—. Me suena, ¿quién es?

—¡Qué! —Itziar la miró alucinada, entonces Chantal supo que había metido la pata de alguna manera que no alcanzaba a comprender—. ¡Con todas las veces que lo hemos nombrado y tú ahora no lo recuerdas! ¿No nos prestas atención?

—¡Claro que sí! ¿Por qué?

—Cuando nos reunimos todos para hablar, ¿nos escuchas o solo pasas el rato observando a Alonso? ¡No puedo creer que no te hayas enterado de nada!

—¡Coño, Ichi! Recuérdame quién es ese tipo.

—No debería extrañarme de que no lo sepas. Dejaste muy claro que no querías meterte en nuestro insólito juego de investigación. Pero olvidar al principal sospechoso de la muerte del espíritu... Julio, el padre de Cial. Tu espíritu.

Chantal soltó un suspiro y bajó los hombros.

—Sí, tienes razón, en este momento estaba despistada y no sabía de lo que me hablabas. ¿Que habéis descubierto? —preguntó tratando de parecer interesada—. ¿Algo importante?

Itziar sonrió y le lanzó un beso a través del espejo.

—Aún no lo sé. Te esperamos en la cafetería, ¿vale?

Esta vez, Itziar abandonó el baño, y ella se quedó sola. La soledad nunca le había provocado miedo, pero aquella vez sintió un fuerte escalofrío que se le quedó instalado en la nuca.

«Eso me pasa por hablar de espíritus», se regañó. Se dio prisa en peinarse y recogió su ropa metiéndola de cualquier manera en la bolsa. De pronto, en el momento en que se estaba calzando, un grifo comenzó a gotear desde alguna de las duchas. Esbozó una mueca de fastidio y, aguantando la respiración, recorrió las puertas con lentitud, buscando al grifo culpable.

«No seas tonta, chulilla», musitó nombrándose con el apodo cariñoso que utilizaban en su casa. «No pasa nada. Aquí solo estás tú».

Encontró la ducha y cerró el grifo. Soltó la respiración, aliviada, sonrió, llamándose cobarde, y se dispuso a regresar a por sus deportivas. En ese momento la puerta del vestuario golpeó con fuerza contra el marco antes de cerrarse con un portazo. Chantal se giró ahogando una exclamación. Por el rabillo del ojo percibió su imagen de refilón en uno de los enormes espejos que ocupaba una pared y sintió su corazón galopar como un caballo salvaje. Respiró con fuerza y movió la cabeza en todas direcciones esperando oír algo. Durante varios minutos en los que no se atrevió a moverse solo se escuchó silencio.

«La puerta se ha podido cerrar por el aire», se dijo regresando hasta el lavabo sin dejar de mirar continuamente hacia atrás. Podía haber cualquier persona, todos tenían el mismo derecho que ella de estar allí. Lo extraño era que no había visto entrar a nadie.

La ducha volvió a gotear. Chantal dio un respingo.

—¿Quién es? ¿Hay alguien aquí? —gritó, poniéndose las deportivas con una velocidad asombrosa.

Sin demorarse, tomó sus cosas y salió. Recorrió el pasillo de la piscina, y antes de alcanzar las dobles puertas, alguien la llamó.

—Chantal. Cielo, ¡espera!

Reconoció, aliviada, la chillona voz de la secretaria del centro. Se detuvo a esperarla y la saludó con una sonrisa nerviosa. Estaba asustada y nunca le había ocurrido algo parecido. Ella siempre había adorado los lugares desiertos, estaba acostumbrada a los sitios grandes y vacíos, y nunca se le había pasado por la cabeza que algo malo pudiera ocurrir. Hasta aquel momento...

—¡Paulina!

—¡Pero mira qué bonita estás! —La secretaria tomó las manos de la joven y se las abrió para poder admirarla—. Eres una preciosidad.

—Pasé a saludarte el primer día, pero no habías llegado todavía.

—Sí, ya me dijeron. Me dieron permiso para entrar más tarde porque precisamente tenía cita con el médico para unos resultados.

—¿Y qué tal todo?

Paulina esbozó una sonrisa.

—Bien, todo perfecto.

—Me alegro, y también que decidieras continuar este año.

—Sí. De aquí no me muevo hasta que me echen. ¡Mira! —Sacó un sobre del bolsillo de su bata blanca—. Me dijeron que estabas aquí. —Le tendió una carta. Chantal la cogió con dedos temblorosos—. Sabes que no debería dártela hasta el fin de semana, pero tenía ganas de saludarte. ¿Estás bien?

—Sí, gracias. Tú siempre tan buena conmigo. —Leyó por encima el remitente y se sorprendió—. ¡Es de Rocío! ¡Qué casualidad! Hace un momento estábamos hablando de ella.

—No me digas. —Paulina miró la puerta cerrada de los baños—. ¿Quiénes?

—Itziar y yo. ¿No la has visto? Ha salido hace un momento. —Chantal observó a la secretaria. No había cambiado nada en esos meses que llevaban sin verse. Gruesas gafas de aumento sobre su cara delgada, el cabello oscuro recogido en un moño sobrio, barbilla perfilada... No era una belleza. Rondaba los treinta años y no parecía querer encontrar pareja. Tampoco era fea ni

mucho menos, solo había que mirar tras las gafas, los ojos almendrados color del chocolate, las largas y rizadas pestañas y unas cejas bien delineadas y con mucho estilo. Tenía cierto encanto su tono de voz aguda. O sus cortos pasos corriendo por los pasillos del centro, reconocibles aún sin verla. Algunos alumnos la llamaban «la María tacones». Paulina se había ofrecido para el puesto hasta que el estado rescindiese su contrato, y aunque no parecía muy feliz con el trabajo, más bien resignada, aspiraba a que algún día sus talentos fueran descubiertos.

Unos pasos que provenían de los vestuarios hizo que girasen la cabeza a la vez, con curiosidad. En silencio esperaron a ver quién era, sin embargo, las pisadas cesaron.

—¿Todavía queda alguien ahí? —preguntó Paulina ajustándose las gafas sobre la nariz.

—Creía que no —respondió Chantal. Volvieron a guardar silencio.

¡Nada!

—Voy a mirar. —Paulina se dispuso a emprender la marcha. Chantal la cogió por el brazo fingiendo una sonrisa animada.

—No, venga, vamos a la cafetería, te invito a algo. —«Ni loca iba acompañar a Paulina a revisar los baños».

—¿Te da miedo, cielo?

—¡No! —¿Por qué no podía admitir que estaba cagada de miedo? Cuando viese a Ichi y a Yolanda, iba a pedirles que no volviesen a hablar de historias paranormales delante de ella. Todas esas tonterías iban a volverla paranoica.

—Ahora que me viene a la cabeza, mañana hay claustro y debo preparar varias notas. ¡Menudo lío! Ya puedes imaginar con toda la gente nueva que hay y todas las fichas que tengo que repasar. —Recordó Paulina.

—¿Quieres que te ayude en algo?

Caminaron juntas hacia la salida de las instalaciones y a medio camino se detuvieron en el cuadro de luces, donde Paulina solo dejó algunas fases encendidas.

—No hace falta, cielo. ¿Y tú, qué tal el verano?

—Se me ha hecho bastante corto, pero no ha estado mal.

—¿Viste a tu padre?

—Sí, pasamos un par de semanas en un balneario francés. Al menos conseguí que se relajase un poco. Está obsesionado por la empresa.

Atravesaron la puerta y se detuvieron en el inicio del corredor acristalado. Allí Chantal se sintió más segura y se permitió una amplia sonrisa.

—Tienes que conseguir quitarle más trabajo y hacer que salga más. Desde luego tiene dinero para hacerlo.

—Ya, pero él piensa que es indispensable en la empresa y le cuesta cogerse un día libre. Por lo menos este año ha hecho la intención de estar conmigo.

—Porque eres adorable, cielo. Sobre la cafetería, lo dejamos para otro momento. Voy a ver si termino de hacer mis cosas y me voy a dormir. —Besó sus mejillas y la miró con una mueca de advertencia—. ¡Ojo! No le digas a nadie lo de la carta —le recordó—. Ya sabes, me echarían la bronca.

—No te preocupes, de mi boca jamás saldrá nada. —Entre otras cosas, porque la más perjudicada sería ella misma.

Chantal le dedicó un guiño, se ajustó la bolsa de deporte al hombro y observó como la mujer se dirigía al pabellón del profesorado. Con un gesto interrogante volvió a mirar el sobre que contenía la carta de Rocío y lo metió por un hueco de su bolsa. Cuando llegase al dormitorio, lo leería con tranquilidad.

Un grupo de chicas se hallaban sentadas en unos largos bancos de madera, charlando con placidez, mientras, más atrás, junto al cristal de la bóveda del corredor, un hombre leía sentado en el suelo. Chantal creyó reconocerlo del curso pasado. Entonces él levantó la cabeza...

Aterrada, apartó la mirada y apresuró el paso ocultándole el rostro. ¿Qué demonios estaba haciendo aquel maldito policía en el centro? Se llevó una mano a la boca. Si hacía unos minutos había sentido miedo en los vestuarios, no era nada comparado con lo que ese hombre le hacía sentir. Con el corazón

fuera de sí, atravesó un *hall* pequeño y alcanzó el corredor que llevaba directamente a los dormitorios. Tenía que preguntarle a Paulina, ella debía saber algo de él. Desde luego era obvio que no estaba allí para estudiar.

«¿Me recordará?», se preguntó preocupada. «¿Y si lo hace, qué? Quizá al Niño no le interese que yo vaya diciendo que es policía».

Una vez a salvo en su habitación, dejó la bolsa en el suelo y durante unos minutos estuvo pensando en cómo iba a encarar al hombre. Cuanto más pronto dejase las cosas claras con él, mejor.

Aspiró con fuerza en medio del cuarto. Encendió la luz, cerró bien las cortinas y apretó el interruptor del hilo musical dónde entonaban una de las canciones del verano.

Más animada, buscó la carta de Rocío. Se trataba de una poco extensa, con varios borrones. Era indiscutible que era bastante desastre y lo único en claro que sacó de sus letras era que próximamente pensaba hacerles una visita, lo cual Chantal no entendía.

«Como no vengas con una taladradora potente para agujerear el hormigón, veo difícil que te dejen pasar», murmuró guardando la carta en el cajón del escritorio.

Capítulo 6

Alonso caminó sobre la moqueta roja del vestíbulo de la segunda planta. No debería estar por allí, lo sabía. Sin embargo, sus distraídos pasos lo habían acercado hasta el dormitorio de Chantal. No tenía ningún interés en molestarla, solo la anhelante necesidad de saber que se encontraba bien.

Alonso estaba en medio de aquel estudio experimental por órdenes de su comisario. La oleada de abandonos el curso pasado había llevado al departamento de policía a tomar cartas en el asunto e investigar varias denuncias. Su entrada había sido planeada a última hora. Había intentado acceder como profesor de Educación Física, pero no habían podido prepararlo en tan poco tiempo. E imaginó que lo mismo le debió ocurrir al Niño.

Excepto por las cámaras de televisión, que no había, Alonso se sentía como si estuviese viviendo un *reality show*. Volvió apretar los dientes con fuerza al acordarse de nuevo del Niño. Su prepotencia y chulería era algo que no soportaba de él y esperaba no tener que verlo continuamente. Algo del todo imposible a pesar de la magnitud del sitio.

Su primera misión había sido adaptarse e integrarse en un grupo. «Conseguido». No había tenido ningún problema con ello, lo que le hizo recordar que debía hablar con su superior para tachar de la lista de investigación a Rocío Sandoval. Itziar le había confirmado que aún mantenía contacto con ellas. En ese momento, mientras iba pensando en las cosas que debía hacer por no pensar en la belleza rubia que ocupaba uno de los cuartos, ella salió al corredor, parándose de golpe al verlo a él. Abrió sus ojos grises como platos y en su rostro se dibujó la confusión.

—¿Pasa algo?

—No —se apresuró a negar, tratando de pensar con rapidez—. Creo que Itziar debía darme algo. —Chantal lo observaba con el entrecejo fruncido.

Vestía una camiseta ajustada y una corta falda blanca—. ¿No está ella por aquí? —Sabía de sobra que no. Hacía un rato había dejado al grupo en los jardines.

Ella lo miró sin creerle y negó con la cabeza.

—La última vez estaba con vosotros. —Alonso se acercó a ella, de modo que la joven se apretó contra la puerta de su habitación que aún no había terminado de cerrar. Su boca quedó a meros centímetros de la de ella, que no pudo evitar que las piernas le temblasen como la gelatina—. ¿Quieres algo más?

Alonso sonrió. Ella había preguntado con un atisbo de nerviosismo.

—¿Te pongo incomoda?

Chantal sintió el aliento sobre la frente. Sabía que con solo extender la mano tocaría el pecho de Alonso. Su escultural cuerpo emanaba calor como si fuera el mismísimo sol, amén de una esencia que provocó que le acelerara el pulso. Aguantó la respiración cuando los largos dedos del hombre recorrieron su mejilla con infinita dulzura.

—No —mintió ella en apenas un susurro—. ¿Qué quieres Alonso? —balbuceó con lengua torpe.

—¿Por qué no me lo dices tú? —dijo él con un tono de voz enronquecido por el deseo.

Confundida, deslizó sus ojos por la preciosa boca masculina. Se estremeció y tuvo que recordarse que debía respirar. Era tan consciente de su proximidad que ya no sabía si el pulso latía en su muñeca, en su cuello, o en aquella parte del cuerpo que desde hacía unos minutos había comenzado a entrar en ebullición. Alonso la miró fijamente, y ella aguantó su mirada.

—Explícamelo.

Él tragó con dificultad.

—¿De verdad tienes necesidad de ello? —Chantal asintió, aunque su movimiento de cabeza fue apenas imperceptible—. Te deseo.

La vio parpadear varias veces y entreabrir los labios. Las ganas de besarla

eran angustiosas. ¿Desde cuándo había sido su intención acercarse a ella para decirle eso?

Chantal se había pasado toda el día pensando en él y verlo tan cerca, tan sensual, oliendo su aroma que derretía sus sentidos, hizo que se rindiese a sus deseos. Se puso de puntillas y alcanzó los labios de Alonso con sed de probarlo. Él sujetó su cintura para pegarla a él y profundizar en su beso. Ella era mejor de lo que había imaginado. Sabía que no era tan fría como aparentaba, y en ese momento ella lo agarraba con fuerza de la nuca y le impedía dejar de besarla. Su mente quiso gritar que lo sabía, que había intuido que todo en ella era fuego, pero no quiso estropear el momento y con descaro deslizó su mano hasta el firme trasero. Tenía un culo precioso.

En un momento estaban contra la puerta del cuarto, y al segundo siguiente se hallaban dentro, uno junto al otro, sin que la más mínima pizca de aire —en el caso de que la hubiera— corriera entre ellos.

Se besaron largamente hasta quedar sin aliento. La temperatura subió en la habitación unos cuantos grados de repente. Alonso se separó unos centímetros y su mirada resbaló con deseo sobre el cuerpo de Chantal. Sin dejar de mirarla llevó una mano hasta su pecho. Ella estaba excitada y los botones de carne apretaban su estrecha camiseta como si quisiera reventarla. Él se apresuró a meter la mano bajo la tela para acariciarlos con suavidad. Después la empujó con cuidado sobre la cama. No sabía por qué esperaba un rechazo o cualquier negativa. Para él eso habría sido suficiente para detenerse. Pero el cuerpo esbelto y hermoso de Chantal no parecía tener intención de apartarse.

Alonso respiró de su aliento, saboreando el calor de su boca.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Chantal con la agradable sensación que dejaba la áspera tela vaquera sobre sus piernas desnudas, del contacto de aquella mano fuerte y bronceada ascendiendo con lentitud desde su pierna hacia las nalgas, presionando de una forma placentera. Y su mundo comenzó a tambalearse cuando él agarró la cinturilla de su prenda íntima y se la bajó para sacársela por los pies. Gimió contra los labios de Alonso, aferrándose a sus anchos hombros. Los labios de él emprendieron un lento

viaje siguiendo la línea de la mandíbula, mordisqueando el hueco bajo la oreja. Encendiendo un deseo dentro de ella que jamás había conocido.

Alonso gruñó, excitado como hacía mucho tiempo que no estaba. El cuerpo de ella retorciéndose bajo el suyo y la vista de aquellos muslos espectaculares dominaban todos sus instintos. Estaba duro como el acero y embistió con sus caderas en las de ella avisándole de aquello que tenía en mente.

Ella nunca se había sentido tan excitada, y aunque no quería detener aquello, tampoco se hubiera visto capaz de hacerlo. Y eso le encantó tanto como la asustó.

Alonso metió la mano entre sus piernas sintiendo su húmeda calidez. Estaba preparada para él. Sus miradas se encontraron mientras una inminente comezón se albergaba en el vientre de Chantal. Él introdujo sus dedos entre sus pliegues, estimulándola. Deseó poder ir despacio, ofrecerle algo que ella nunca, nunca habría conocido, pero su autocontrol se hallaba muy lejos de su mente y su cuerpo en ese momento. Su prioridad era hundirse profundamente en ella y hacerla sentir un sinfín de emociones.

Como entre sueños la escuchó exclamar. Él se medió incorporó para observarla fijamente. Los ojos grises se hallaban abiertos como platos, mirando sorprendidos la puerta del dormitorio. Entonces supo que algo no funcionaba.

Se apartó con prisa de ella al escuchar la tímida voz de Itziar a su espalda y seguidamente el clic de la puerta al cerrarse. Chantal se bajó la falda y también se puso en pie, jadeando.

—¡Joder! —exclamó Alonso. No quiso mirarla de nuevo por no mandar todo a la mierda, volver a tumbarla sobre la cama y acabar lo que había empezado. Descubrió las bragas de ella en el suelo y se inclinó a recogerlas para lanzarlas sobre la cama. Apretó los dientes con fuerza. La deseaba más que a nada, y la deseaba en aquel momento.

—Tendré que consolarme con una ducha de agua bien fría —musitó con voz estrangulada. Algo más calmado se atrevió a mirarla. Ella estaba sonrosada toda por entera, los labios ligeramente hinchados a causa de sus besos, y le

rehuía la mirada—. Será mejor que me marche.

—No sé si será lo mejor, pero apuesto a que es lo más prudente.

Sin pensárselo dos veces llegó hasta ella en un solo paso y enredó su lengua en la suave y pequeña de Chantal saboreándola una última vez. Con dificultad apartó su mirada azul de la preciosa boca de la joven.

—Tendremos que dejarlo para la próxima vez.

Ella se estremeció y, con el labio inferior mordido de manera muy sensual, asintió.

Haciendo un esfuerzo sobre humano, Alonso fue hasta la puerta y según abría la hoja, ambos pudieron escuchar el terrorífico grito femenino que venía del pasillo.

Solo le bastaron dos segundos para plantarse ante Itziar, que sostenía entre dos dedos la punta de un largo pañuelo de seda en tonos grises y melocotón estilo hippy. Sus ojos pardos estaban fijos sobre la moqueta, especialmente en algo pequeño y alargado cubierto de un tono teja cuarteado.

—¡Eso es un dedo! —señaló Itziar con falta de aliento. Sus manos y su boca temblaban sin control—. Estaba aquí. —Agitó el pañuelo con la intención de arrojarlo al suelo. Alonso se lo cogió de las manos, se agachó y envolvió lo que parecía un pulgar.

—¡Cómo va a ser un dedo! —exclamó Chantal, que había salido a correr detrás de Alonso—. Será una pata de conejo o algo así, ¿no?

Alonso elevó la mirada hacia Itziar, con el rostro preocupado.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Aquí. —Apuntó el suelo con el índice, junto al rodapié—. Cuando cogí el pañuelo, cayó al suelo.

Alonso se incorporó.

—Seguro que es alguna clase de broma —dijo con tranquilidad—. Voy a llevarlo a dirección.

—¿Una broma? —preguntó Chantal tratando de mirar lo que él parecía querer esconder—. Déjame...

Alonso se escabulló rápidamente sin siquiera volver la vista atrás. No necesitaba que en ese momento Chantal lo entretuviese. ¡Mira que estaba buena!

Capítulo 7

Chantal se sentó sobre la cama. Su cara había adquirido un tono tan pálido que las venas azules de sus mejillas se marcaban, tenues. Aunque había disimulado frente a Alonso e Itziar, se había dado perfecta cuenta de que lo que él había envuelto en el pañuelo era un dedo.

—Chantal, he reconocido ese pañuelo. ¿Es el tuyo, verdad? ¿No decías que se lo había llevado Rocío?

—Ella fue la última que lo llevó puesto. Pero sí, sí que era el mío. ¿Por qué ha aparecido aquí y con... eso dentro? —murmuró con un sudor frío que le recorría el cuerpo—. Era un pulgar.

Itziar se encogió de hombros.

—Seguro que todo es parte de una broma, como ha dicho Alonso. Lo que en realidad me sorprende es lo de tu pañuelo. No entiendo cómo ha aparecido si lo tenía Rocío.

—Se lo pudo haber quitado alguien antes de marcharse.

—¿Y lo ha guardado todo este tiempo para devolverlo ahora?

—Ichi... si ese dedo es de verdad, la gente empezará a hacer preguntas, vendrá la policía... y el pañuelo es de mi propiedad. Me tomarán como sospechosa.

—¿Cómo van a pensar que tú has hecho algo? No seas tonta, Chantal.

—Reconocerán el pañuelo, Ichi. —Sus ojos grises, preocupados, chocaron con los de su amiga.

—¿Y qué si es tuyo? Todos te lo vimos puesto el curso pasado. ¿Qué tiene de malo admitirlo? —Itziar no entendió en qué pensaba Chantal hasta que la joven la tomó de los hombros para mirarla con fijeza.

—Ocurre que la prenda está marcada —afirmó en un hilo de voz—. Tiene bordado mi nombre... artístico.

Itziar guardó silencio un momento y se pasó la mano por la cara. Por un momento, sintió compasión de Chantal, pero rápidamente se acordó que ella no necesitaba que nadie la compadeciese ni le tuviese lástima.

—¿Qué puede ocurrir? ¿Qué otra vez vuelvan a levantar rumores? —Se encogió de hombros—. ¿O qué temes? ¿Que ese hombre tan hermoso no vuelva a tumbarte sobre una cama...?

—¡Ichi! —gritó. Sin remedio, se echó a reír—. Dime que no miraste mucho, por favor.

—Me hubiese gustado mirar menos, te lo prometo. Otro día pones un cartel en la puerta si no te importa.

—¡Venga ya! Todo ha sido sin pensar, ha surgido.

—¿Ha surgido que Alonso estuviese en una planta en la que él no puede estar?

—El año pasado no dijiste lo mismo de Cristian. —Chantal agradeció que cambiasen de tema. Prefería estar hablando del tío que había encendido su sangre como un hierro candente que de un dedo envuelto en uno de sus pañuelos.

Durante el resto del día no volvieron a ver a Alonso, y él no les pudo aclarar nada de lo que le habían dicho en dirección. Itziar había intentado que su amiga se relajase, pero no lo había logrado del todo. Por eso, entrada la noche, con ojos vigilantes y pasos cautelosos, Chantal ingresó en el pabellón dejando tras de sí el amplio gimnasio. Todo estaba en silencio, y poco a poco consiguió apaciguar sus nervios. Aun así, no estuvo de más recorrer con la mirada todas las sombras que formaba la luz de la luna al penetrar por los anchos ventanales. El agua de la piscina se asemejaba a plata líquida bajo sus rayos.

Sus ojos se adaptaron enseguida a la semioscuridad y se prometió tardar lo menos posible. Tan solo unos cuantos largos para ejercitar los músculos y calmar la mente. El agua siempre había sido como un bálsamo. Los acontecimientos del día habían hecho que otra vez pensase en su padre. Estaba decidida a sacarse empresariales y demostrarle que era eficaz, que estaba

cualificada y que si no se volcaba en la empresa, era porque confiaba en él, y lo más importante, porque no quería hacerlo ni le interesaba lo más mínimo. Una vez que lograse todo eso, ella podría volver a su vida de siempre. A hacer aquello que más quería y, sobre todo, a ser independiente de nuevo.

Elevó el mentón y miró la calma en que se mecía el agua.

Por primera vez desde que estaba allí, pasó por su mente seguir los pasos de Rocío y abandonarlo todo, pero su fuerza interior y su orgullo no le permitían hacer algo así. Por otro lado, también se le había ocurrido que aquello era un plan del policía que vio el otro día. Era posible que él la hubiese reconocido y que ahora quisiera jugar con ella.

«Pues no te tengo ningún miedo, Niño. Ya me he enfrentado a ti una vez y puedo volver a hacerlo cuando quiera. Soy una Damasco. Mi padre tiene varias empresas por el país y ni qué decir de los maravillosos donativos que entrega al centro. Con que solo chasquee los dedos, puedo hacer que te expulsen de aquí».

Con los ojos fijos en el fondo de la piscina, recapacitó. El *poli* no podía ser. Era posible que ni si quiera tuviera nada que ver. Por lo menos hacía diez años que no se habían vuelto a cruzar. Y de lo que estaba completamente segura era de que Rocío había sido la última en llevar el pañuelo.

Agitando la cabeza con frustración, se despojó de la ropa velozmente y tan solo con las braguitas del bikini, se zambulló en el agua con gran agilidad. Era una experta nadadora. En todas sus propiedades tenían piscina y ya desde bien pequeña disfrutó de esta materia.

Entre sus múltiples pensamientos no pudo evitar que se colase en ellos aquel que la había hecho vibrar como nadie.

Alonso.

¿Desde cuándo le gustaban a ella los hombres grandes, de pelo largo y vestidos de cuero? Eran varoniles, sensuales... Se le escapó una risita imaginando la cara que pondría su padre si se enteraba. Apostaba a que haría lo imposible para que le dejase y enumeraría varios motivos por los que no debía tener nada serio con él. Cosa que, por otro lado, ella no pretendía. No

quería nada serio ni con Alonso ni con nadie. Si entre ellos existía una fuerte atracción, no era más que fruto de las circunstancias de estar encerrados. Un ambiente que se caldeaba mucho más cuando se tenían en frente. Pero siendo honesta consigo misma, sabía que estando en la calle nunca se habría fijado en alguien como él, ni él en alguien como ella. Al menos, por su parte, no desde que se había marcado ciertas prioridades en su vida. Y no tenía nada que ver ni su forma de vestir o cómo fuese él realmente. Todavía no lo conocía lo suficiente como para definirlo, y aun conociéndolo, ella era la menos indicada para juzgar a alguien. Nunca lo había hecho. Al contrario, ella siempre era la juzgada, y por extraño que fuese, sentía una punzada de algo que no sabía definir si era Alonso quien debía hacerlo con ella.

Hizo dos largos seguidos y se sujetó con los dedos en el borde de la piscina. Otra vez los recuerdos asaltaron su mente. Resonó en su cabeza aquella conversación que una vez cambió su forma de ver la vida. No todo era rosa o celeste como le había pintado su padre. Había otros colores. Una amplia gama a decir verdad, pero el que ella había elegido era, posiblemente, el único que le habían vedado.

—¿Por qué no puedo ser bailarina? ¿Qué hay de malo en querer ser profesora de danza?

—¡Porque no! —había reiterado su padre con un fuerte bramido.

—¡Pero mamá fue bailarina!

—¡Basta, Chantal! —Su padre se había llevado las manos a la cabeza antes de mirarla de nuevo—. ¡Te he dado todo! ¡No voy apoyarte en esto! Si persistes en tu absurda idea, me veré obligado a retirarte las tarjetas de crédito y tus pagas.

—¡Muy bien! ¡Hazlo entonces! ¡No las necesito! Aunque me dejes sin dinero, soy capaz de conseguir mis propósitos sin tu ayuda. ¡De hecho, no te necesito para nada! Puedes manejar tu empresa y a cientos o miles de personas con ellas, pero no lo vas a lograr conmigo. No voy a permitir que destroces mis ilusiones —le había dicho con ojos acuosos, más enfadada de lo que había estado nunca—. Cuando sea bailarina, cuando llegue ese momento, te prometo

que estudiaré empresariales. Pero te juro por Dios que voy a demostrarte que puedo ser tan buena como ella, aunque te disguste. Aunque me odies.

Al recordarlo parecía que eso había pasado solo un par de días atrás y no varios años. Ahora le tocaba a ella cumplir con su promesa.

Se hizo siete largos más y por fin su cuerpo se llenó de paz interior. Cerró los ojos y flotó en el agua. Tuvo la sensación que la miraban unos ojos azules cargados de pasión. Una boca abrasiva junto a la suya.

Capítulo 8

—No hay nadie registrado con ese nombre. —El director giró el ordenador para que el policía lo comprobara por sí mismo—. Ángel es un nombre bastante común, pero aquí no hay nadie llamado así y el año pasado tampoco.

Alonso lo escuchó mientras que con ojos ávidos observaba al ayudante, que había mandado el forense, manipular el dedo con guantes de látex. —¿Qué te parece?

—Pertenece a una mujer, pero no puedo decir nada más hasta no analizarlo y mirarlo detenidamente. Lo obvio es que no se trata de algo reciente. Está en bastante mal estado. Diría que seis u ocho meses. —Colocó la etiqueta y pasó a retirarse los guantes—. En cuanto lo sepamos te haremos llegar el resultado.

Alonso asintió. Caminó hacia Diego, que también había ido. En ese momento estaba comprobando el listado de los alumnos.

—No imaginaba que iba a volver a verte tan pronto, jefe —saludó Diego alzando los ojos hasta él.

—Yo tampoco. Tenemos que encontrar al dueño del pañuelo. Yo diría que es de mujer. Quizá Ángeles, o María de los Ángeles —dijo. Sus ojos celestes cayeron sobre el director—. ¿Puede ser alguien que conozca por el nombre de Nines o Angelines?

—Ya estamos mirando esas opciones, pero en los archivos no hay nada, ni de alumnos ni de ningún empleado —respondió Diego. Alonso ni se inmutó.

—¿Alguien que no llegase a entrar?

—Eso es imposible. Todos se registran al acceder al centro —respondió el director.

—Eso no nos deja muchas opciones.

Diego se pellizcó el puente de la nariz.

—Realmente esto es preocupante. ¿Por qué un dedo de varios meses aparece hoy en el corredor de las mujeres? —Clavó sus ojos en Alonso—.

¿Una amenaza? ¿Una advertencia?

—Lo encontró Itziar, pero lo podía haber hecho cualquiera. No creo que fuese dirigido a nadie en particular —le aseguró Alonso—. De todos modos, intenta buscar a Rocío Sandoval porque aunque la tenga descartada de la lista, puedes interrogarla de todas maneras.

—Lo haré. —Diego tomó apunte y volvió a mirar a su jefe—. Si les mostramos el pañuelo a los alumnos, es probable que alguno lo reconozca. Pudo haber sido un regalo y que por eso tenga un nombre distinto. 89Si no se consigue por esa vía, siempre puedo enseñárselo a las familias de los desaparecidos por si le pertenece a alguno.

El director carraspeó llamándoles la atención.

—Creo que ganarán más tiempo preguntando aquí. Paulina se relaciona mucho con las chicas. No me extrañaría que supiese a quien le pertenece. —Se miró el reloj maldiciendo por lo bajo lo tarde que era—. Pronto estarán todos dormidos. Eso ya deberán dejarlo para mañana.

—Sí —asintió Diego—, ha sido muy amable al dejarnos pasar con lo tarde que es. Mañana regresaremos a primera hora para hacer algunas preguntas.

—Por favor, traten de ser discretos. —El director se centró en Alonso—. Si le estoy permitiendo que siga aquí, es solo por la promesa de su comisario de que no pondrá a nadie en peligro. Confío mucho en su palabra.

—Puede hacerlo también en la mía. Le prometo que todo se resolverá de la mejor manera. —Se despidió de él y acompañó a Diego y al ayudante por los pasillos.

—El Niño está aquí, ¿lo has visto? —le preguntó Diego en tono de chanza.

Alonso afirmó con la cabeza, mostrando los dientes, contrariado.

—¿Cómo para no verlo! ¿Podría adelantarse usted hacia la salida? Es por allí. —Le señaló al ayudante por dónde debía salir y cuando se quedó solo con su amigo, estalló—: ¿Quién ha sido el lumbrera al que se le ha ocurrido meterlo aquí conmigo? ¿Acaso no había otro más gilipollas? ¡No me jodas!

—Ya le dije al comisario que te ibas a mosquear.

—Joder, ¡pues claro que estoy mosqueado! Me pone de los nervios ese payaso.

—En el departamento se han hecho apuestas.

—Lo imagino. Es lo que me faltaba. —Alzó los ojos al cielo observando la luna tras el cristal. Diego lo imitó.

—¿Qué tal lo llevas? ¿Cómo es esto? Yo no creo que hubiera tenido paciencia para estar aquí.

—No sé está tan mal —respondió pensando en la bonita rubia que había estado a punto de... ¡Dios, si la evocaba seguía excitándose! La alejó de su cabeza—. Pregúntame en unos meses. Seguro que pago por salir de aquí.

Caminaban despacio hacia la puerta principal. Aunque solían hablar casi todos los días por teléfono cuando Alonso pasaba informe, llevaban tantos años trabajando juntos que se echaban de menos. Por supuesto, ninguno lo admitiría nunca.

Diego observó de refilón un extraño brillo a su derecha y se detuvo expectante.

—¿Qué es esto?

—La piscina.

—Me ha parecido ver algo —susurró, acercándose lentamente a un amplio ventanal. Por inercia, Alonso caminó tras él.

—Es muy tarde para que permitan la entrada a alguien. —No acababa de decirlo cuando ambos se detuvieron de sopetón. Una mujer joven, de pie ante el borde de la piscina, se escurría el largo cabello retorciéndolo entre sus manos. La luz de la luna se reflejaba en el pálido y esbelto cuerpo desnudo. Tan solo una pequeña toalla rodeaba sus caderas.

—Pellízcame, Alonso —sugirió Diego—. ¿Estás viendo lo mismo que yo o es una divina visión?

Los ojos de Alonso adquirieron un tono peligrosamente azul. No contestó, por lo que su compañero lo miró intrigado.

—Supongo que encontrar a esta señorita aquí no es en este momento de tu

agrado. ¿Me equivoco?

—No. —Fue su escueta respuesta. Estaba furioso y se le notaba en la cara. No podía esconder que en ese momento le hervía la sangre. Y, aun así, no podía apartar los ojos de ella. ¿Estaba loca o qué?

—No somos los únicos espectadores —susurró Diego señalando a su alrededor. A Alonso le pareció ver a don Javier que en ese momento se esfumaba hacia la cafetería. Había varios tipos bajo la sombra de unos árboles, con los ojos fijos en ella—. Para no consentir la entrada a nadie, parece que son algo permisivos en ciertos aspectos —volvió a decir Diego aclarándose la voz. Alonso gruñó por lo bajo y se metió las manos en los bolsillos de la cazadora—. ¿Quién es esa hermosura?

—Chantal.

—¿Quieres que averigüe sobre ella?

—¿Por qué?

—Imagino que debe ser alguien importante para que pueda hacer lo que los demás tienen prohibido.

Con ojos entrecerrados, Alonso vio como ella caminaba hacia los vestuarios. Los mirones de debajo del árbol se levantaron y después de saludarlos se dispersaron.

—¿Qué dices? ¿Miro su ficha? —insistió Diego.

Alonso negó.

—¡No seas payaso! Déjalo estar. Chantal no está bajo sospecha. Ella es una de las chicas del grupo donde me he acoplado.

—¿Estás seguro de que no quieres que te consiga su dirección?

—Sé cómo conseguirla sin tu ayuda, listo.

—Habrá que verlo.

Alonso quiso que se marchase antes que ella lo viera. También quería que se olvidase de Chantal, pero se temía que eso iba a ser imposible. La maldijo a ella, maldijo a su amigo, y maldijo al centro por ser el consentidor primordial de Chantal. ¿Por qué cojones la dejaban bañarse de noche?

A la mañana siguiente, una Chantal más optimista, fresca y descansada se acercó al Niño con una sonrisa fría en la boca. Lo había visto salir de la cafetería y parecía absorto leyendo algo.

—¿Qué haces por aquí, *poli*? Te imaginaba persiguiendo a débiles y desamparados por las calles.

Él alzó los ojos hasta ella, y Chantal vio la sorpresa reflejada en su mirada. Supo que había metido la pata con él y también, el momento en que de verdad la reconoció.

—¡Vaya! Mira quién hay aquí. Pero si es mi queridísima Ángel. —Con mirada incrédula, le recorrió el cuerpo de arriba abajo con sus ojos castaños—. Muñeca, cada día estás más guapa. ¿Te lo han dicho últimamente?

Él no había cambiado mucho y recordó que una de las cosas por las que lo odiaba era por la forma tan fija con la que la miraba. Era como si sus ojos estuviesen llenos de desprecio.

—Siempre hay alguien que me dice cosas bonitas, imagino que a ti no te pasará lo mismo. —El Niño se encogió de hombros y metió el cuaderno bajo el brazo. Ella sin querer miró la hoja exterior y la señaló con la barbilla—. No puedes tener más borrones. Parece que no se te da muy bien estudiar. — Con prisa y algo avergonzado, él cerró el cuaderno—. ¿Qué estás haciendo aquí? No me digas que has venido a decantarte por otra profesión porque no me lo creo.

El hombre se revolvió un poco incómodo, girando la cabeza de un lado a otro para asegurarse de que nadie pudiera escucharlos.

—¿Quieres que nos sentemos?

—¿Juntos? No, gracias. Prefiero estar de pie, además, no me fio mucho de los *polis*. Ya sabes, gajes del oficio.

Él quiso reírse, pero no le encontraba mucha gracia a esa broma. La miró tragando saliva, y Chantal supo que estaba pasando algo que no alcanzaba a comprender.

—No estoy aquí por ti, muñeca. Debes creerme.

Chantal lo estudió con lentitud. El Niño era de la misma altura que ella,

pero dado su voluminoso cuerpo de gimnasio, parecía incluso más bajo. Vestía unos claros pantalones de pinzas impecablemente planchados. Su camisa lila, con delgadas líneas en un tono más oscuro, se ajustaba al pecho. Olía a perfume potente y mareante. El cabello lo peinaba hacia atrás, totalmente engominado. Tenía un estilo a Van Dame, piernas cortas y musculosas, de manera que cuando caminaba, daba la sensación de haber perdido el caballo en algún sitio. Todo eran esteroides y anabolizantes. Estaba segura de que si dejaba de tomar todas aquellas cosas para ponerse cachas, se desinflaría igual que un globo.

—¿Por qué debo creerte? —insistió con enojo.

—Escucha. —El hombre la tomó del brazo, pero la joven lo apartó con una mirada peligrosa—. Veo que tu padre ha vuelto a tratarte bien. —Sus ojos volvieron a recorrerla de abajo arriba, para terminar posando la última mirada sobre el rostro—. Vaya cambio —murmuró—. Creo que te prefería mejor antes.

—No te abofeteo porque en este momento no quiero líos contigo, pero quiero que te quede claro que eres un estúpido. Y que sepas que mi padre en ningún momento me trató mal. Fui yo quien me marché de casa y quien rehusé aceptar su dinero. No sé ni por qué te doy explicaciones. O tal vez es porque tú aun no me has dicho qué mierdas estás haciendo aquí.

Él sonrió con una mueca ladina.

—Se te ha quitado bastante el argot callejero con el que te conocí. Es admirable como alguien puede pasar de ser una puta a una dama.

—¡Gilipollas! ¡No eres más que un puto madero pringado de mierda!

—De acuerdo, escúchame. —La cogió del brazo con fuerza y la alejó del camino. Chantal se dejó llevar, deseosa de que le contase qué estaba ocurriendo y, a un tiempo, furiosa por la manera de tratarla.

—No puedo decirte por qué estoy aquí, pero te juro que no es por ti.

—¡Sé que no es por mí! Estás trabajando de incognito, ¿verdad? ¿Por qué? —resopló, soltándose de él.

—Te repito que no puedo hablar contigo de eso.

Chantal lo miró asombrada, después le regaló la sonrisa más dulce y cálida del mundo.

—Parece que esta vez te tengo cogido por los huevos, madero.

El Niño volvió a vigilar a su alrededor, maldiciendo en silencio.

—Sabiéndolo... ¿Serías capaz de mandar a la mierda el caso?

—¿Tuviste tú consideración conmigo? —Chantal no podía creerse que le estuviese hablando así. Descubrió que le encantaba tener el poder y la oportunidad para vengarse. En su fuero interno sabía que no iba a delatarlo pero que no se pasara mucho...—. ¿Qué estás investigando aquí dentro? —inquirió. Volvió a esbozar otra bonita sonrisa, sin embargo, esta vez, lejos de estar dirigida al Niño, lo estaba para su macarra favorito que se acercaba a ellos con un rostro demasiado serio.

El Niño se giró para observar aquello que llamaba su atención y sintió un gran alivio cuando descubrió a Alonso.

—Será mejor que lo hablemos en otro momento, Ángel —susurró con un tono de voz demasiado alegre para el gusto de ella.

—Me llamo Chantal. Chantal Damasco —le dijo antes de verlo saludar a Alonso y marcharse de allí.

—Te estaba buscando, Chantal —dijo Alonso mirándola fijamente—. Me han dicho que te habían visto por aquí.

—Y yo a ti también te buscaba —le dijo. Podía haberse dado cuenta de la seriedad en el rostro de Alonso cuando la había visto cerca del Niño, pero ella solo prestó atención a lo guapo que estaba esa mañana—. ¿Hablaste con el director de eso? —Él frunció el ceño, sin entender—. Del dedo.

—Sí.

Un cosquilleo nacido del bajo vientre ascendió hacia los pechos de Chantal cuando vio la mirada de Alonso clavada en el escote de su camiseta. Se sintió repentinamente nerviosa y sin darse cuenta se encontró pensando en lo que habían estado a punto de hacer el día anterior.

— ¿Me has oído? —preguntó él sacándola de sus pensamientos.

—No, perdona, estaba... distraída. ¿Qué es lo que te han dicho?

—De eso nada. Vamos, tenemos clase. —Echaron a andar con paso lento —. Te he preguntado antes qué tal te fue tu baño en la piscina, anoche.

Ella se atragantó con su propia saliva y lo miró alzando las cejas.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó. Sus ojos lo miraron con tal inocencia que él sintió su ternura, hasta que recordó que seguía enfadado.

—¿Crees que puedes hacer lo que te dé la gana? No es normal bañarte a esas horas tu sola.

—¿Por qué no me acompañaste si sabías que estaba allí? —le preguntó con voz sedosa y provocativa.

Los ojos del Alonso adquirieron un tono azul intenso, profundo. No sabía qué poder de influencia tenía ella o qué brujería gastaba, que de manera irremediable se excitó al pensar que podían haberse bañado juntos. Se inclinó sobre el oído de Chantal y susurró:

—¿Me estabas esperando?

Ella asintió deslizando su mano entre la gigantesca de él. Un gesto bastante natural y también íntimo. Una corriente eléctrica viajó entre los dos.

—Supongo que sí —admitió ella—. Después de lo de ayer te esperaba.

Varios compañeros se volvieron a mirarlos con disimulo. Se les hacía extraño que el nuevo de los tatuajes se hubiese ligado a la pija. Eran tan distintos como la noche del día. Un ángel con un demonio.

—Pues cuando desees repetirlo, dame un toque. No quiero que salgas sola por las noches.

—Me halaga tu preocupación.

—No es tanta preocupación como ganas de partirle la cara a todos los mirones de anoche.

Ella se sonrojó.

—¿Noto algo de celos? —se atrevió a preguntarle.

Él agitó la cabeza y sonrió con burla.

—No, hermosa. No soy un tipo celoso. Por cierto, ¿quién era el menda con

el que hablabas cuando he llegado?

Chantal lo miró con una graciosa ceja arqueada.

—¿El de antes? —Él asintió en silencio—. Uno nuevo que creí que conocía. —A medida que se acercaban al pabellón, descubrieron a un montón de gente parada. Chantal lo agradeció. No le gustaba tener que mentirle—. ¿Qué habrá pasado? —Todos parecían estar mirando algo que ellos todavía no podían ver. Se pararon curiosos. Alonso se encogió de hombros, sacó unas gafas de sol de la bolsa que colgaba en su hombro y se las puso.

Media docena de policías apartaba a la gente para inspeccionar los alrededores, y él supuso que se trataba de Diego buscando al dueño del pañuelo. Chantal lo arrastró hasta Yolanda, y al llegar descubrieron que Itziar lloraba en brazos de Cristian. Chantal se soltó de Alonso y fue hasta su amiga.

—¿Qué ha ocurrido, Ichi?

—Es Rocío Sandoval —informó Cristian, incapaz de retirar la vista del grupo de agentes—. La han asesinado.

Un fuerte escalofrío recorrió a Chantal de la cabeza a los pies. Itziar se volvió a ella y la abrazó.

—Es terrible. Chantal. Estoy flipando todavía.

—¿Pero cómo puede ser? ¿Cuándo? —susurró sorprendida. Sorprendida y dolida.

—Dicen que del curso pasado —contestó Cristian que, de puntillas, trataba de mirar. Sobre el suelo estaba el cuerpo cubierto con un impermeable oscuro.

—No puede ser ella, es imposible. —Chantal dejó a Itziar en manos de Yolanda e intentó abrirse paso hacia los policías. Necesitaba hablar con ellos. Tenía que cerciorarse de que la persona de la que hablaban no era Rocío. Alonso la tomó del brazo impidiéndole acercarse más. Ella lo miró más confundida que nunca—. Sé que no es ella. Puedo demostrarlo.

Alonso clavó los ojos en ella con fijeza.

—Es mejor que no lo mires, no es un plato de buen gusto, te lo aseguro.

—Tengo que hablar con ellos, Alonso.

—Itziar me dijo que tú y Rocío seguíais en contacto. No te preocupes, que con toda seguridad ellos quieren hablar contigo.

—Quiero asegurarme de que es ella.

—Y yo no quiero que te acerques y lo veas. ¿De acuerdo? He visto varias veces cosas de estas y es algo que luego no puedes sacarte de la cabeza con facilidad.

—¿Cuándo has visto tú estas cosas?

Él la sacaba muy despacio de entre la gente, y ella no parecía darse cuenta.

—He tenido la desgracia de ver algún accidente. —Recorrió la mejilla de Chantal con la palma de la mano—. Dime, ¿cuándo fue la última vez que supiste de Rocío?

—Esta misma semana he recibido una carta.

—¿Esta semana? ¿Aquí dentro? —preguntó él, nervioso.

Ella asintió y soltó un suspiro. Si hablaba de esa carta, iba a meter a Paulina en un lío, y no quería hacerlo.

—Verás, la secretaria es amiga mía y a veces me entrega el correo antes, pero no puedes decir nada, Alonso. No quiero meterla en problemas.

—Vale, pero seguro que esa carta debes entregarla.

Cuando Chantal se quiso dar cuenta, habían salido de entre la gente y Alonso la seguía llevando hacia el pabellón de las clases. Todos comenzaron a dispersarse por orden del director y los policías.

—¿Crees que es ella? Puede que estén confundidos y no se trate de Rocío.

Alonso se encogió de hombros y rodeó sus estrechos hombros con su brazo. Ni el mismo sabía qué pensar. La noche anterior, un dedo envuelto, y ahora el cuerpo.

Fue fácil encontrar a Diego con su altura y lo observó con ojos entrecerrados. Este le hizo una señal con la cabeza. Necesitaban hablar. Alonso asintió en silencio.

—Luego nos enteraremos de todo y sabremos quién es. —Levantó una mano llamando a Cristian y al grupo—. Vamos, las clases empiezan dentro de

cinco minutos.

—Que prisas tienes por ir, macho —le dijo Álex, alcanzándolos.

Todavía conmocionada, Chantal caminó con el grupo, pero antes de entrar, Alonso se dio la vuelta diciendo que se había dejado la bolsa en algún lado y se fue a buscarla. Como en trance, ella continuó con los demás, perdida en sus propios pensamientos.

Don Javier tardó varios minutos en dar señales de vida, lo que varios alumnos aprovecharon para seguir hablando del tema.

¿Quién lo había descubierto?

¿Cómo estaba?

¿Quién la había reconocido?

Capítulo 9

Itziar había dejado de llorar y Cristian ya no tenía motivos para acariciarle el antebrazo, como llevaba haciendo desde hacía un buen rato. La acompañó hasta su asiento, cerca de Chantal, y él se fue al suyo.

—¿Estás mejor? —inquirió Chantal preocupada—. ¿Por qué no te excusas y vas a descansar? Si quieres te acompaño.

Itziar negó con la cabeza. Muy seria, puso las manos sobre su mesa.

—Necesito despejarme un poco. Si me encerrase ahora no podría dejar de pensar en ello. No entiendo nada de lo que está ocurriendo.

—¿Tú la has visto?

Itziar asintió.

—Ha sido horrible. Aunque la he reconocido, no parecía ella, era como si le faltasen pedazos de piel en la cara y en los brazos.

Ver a su amiga tan sobrecogida no era nada agradable para Chantal. Se suponía que Itziar era la fuerte. La que se había echado a la espalda los problemas de su familia. La que llegaba y ponía orden en las cosas.

—¿Cómo puede ser posible que sea ella si...? —Sin querer soltó un ahogado sollozó—. Ichi, ¿quién es entonces quien me llamó?

Itziar negó con ojos aterrados.

—La misma persona que te escribió.

Chantal se llevó la mano a la boca. Se dio cuenta de que Itziar no estaba tan impactada por lo del cadáver como por la preocupación que sentía por ella.

—¿Crees que vienen por mí? —le dijo en un hilo de voz.

—Ten mucho cuidado, Chantal, por favor.

Cuando don Javier entró en el aula, tan solo unos pocos repararon en su presencia. Chantal lo vio caminar hacia ella con paso tranquilo, casi con parsimonia. Su rostro era tan inexpresivo que ella no sabía si estaba afectado,

enfadado o sorprendido.

—Señorita Chantal, vaya a dirección por favor —susurró—. La policía quiere hacerle unas preguntas.

—¿A mí? ¿Por qué? —Se puso más nerviosa todavía. Quería conversar con ellos y comentarles lo de las cartas, sin embargo, era muy extraño que la llamasen tan rápido.

Itziar la miró con rostro desenchajado.

—Supongo que primero hablarán contigo y luego conmigo. Era nuestra compañera de cuarto.

Don Javier asintió:

—Sí, tienen que interrogar a todas las personas que estuvieron cerca de ella el curso pasado. Pero si ve que se encuentra mal, puede volver a su habitación y yo me disculparé con ellos. Usted también puede marcharse, señorita Vélez. No creo que hoy pueda hacer una clase en condiciones.

Chantal miró a Itziar que negó con la cabeza.

—Yo estoy bien, de verdad.

—Vale, iré al despacho, cuanto antes concluya con esto, mejor para mis nervios. Estoy muy asustada —dijo Chantal con flaqueza.

—Recuerda que no tienes nada que esconder —murmuró Itziar después de que el profesor se alejase de ellas en dirección a la puerta.

—Lo sé —respondió con una trémula sonrisa. Por inercia sus ojos cayeron sobre el asiento de Alonso, que aún no había llegado. Se extrañó.

—Yo le diré dónde has ido —le dijo Itziar siguiendo su mirada.

—¡Empápate bien de todo, Damasco, que después nos tendrás que contar! —gritó alguien animándola. Ella lo ignoró. Se dirigió a don Javier que mantenía la puerta abierta para que saliese.

—¿Necesita que la acompañe al despacho?

—No, gracias, profesor. De veras estoy bien. —Levantó la vista hasta sus ojos—. Puede que también me pregunten por usted.

—Soy consciente de eso. —Él se encogió de hombros—. No se preocupe

por ello.

Caminó pensativa hacia las oficinas. Ahora podría estar en el balneario recibiendo un extraordinario masaje, o bajo los chorros calientes del agua... Si su padre se enteraba de que algo peligroso estaba ocurriendo, era capaz de sacarla de allí. Y por un lado deseaba que lo hiciese, aunque por otro no.

Llamó a la puerta con timidez, y el director la recibió con una sonrisa que pretendía ser amable, pero ella la notó tensa e inquieta.

—Pase, señorita Damasco. —Se apartó y con un brazo indicó que se sentase en el sofá de piel. Cerró la puerta y se acomodó a su lado—. ¿Se encuentra bien?

—Nerviosa —admitió.

Un hombre joven, con las caderas apoyadas en el escritorio, la observó con amabilidad. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y, por su pose y actitud, dejaba a las claras que era un policía, aunque no llevase uniforme. No supo por qué, pero en ese momento recordó al Niño. ¿Era por eso por lo que estaba en el centro? ¿Tenían sospechas de antes de que algo estaba pasando y se había infiltrado? Unas malas vibraciones recorrieron su espina dorsal. Se frotó los brazos como si de repente hubiera sentido frío. Si lo que acababa de pensar era correcto, todos habían estado en peligro. ¿Por qué siguieron con el experimento entonces?

«¡Eran ratas de laboratorio!».

—¿Es usted Chantal Damasco? —preguntó el hombre con voz suave. Ella asintió—. Yo me llamo Diego Delgado. No se preocupe, solo tengo que hacer algunas preguntas rápidas y podrá marcharse.

Chantal intentó inspirar hondamente para tranquilizarse, pero no lo logró. En seguida sus ojos volaron hacia su pañuelo que estaba metido en una bolsa de pruebas sobre la mesa. Respiró con dificultad.

Diego siguió su mirada con atención. Viéndola allí no parecía ser la misma mujer de la otra noche. La diosa de la piscina. Sin duda era muy bonita y su cuerpo era de diez, pero en ese momento le recordó a una niñita de papá. Apartó esa imagen de su cabeza para centrarse en el asunto que tenía entre

manos.

Ella se pasó la lengua por los labios sintiendo la boca completamente seca.

—¿Necesita beber un poco de agua?

—Sí, por favor.

Diego le entregó una botella pequeña y regresó hasta la mesa. Chantal bebió, cerró la botella y con un suspiro se enfrentó al policía.

—¿Qué es lo que quiere saber?

Diego cogió la bolsa que contenía el pañuelo y se la mostró.

—¿Reconoce la prenda?

—Sí. —Escuchó tras ella como la puerta se abría y entraba alguien. Supuso que más policías por el ruido de las pisadas sobre la tarima del suelo. Eran tres como mínimo. No se atrevió a darse la vuelta para no sentirse más nerviosa de lo que ya estaba.

—¿Sabe usted a quién pertenece este pañuelo? —volvió a decir Diego armándose de paciencia. Podía oler el miedo en ella. Lo que no podía percibir era que el corazón de Chantal se encontraba a punto de estallar en su pecho.

Ella se pasó nuevamente la lengua sobre los labios y expulsó aire en un soplido largo e intenso. Tenía que decir la verdad sin esconder nada, tal como Itziar le había dicho. O a lo mejor era más prudente pedir un abogado. Se mordió el labio inferior durante unos segundos, valorando las opciones.

—¿Señorita Damasco? —repitió el agente Delgado arqueando las cejas. Era un tipo fibroso, bastante atractivo y de rostro amable. Por norma, su aspecto nunca era intimidante y por norma, tampoco hacía enmudecer a las mujeres—. ¿Sucedo algo?

—Es mío —le respondió con voz temblorosa. En ese momento pensó en su padre. Él estaba al corriente de todo lo concerniente a su vida pasada, lo bueno y lo malo, y lo malo ya lo habían superado, de modo que no tenía nada que ocultar ni de lo que avergonzarse.

—¿Es suyo? —Se sorprendió—. ¿Cuándo lo echó en falta?

Nerviosa como nunca en su vida, agitó la cabeza.

—Nunca lo he echado en falta. Yo sabía que lo tenía Rocío, se lo presté el curso pasado. No sé qué es lo que está pasando. ¿Están seguros de que era... Rocío? —El detective asintió. Con ojos implorantes, ella miró al director—. ¿No tendría un cigarrillo? Creo que voy a desmayarme.

El detective Delgado buscó en los bolsillos y sacó un paquete de tabaco de uno de ellos. Le entregó un cigarrillo y prendió el mechero. Chantal se lo agradeció. Le dio una calada y dejó escapar el humo suavemente.

—Tranquila, señorita Damasco —dijo el director con amabilidad.

—Es difícil que me pida eso cuando resulta que me he estado cartearando con... con una muerta. —Se le escapó un amago de risa histérica. Desde luego no era la primera vez que un espíritu le hablaba—. Esto tiene que ser una broma macabra.

El director negó con la cabeza, y el detective Delgado se acercó hasta ella inclinándose para ponerse a su altura.

—Esto no es obra de ningún fantasma. No se preocupe por ello. Dice que se ha estado cartearando con ella. —Chantal asintió—. Necesitamos que nos haga llegar las cartas.

—Están en mi cuarto.

—Luego puedo enviar a Paulina que vaya a recogerlas —dijo el director.

El detective estuvo de acuerdo.

—Dígame, señorita Damasco, ¿qué relación tenía con Rocío?

Chantal volvió a dar otra calada de su cigarro al tiempo que se encogía de hombros. Cogió el cenicero que Diego le daba y lo vio regresar a su posición inicial, con las caderas contra el escritorio.

—Bueno, fue mi compañera el año pasado. Nos llevábamos bien. Hablábamos mucho porque cuando pasan un par de meses y te encuentras aquí encerrado, respirando el oxígeno artificial, sin escuchar el tráfico, ni sirenas, ni pájaros, ni nada, terminas hablando con los cuatro árboles del jardín. —Trató de sonreír, pero no formó más que una mueca—. Me llevo bien con todo el mundo.

Diego tenía la costumbre de asentir continuamente con la cabeza mientras escuchaba.

—¿La vio discutir alguna vez con alguien?

Chantal se encogió de hombros, pensativa.

—Lo que se dice discutir, no. La verdad es que no. Hay con personas que se llevaba mejor que con otras, pero esto es así. Y a veces llega un momento que una salta sin tener motivos.

—¿Cómo definiría a Rocío?

—Pues es una tía extrovertida, nerviosa, intranquila... Es... era... muy maja. A mí me caía muy bien. Sé que con su familia tenía sus tiras y aflojas, pero supongo que como en todas las familias.

Diego anotó algo en una pequeña libreta y, después de cruzarse de brazos sobre el pecho, volvió a mirarla. Chantal apagó el cigarrillo y le entregó el cenicero al director para que lo pusiera sobre la mesa que tenía al lado.

—Entonces usted le regaló el pañuelo a Rocío, ¿no?

—Sí, bueno. No me importó mucho que se lo llevara. Compré varios parecidos en el Cairo hace uno tres años, son de seda natural.

—En el reverso hay un nombre cosido.

—Está bordado —lo corrigió.

Por un momento, Diego llevó la vista tras ella. Chantal imaginó que estaba cruzando miradas con las personas que estaban a su espalda escuchando.

—¿Me puede decir quién es Ángel?

Ella tomó aire con fuerza. Ya estaba aquí la pregunta del millón. ¿Y si no contestaba?

—He admitido que el pañuelo es mío. No creo que importe mucho el nombre que lleva bordado. Pone Ángel, pero perfectamente podía haber puesto mierda. ¿Qué relevancia tiene eso?

Diego frunció el ceño y carraspeó.

—No estoy muy seguro de haberla entendido bien. ¿Puede repetirlo, por favor?

Chantal volvió a soplar. ¿Y si pedía ahora un abogado?

—Detective Delgado, ¿cómo puede explicarme que Rocío y yo tuviésemos contacto durante todo este tiempo? —Se atrevió a preguntar ella a su vez—. Supongo que eso es mucho más importante que hablar del dichoso nombre bordado.

—Eso es lo que tenemos que averiguar, señorita, porque obviamente es alguien que se está burlando haciéndose pasar por quien no es. ¿Puede contestar la pregunta que le hice antes?

Chantal respiró nerviosa, expulsando el aire por las fosas nasales. Sentía el latido de su corazón en la garganta. Se llevó un dedo a la boca para mordisquearse la uña.

—Lo siento, creo que he olvidado su pregunta. Estoy... muy nerviosa.

—Ángel es ella —respondió el Niño desde atrás. Se situó al lado del detective Delgado, con las piernas ligeramente abiertas.

Ella lo fulminó con la vista. «¡Menuda patada tenía en los huevos el muy cabrón!».

Su aplomo se vino abajo de repente. Fue como aquella vez hacía tiempo. Volvió a sentirse como si regresara a sus dieciséis años. Asustada, perdida y con aquel energúmeno gritándole como un... loco. Perdió el color de la cara, y el director se apresuró a alcanzarle la botella de agua. Sin quererlo, no pudo reprimir que una solitaria lágrima rodara sobre su mejilla.

El Niño se irguió, dio un paso hacia ella entregándole un paquete de pañuelos de papel. Ella lo atravesó con una mirada helada y se negó a coger nada que viniese de él.

—¿Y bien? —insistió el detective Delgado haciendo chasquear los dedos—. Por favor, señorita, esto puede ser importante. Hay alguien que le escribe cartas y su pañuelo es una prueba muy significativa. Sea lo que sea, usted está relacionada con todo esto.

Evitando mirar al Niño, Chantal se dirigió expresamente al detective.

—Ángel es el nombre que usaba cuando comencé a trabajar como bailarina

—le explicó.

—¿Bailarina? —El Niño frunció el ceño con una mueca sarcástica—. ¿Así se llama ahora? Muñeca, bailar en un club no es ser bailarina. Agitarse medio desnuda en un escenario sostenida a una barra...

Chantal se puso en pie, furiosa. De no ser por el director que sujetó su brazo, estuvo a punto de lanzarle la botella que seguía sosteniendo en la mano.

—¡No quiero que él esté aquí! —gritó.

—¡Tengo que estar aquí! Si no te gusta lo que oyes...

—¡Déjala en paz! —Alonso, de una sola zancada, llegó hasta el Niño. Era como si hubiera estado esperando ese momento durante toda su vida. Su furia refrenada se concentraba en su puño derecho. La rabia contenida en la mano que sujetaba el cuello de la camisa del Niño. Por el rabillo del ojo observó a Chantal que lo miraba sorprendida al tiempo que daba un paso atrás. Volvió su atención a la persona que sostenía medio en vilo—. ¡Ten un poco de respeto!

Diego ya los estaba separando. Alonso tampoco ofreció mucha resistencia. ¿Qué honor quería defender? Se volvió hacia ella.

—¿Es verdad que trabajabas en un club y que te hacías llamar Ángel?

—¿Eres policía? —le preguntó ella a su vez, sin poder dar crédito.

—Sí —contestó él con frialdad. La observó como si fuese la primera vez que la veía, como dos desconocidos que no tienen nada que decirse. Ella se sintió insignificante, sucia—. ¿Por qué no dijiste que ese pañuelo era tuyo cuando lo encontró tu amiga?

Chantal trató de deshacer el nudo que se había formado en su pecho impidiéndole respirar. Luchó por enfocar la mirada en él, gruesas lágrimas surcaron sus mejillas. Buscó al macarra dentro de Alonso, incapaz de verlo. Ante ella había un hombre muy distinto al que había creído conocer. Jadeó sin apartar la vista de él y poco a poco la razón se fue apoderando de su mente. ¿Acaso sospechaban de ella? Alonso habría sido capaz de llegar al final sin importarle sus sentimientos y luego, ¿qué?

La idea de haber sido una forma agradable para pasar el tiempo comenzó a

bullir en su cabeza. ¡Ja! ¡Qué bien que lo debía haber pasado! ¡Cuánto se habría reído de ella!

Una mezcla de dolor y furia la embargó. Se acercó lentamente a él y con la voz ahogada por las lágrimas le preguntó:

—¿Soy sospechosa?

—¡No! —exclamó el detective Delgado, repartiendo una mirada asesina entre sus dos compañeros.

Chantal elevó el mentón con altivez. Ella era una Damasco, no un payaso de feria. No les iba a dar el gusto de verla dolida. Se limpió las mejillas con el dorso de una mano.

—Si quieren hacerme más preguntas... —Su rostro, ahora totalmente inexpresivo. Sus pequeñas manos cerradas con fuerza a ambos lados de su falda—... tendrán que hacerlo delante de mi abogado. —Con la gracia de un felino, se giró y caminó hacia la puerta con la espalda totalmente erguida y tensa. Antes de salir, apenas se giró para lanzar al Niño una mirada de advertencia sobre su hombro—: Espero que solucionen esto cuanto antes. No voy a permitir que nos pongan en peligro, ni a mí ni a mis compañeros. —Llevó la mirada al director—. ¿Es necesario que llame a mi padre?

—No, no lo haga, señorita —rogó Diego viendo como toda la investigación se podía venir abajo en cuestión de minutos—. Déjenos que intentemos solucionarlo. Si alguien descubre que el sargento está aquí, el culpable huirá.

Chantal aspiró con fuerza. Cuando Diego había dicho sargento, había señalado a Alonso, pero ella no se dignó a mirarlo y siguió con la vista sobre él.

—¿Usted me asegura que todos estaremos bien?

—Le doy mi palabra, señorita Damasco.

Ella asintió y salió del despacho sin mirar ni al Niño ni a Alonso.

Capítulo 10

Chantal llevaba un buen rato analizando con cuidado sus sentimientos. Averiguar que Alonso la había engañado no era nada agradable. Ni siquiera sabiendo que él estaba cumpliendo con un trabajo. Pero que él la juzgase a pesar de que la idea ya hubiese cruzado por su cabeza, era de hipócritas. Desde luego no tenía ningún derecho. Él solo era... un chulo macarra que lograba excitarla con solo mirarla. Alguien que hacía que su piel se erizara y que su corazón vibrara. Prefería verlo así que pensar en él como un policía frío e insensible, con la línea bien definida entre el bien o el mal. Fuese como fuese, el problema residía ahora en que ella no podía sacárselo del corazón. No era que estuviese locamente enamorada. Simplemente era un afecto que había ido naciendo poco a poco. Un falso enamoramiento. «Entre nosotros no existe nada — se repitió enojada—. Nunca tendría que haberme fijado en ti».

Cerró los ojos sobre la cama. Pensó en su hermano, al que adoraba con locura. Él iba anunciar en breve su compromiso con la hija de un multimillonario dueño de una petrolífera y tenía pensado residir en Indonesia. Si él había aguantado tanto en España, había sido solo por ella. Por el enfrentamiento que había tenido con su padre. Sin embargo, ahora las cosas entre ellos ya estaban bien y por fin se había decidido a emprender su vida dónde el corazón le pedía.

Chantal amaba a su padre a pesar de la devoción que sentía por sus empresas y el poco tiempo que había dedicado en ella. Aun así, él siempre había estado allí protegiéndola con un par de matones a los que despistaba cuando le venía en gana, o contratando investigadores cuando emprendió su vida para convertirse en lo que era ahora. En el sueño que había perseguido con ahínco desafiando las reglas de la sociedad que le habían inculcado desde niña. Rebelándose contra sí misma y contra el mundo entero. Tenía cumplido su sueño. A sus veinticuatro años era profesora de baile en una renombrada

academia de danza. Trabajaba con los mejores, y los mejores la respetaban. No veían en ella otra cosa que no fueran sus movimientos ágiles, su pasión por la música, su perfeccionismo sobre un escenario... Y eso era lo que verdaderamente llenaba su vida.

Itziar entró en el dormitorio sin hacer mucho ruido, pero Chantal abrió los ojos y se la quedó mirando con tristeza.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué querían preguntarte?

Chantal se incorporó y palmeó el colchón. Itziar se sentó a su lado.

—Era por lo de las cartas. Piensan que lo que está pasando está relacionado conmigo de alguna manera. Preguntaron por el pañuelo... —Se encogió de hombros con pena—. Es todo tan extraño... ¿Por qué alguien querría matar a Rocío?

Itziar la abrazó con fuerza. Estuvieron hablando de ello, aunque Chantal no le contó nada de los policías infiltrados ni que Alonso era uno de ellos. Podía haberlo hecho, pero prefirió no asustarla y dejar que ellos trabajasen sin presiones.

Paulina había acudido a su habitación para recoger la carta de Rocío Sandoval y también tuvo unas palabras consoladoras para ellas. Estaba tan sorprendida como el resto.

—Si me entero de algo, yo os aviso, chicas. Vosotras tened cuidado por si acaso.

—Paulina, si creyesen que estamos en peligro de alguna manera, nos lo dirían, ¿verdad? —le preguntó Chantal.

—¡Por supuesto! Yo sería la primera en avisaros.

—Espero no darte problemas por el tema de la carta, es que... no vi ningún modo de excusarme.

—¡Bah, cariño! Olvídate de eso. Es normal que lo dijese, debiste sentirte fatal al darte cuenta de lo que ocurría. Yo todavía no soy capaz de tranquilizarme, y eso que me he tomado Bromazepam.

—Eso es para aliviar la ansiedad, ¿verdad? —preguntó Itziar.

—Sí, depresiones, nervios... En dosis más altas sirve de sedante y ayuda a dormir. —Sacó una caja del bolsillo de su bata—. ¿Queréis? Yo tengo más en mi dormitorio.

Itziar lo aceptó, agradeciéndoselo.

Más tarde, cuando volvían a estar solas de nuevo, Chantal le dijo a Itziar:

—No es cierto, si estuviésemos en peligro, no nos lo dirían nunca porque tendrían que admitir que este experimento es una mierda en todo su conjunto. O tal vez, según ellos, un rotundo éxito si se llega a la conclusión de que asesinos hay en todo el mundo. ¿Te has dado cuenta que querrán llevar este experimento hasta el final?

Itziar entornó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Ichi, esta gente estudia la preparación del centro por lo que pueda ocurrir en un futuro. Esto es un bunker infranqueable. Si allí fuera —señaló a la ventana— tirasen una bomba atómica, gases radiactivos... cualquier cosa que cambiase la forma de vida, no tendría modo de penetrar aquí. Nosotros estaríamos a salvo.

—Excepto que tenemos un asesino dentro, porque es obvio que el culpable sigue estando aquí y ha hecho aparecer a... Rocío.

—Bueno, sí, y lo bueno de ser un experimento es que la policía puede entrar y salir. Por ese mismo motivo, si en verdad estuviésemos en peligro, ellos harían todo lo posible por protegernos, excepto mandarnos a nuestra casa con nuestras familias.

—Yo preferiría quedarme aquí, la verdad. En mi casa las cosas ahora no están como para tirar cohetes. No me siento con muchas ganas de llegar y tener broncas cada dos por tres.

—Siempre te puedes mudar a mi apartamento.

—Demasiado lujo para mí. —Negó con la cabeza—. No me imagino en tu ático. Además, tampoco puedo darle la espalda a mi madre así como así, y lo sabes.

—Claro que lo sé, sin embargo, tú no puedes seguir dándole largas al asunto. Recuerda que para alcanzar una meta hay que hacer sacrificios.

—Ya, pero no es lo mismo, Chantal. Tú sacrificaste la relación con tu padre porque sabías desde siempre que él es un hombre fuerte capaz de superar cualquier cosa, en cambio, mi madre es débil, ella... si la doy de lado es capaz de hacer una locura. Yo soy la única que la soporta y que está con ella apoyándola. Si yo le fallo me sentiría culpable el resto de mi vida.

Los siguientes días, tanto Alonso como Chantal se evitaron en la medida de lo posible. Cuando coincidían, tendían a ignorarse. Si no uno, era el otro quien se saltaba algunas de las clases que compartían. Ese día le había tocado a ella faltar cuando lo vio a él charlando en la fila con Álex y Cristian.

—¿No vas hoy tampoco? —preguntó Yolanda al ver que se daba la vuelta hacia el corredor de los dormitorios.

Dio la primera excusa que se le vino a la cabeza.

—Me duele la tripa y no me encuentro muy bien.

—Ya te he dicho que eso que te dio Paulina no es muy bueno.

—No, si ya no lo he vuelto a tomar —respondió. Y era verdad, al final no había querido tomarse ningún ansiolítico, aunque los últimos días no lograba descansar bien. Tras la aparición de Rocío no podía quitarse de la cabeza la sensación de culpa y las pesadillas que invadían sus sueños—. Avisa a Ichi y pasadme luego los apuntes.

Esa mañana se tenía que conformar con repasar matemática financiera en el escritorio de su dormitorio. La idea de estar encerrada le parecía una ironía. En algún momento debían verse las caras y enfrentarse.

Después de un par de horas, escuchó la sirena que señalaba el final de la clase. Chantal suspiró y se hundió en el sillón mientras esperaba a Itziar. Miró por la ventana, observando cómo volaban los pájaros sobre los techos de cristal. Cristales insonorizados y blindados. Se sentía triste y desanimada.

—Hola, guapa, no te he visto en todo el día y Yoli me ha dicho que te dolía

el estómago —dijo Itziar cariñosamente nada más entrar en el cuarto. Se acercó a ella y la rodeó con sus brazos, depositando un beso en la coronilla de Chantal—. Tienes que cambiar el chip. Desde lo de Rocío has entrado en depresión.

—Tú lo has superado mejor que yo. ¿Ya se te ha quitado el miedo?

—No, estoy acojonada, pero no voy a desperdiciar la oportunidad de disfrutar de este lugar. Deberías hacer lo mismo.

Los ojos de Chantal se llenaron inexplicablemente de lágrimas.

—¿Qué te ocurre, amiga? —Itziar se inclinó sobre ella para poder verle la cara.

—No soporto estar aquí más tiempo. No es por miedo, te lo juro, es solo... que no me siento cómoda. Tengo la sensación de que alguien me vigila.

—Quieres que vayamos hablar con el director y que le preguntemos lo que pasa con esas cartas. Tendrán un matasellos, huellas dactilares... alguna prueba.

Chantal se echó a reír entre lágrimas.

—¿Ves mucho *C.S.I.*?

—Sí. En casa nos tragamos todas esas series.

—Era de imaginar.

Itziar le acarició los cabellos con ternura.

—¿Hace cuánto que no vas a la piscina a relajarte?

Chantal la miró con un diminuto esbozo de lo que pretendía ser una sonrisa. Itziar la conocía tan bien...

Tirando de una esquina del edredón de su cama, se limpió la cara.

—Tienes razón. Debería ir hacerme unos largos. ¿Vosotras habéis seguido con lo del espíritu? ¿Habéis descubierto algo nuevo?

—¿De verdad te interesa saberlo o necesitas hablar?

Chantal dejó escapar una risilla culpable y asintió.

—Necesito hablar de algo y dejar de encerrarme aquí. —Y al decir eso pensó que le daba igual si tenía que verse la cara con Alonso o con quien

fuese. Ella tenía el mismo derecho o más de estar allí que él.

—Acabamos ayer con toda la investigación.

—¿Cómo? ¿Pero lo habéis terminado o lo habéis dejado?

—Terminado. Finiquitado. Verás, resultó que el padre de Cial, atormentado, se suicidó dos años después. En el momento del incendio, el niño se encontraba con un amiguito suyo. Murieron los dos, pero solo se recuperó el cadáver de uno de ellos y nadie lo supo hasta más tarde. Cuando encontraron al otro niño, lo enterraron y el tema se olvidó.

—Entonces no lo entiendo. ¿Por qué se supone que se nos presentó si descansaba en paz?

Itziar negó con la cabeza:

—Unos conocidos de Alonso han descubierto que enterraron a los muchachos cambiados. Ahora necesitan una orden para poder abrir las lapidas o cambiar los nombres. Ambos tenían tumbas familiares y privadas. No sé cómo lo harán.

—¡Pues vaya! Yo pensaba que iba a ser algo más interesante.

Itziar se recostó sobre una de las camas con las manos cruzadas bajo la nuca.

—Te acabo de nombrar a Alonso y te ha dado exactamente igual. El otro día os encuentro aquí con un calentón de los que hacen historia y ahora ni os miráis a la cara. ¿Piensas contármelo?

—Discutimos.

—Las personas discuten, ¿cuál es el problema?

—¿El problema? —repitió dejándose caer sobre el respaldo de la silla y clavando los ojos en ella—. ¡Míranos, Ichi! ¿Qué dirá mi padre si me ve aparecer con alguien así? No encaja en mi vida.

—¡Eso es lo más estúpido que he escuchado desde que nací! ¿Cuánto tiempo te ha llevado inventar esa mentira? Te recuerdo que estás hablando conmigo y hemos ido juntas al colegio. Yo pensaba que confiabas en mí...

—¡Claro que lo hago! De acuerdo, te voy a decir la verdad. Alonso sabe

que estuve como bailarina en un club. Sabe que fui una estríper.

Itziar abrió los ojos como platos.

—Sé cómo te sientes, Chantal. Ya sabes que alguna vez hemos hablado de eso. Para un tío es bastante complicado pensar que su novia se ha desnudado delante de un montón de gente. Pero...

—Si él me quisiera, no debería de importarle. ¿Ibas a decir eso?

—No. Iba a decir que en, primer lugar, ninguno de los dos tenéis nada serio. Antes de entrar tú habías dicho que lo importante para ti primero es sacarte la carrera, y si todo sigue así y apruebas este curso, solo te quedaría uno más. Y en segundo lugar, no puedo creer que un tipo como Alonso, con las pintas de macarra que tiene... y repito tu adjetivo... tenga esa clase de prejuicios. Si los tíos son tontos, son tontos. Qué se le va hacer. Tú puedes aspirar a tener lo que quieras.

—Pagando.

—Pues pagando. Te pagas un marido que lleve la empresa de tu padre y punto. Y luego te enrollas con quien te dé la real gana. ¡Para qué coño vas a complicarte la vida! ¿No puedes hacerlo? ¿Acaso no tienes dinero?

Capítulo 11

Chantal no pensó muy bien lo que estaba haciendo porque, de haberlo hecho, en ese momento no estaría caminando a la segunda planta, en el otro lado del edificio. Justo en el ala donde dormían los hombres.

Era tarde y apenas se cruzó con un par de compañeros por el semioscuro corredor. Todo estaba en silencio e incluso el sonido de sus pasos eran ahogados por la espesa moqueta.

Un poco asustada miró un par de veces hacia atrás con la inquietante sensación de estar siendo vigilada. La misma sensación que había vivido en las duchas de la piscina.

Con indecisión, se paró ante el dormitorio de Alonso. Sus ojos se clavaron en la puerta. Había llegado hasta allí y no pensaba dar marcha atrás. Respiró hondo. Todavía no había repasado lo que iba a decirle cuando lo tuviese delante.

Se preguntó de nuevo cuál era el motivo por el que quería hablar con él, y la única respuesta convincente era que quería verlo. Sentirlo cerca. ¿Por qué tenía esa extraña obsesión con él? Ella sabía que era un síntoma poco saludable y bastante preocupante. Lo había visto en otras personas.

Sin detenerse, golpeó suavemente la puerta con los nudillos y esperó con el corazón desbocado. Aspiraba como si el preciado oxígeno se hubiera transformado en dosis de valor.

Fue Álex quien abrió la puerta y la miró sorprendido. Enseguida le regaló una sonrisa de bienvenida. Se apartó para dejarla pasar, pero Chantal negó con la cabeza.

—¿Está él? —le preguntó en un susurro nervioso.

Álex asintió, se metió al dormitorio cerrando ligeramente la puerta. Salió Alonso.

—¡Estás loca! —susurró con voz áspera—, ¿cómo se te ocurre salir a estas

horas? —Miró en ambas direcciones. El pasillo estaba vacío.

Chantal lo observó a través de sus largas pestañas. Alonso vestía sus típicos tejanos desgastados y una camiseta blanca que se ajustaba sobre su pecho. Con asombro, su mirada recorrió sus grandes bíceps. Refrenó el impulso de pasar los dedos sobre la serpiente de su brazo. Su cabello negro azabache llegaba hasta los hombros, húmedo, ondulante... sexy.

—Yo también me alegro de verte —le contestó enfadada—. He venido porque he recordado algo, ¿pero sabes qué te digo? ¡Que te den!

—¿No puedes esperar hasta mañana? —preguntó él cuando ella ya regresaba por el pasillo.

—De acuerdo, mañana —le contestó sin dignarse a mirarlo.

Alonso gruñó. Estaba deseando verla. Tenía ganas de verla. ¿Por qué se exponía ella tanto al peligro? Odiaba cuando hacía eso.

Chantal siguió caminando. Lo escuchó maldecir y con un par de largos pasos llegó hasta ella. La tomó del brazo, pero la soltó con rapidez antes de que los viese alguien. Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Vamos abajo —dijo Alonso—. Espero que sea algo importante.

Chantal asintió madurando aprisa qué podía ser tan valioso como para ir en plena noche a las habitaciones de los hombres. Mentalmente se encogió de hombros: lo que había pensado no era muy imprescindible, la verdad.

—Si no deseas tener contacto conmigo, se lo puedo decir al otro *poli*. A mí no me importa —mintió. Le dolía que él la tratase con tanta frialdad.

—No me molesta estar contigo, Chantal, lo que en verdad me molesta es que desafíes al peligro.

Ese comentario la complació. Después de todo no era tan insensible como había pensado.

—Están echando una peli de las regulares en el salón —recordó ella—. Pero sé de otro sitio donde podemos hablar. —Clavó sus ojos en él con decisión. Todavía dando vueltas en su mente sobre qué podría decirle—. Eso si te fías de mí, por supuesto.

Alonso súbitamente acercó sus labios al oído de ella.

—Voy armado, cariño.

—Me alegro —respondió apartándose de él. Su cercanía era abrumadora.

Lo guió por varios pasillos intentando no cruzarse con nadie. Atravesaron el pabellón de deporte y entraron en el oscuro y silencioso gimnasio. Solo la luz de la luna atravesando la gran cristalera del techo iluminaba la pista y las canchas al tiempo que formaba siniestras sombras sobre las gradas y en las espalderas que cubrían las paredes. Chantal se sentó en el primer banco de madera, donde comenzaban las gradas. Alonso se paró a su lado.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que has recordado?

—Es posible sea una tontería, pero he pensado—Y lo había hecho hacía menos de dos minutos— que si Rocío no llegó a marcharse nunca, alguien debió quedarse con sus cosas. —Alonso arqueó las cejas confundido—. Me refiero a su taquilla, creo que puedo conseguir su llave —le explicó—. Siempre las tenemos en un cajón del escritorio, y ella dejó la suya junto a las nuestras. Yolanda no la quiso. No sé si habrá algo o no. —Se frotó las manos—. Yo, por ejemplo, no utilizo la mía nunca, pero sé que ella sí guardaba sus libros y cosas. Recuerdo que tenía fotografías pegadas.

Alonso frunció los labios, pensativo.

—En el cambio de curso han podido sacarlo del centro. —Se encogió de hombros—. Habrá que echarle un vistazo. Es posible, aunque la taquilla se encuentre vacía, quizá quede alguna huella. —Pero no estaba muy convencido. Miró a Chantal al sentir sus discos grises sobre él.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —inquirió ella. Él asintió—. Cuando entraste aquí, ¿qué es lo que viniste a hacer? Me refiero, aún no había aparecido ningún cadáver ni nada.

El hombre dejó caer la cabeza hacia atrás con un suspiro, la mirada azul clavada en el cielo. Tras unos segundos se sentó junto a ella.

—Entré debido a la cantidad de desapariciones que hubo el año pasado. Es cierto que algunos abandonaron por propia voluntad. Pero otros nunca regresaron a sus casas.

—¿De modo que sospechabas antes de venir que algo así podía pasar? — Chantal agitó la cabeza con suavidad. La cinta blanca del pelo se le estaba resbalando. Antes de que terminara de caer, Alonso la cogió entre sus dedos. Chantal lo miró embelesada—. ¿Crees que yo tengo algo que ver en todo esto?

Él advirtió su tono desesperado. Sus largos dedos bronceados jugaron con la cinta.

—Espero que no, Chantal. —Clavó sus ojos en ella—. La casualidad de que Rocío fuera compañera tuya es lo único que te relaciona.

—Pero... ¿y lo del pañuelo? ¿No significa nada?

Alonso se encogió de hombros y le devolvió la cinta.

—¿Por qué trabajaste en un club? Tu padre es un tipo que tiene más dinero que pesa.

Chantal se mordió el labio inferior. «Vale, de acuerdo», pensó. Le iba a ser honesta. Esperaba que la comprendiese. Lo deseaba con toda su alma y no entendía por qué.

—Yo quería bailar desde siempre. Ser una gran bailarina como lo fue mi madre —susurró—. Pero mi padre no me apoyaba en este aspecto. Me daba dinero, juegos, chucherías, todo, excepto su ayuda para conseguir que fuese bailarina. Él no quiso pagarme la escuela, y yo, en un arranque de ira, me fui de casa. —Carraspeó, tenía la boca un poco pastosa. Recordar esa etapa era muy doloroso—. Tenía dieciséis años y quise demostrarle que podía ser independiente, que no lo necesitaba ni a él ni a su dinero. Entonces, el hermano de Itziar conocía a un tipo que me podía ayudar. Fue todo legal, me contrataron para trabajar como bailarina en el club a pesar que tu amigo me hizo pasar una noche en calabozos. —Alonso la miró estupefacto—. Me pagaban bien por hacer lo que me gustaba. Por las noches bailaba allí y por el día acudía a mis clases de danza, las que pagaba con lo que ganaba.

—¿Por qué te detuvo?

Chantal dejó escapar una cínica sonrisa:

—Porque no me acosté con él. Es un capullo. Lo rechacé, pero ese policía se creía con derechos sobre mí. Decía que todas las bailarinas éramos unas

putas y amenazó con denunciar al club porque yo era menor de edad. —Se encogió de hombros un poco dolida al pensar en eso. Miró fijamente los ojos de Alonso, aunque en la penumbra no era capaz de verlos bien definidos—. La mayoría de los tíos pensáis que por el hecho de trabajar en un lugar así somos todas putas o drogadictas. —Él guardó silencio—. Tú también, ¿verdad? Eres igual que los demás.

Por un momento, Alonso imaginó a Chantal con dieciséis años. El dolor de sentirse sola. De luchar por aquello que quería. De repente se dio cuenta de que la admiraba. Elogiaba su valentía, su fuerza, su tesón. Negó con la cabeza.

—Yo no pienso eso. —Su mirada azul recorrió la pista central—. ¿Qué estás haciendo ahora? ¿Por qué estudias?

Chantal ladeó la cabeza, observando su perfil.

—Se lo debo a mi padre.

—¡Pero no te ayudó!

—Lo sé. Pero es mi obligación. —Inconscientemente acarició la mejilla de Alonso con los dedos. Estaba tan cerca... Él volvió su cara hacia ella—. Yo era muy testaruda y solo quería demostrarle que podía conseguir las cosas sin él. Que no necesitaba que fuese cuidando de mí como si fuera imbécil o retrasada. Puede que no lo creas, pero no me arrepiento de lo que hice. No fue ninguna chiquillada como dicen algunos. ¿Qué toca después de esto? —Agitó la cabeza apenada—. No lo sé. Supongo que deberé compaginar el llevar una empresa con mis clases de danza. Soy una buena profesora.

Alonso se arrodilló ante ella, sobre el suelo. Deseaba poder verla de frente. Observar a la mujer valiente y optimista que había renunciado a los lujos y a una vida repleta de caprichos por perseguir un sueño. A una mujer que escondía su sencillez y humildad tras una fachada frívola de niña de papá. ¿Por qué era tan difícil para ella mostrar sus verdaderos sentimientos a los demás? ¿Era por eso por lo que Itziar la apreciaba tanto? ¿Por qué ella había visto en Chantal lo que escondía a los demás?

No fue su intención actuar como lo hizo después y no controló sus deseos. Sin pensarlo, deslizó sus manos sobre los muslos de ella recorriendo la

longitud de sus piernas en una caricia suave. Ella lo miró con los labios apenas entreabiertos.

—Te deseo, Chantal —murmuró él con voz ronca.

Ella no supo qué decir y de repente se encontró sentada a horcajadas sobre él, sintiendo bajo su cuerpo el grueso e hinchado miembro que aprisionaban los vaqueros. Su única reacción fue la de agarrarse a sus brazos maravillándose con su trabajado torso y la tensión de los músculos de sus brazos al soportar su peso. Alonso empezó a recorrerle el trasero con las manos.

—¿Estás seguro que esto es lo que quieres? —se atrevió a preguntar ella sin poder respirar con normalidad.

Alonso hundió su boca en su cuello y asintió con un profundo suspiro. Eso era lo único que quería en ese momento.

Chantal no se negó. No podía hacerlo. Ya había descubierto lo excitante que era ese hombre y necesitaba sentirlo dentro de ella. Necesitaba saber que, tan solo por unos minutos, él le pertenecería. En ese momento no quiso pensar en el futuro ni en lo que iba a suceder después.

Alonso depositó un reguero de apasionados besos en su cuello, produciéndole un escalofrío en la columna vertebral. Ella inclinó su cabeza hacia él y lo besó casi con fuerza. Aprisionando sus labios y recorriendo con su lengua la hermosa boca varonil. Absorbiendo su calor, bebiendo su fuego.

Alonso la apretó con más fuerza contra él, y Chantal sintió la erótica sensación de saber que apenas sus braguitas la separaban del áspero tejano. Se movió sensualmente sobre el bulto de sus pantalones, hacia adelante y hacia atrás, notando extasiada cómo su miembro empujaba la tela luchando por clavarse en ella. Se aferró a sus hombros con fuerza. Estaba excitada y húmeda. Gimió, y por un momento recordó la vez que los interrumpieron en el dormitorio. Se tensó y miró a su alrededor preocupada. Él se dio cuenta.

—No hay nadie, relájate.

—A lo mejor deberíamos irnos.

—Todavía no. —Alonso la colocó con suavidad en el suelo, la espalda

apoyada sobre el banco, las piernas abiertas y ligeramente dobladas. Introdujo su bronceada mano bajo el delicado algodón y acarició los sedosos rizos con lentitud. Después le deslizó las bragas hasta debajo de las nalgas sin intención de quitárselas aún. Chantal lo miró confundida, con los ojos nublados por la pasión. Alonso volvió a subir su mano apoderándose de su feminidad.

Ella tembló e intentó observar lo que estaba haciendo. La visión de aquella mano, grande, morena, entrando y saliendo de su ropa interior la dejó sin respiración. Él sabía divinamente dónde tocar y cómo, y ella, agradecida, se frotaba contra su mano ronroneando como un gatito. Lo miró. Él también lo hacía con unos ojos ardientes e intensos fijos en su rostro.

—¿Por qué no te quitas esto? —preguntó él en un susurro, señalando su camiseta. Ella obedeció tirando de la prenda como pudo hacia arriba, y ardió de deseos cuando Alonso observó sus pechos cubiertos por un sencillo pero caro sujetador. Él se humedeció los labios con la lengua.

—Tengo la sensación de que quieres comerme —le dijo ella tratando de aliviar los nervios de saberse observada con tanta atención. Mil veces había bailado sobre un escenario mostrando los senos, y solo en esa ocasión se preguntaba si a Alonso le gustaba lo que veía. Nerviosa, prefirió no quitarse el sujetador.

—No lo sabes tú bien. Comerme es poco para lo que tengo en mente.

Chantal tembló. Él la cogió en brazos y la acomodó sobre el banco. En esta ocasión Alonso ya estaba entre sus piernas. Pudo notar el cosquilleo que le produjo el roce del cabello negro sobre sus muslos. Su adrenalina se disparó. Su mano descendió hasta tomar un mechón del hombre y encerrarlo en su puño.

Él tomó entre sus dientes el borde de las bragas haciéndolas bajar por los muslos. Durante unos segundos, las piernas de Chantal se cerraron solo lo suficiente como para que Alonso pudiera quitarlas.

Él la miró con intensidad un segundo antes de que atrapara con su boca la fuente de su deseo. Ella se tensó arqueando la espalda todo lo que pudo contra el banco de atrás. Inspiró profundamente, consciente de la excitación que le causaba su boca.

Los labios del hombre se movieron contra ella en una lenta caricia, dejando que la lengua explorara los pliegues y rincones escondidos. Besando y mordisqueando con ternura cada milímetro. Penetrando con mucha delicadeza en el centro de la excitación.

—Me gusta como sabes —murmuró Alonso sin apartarse de ella. Chantal, al borde de la locura, se agarró a la camiseta de él y comenzó a tirar con fuerza.

—Desnúdate —le rogó más que le pidió—. Me vas a volver loca.

Él soltó una risilla y con una mano se desabrochó los pantalones. Ella olía como una tarde después de llover, a tierra húmeda y césped recién cortado. Tomándola por la cintura, la puso de espaldas al suelo y se colocó entre sus piernas. El largo pelo rubio se derramaba sobre el piso formando un suave manto.

Chantal arqueó la espalda y levantó las caderas deseosa por recibirlo, por acogerlo dentro de ella. Las manos de Alonso tomaron el elástico del sujetador y, sin querer descubrir donde estaba el cierre, lo sacó por la cabeza. Ella dudó confundida cuando la observó, pero suspiró aliviada al descubrir que los ojos azules la miraban con admiración.

—Eres preciosa.

Solo por una fracción de segundo, Alonso la imaginó bailando desnuda en el club y sintió celos de los ojos que la habían visto antes que él. Se apoderó de un pecho maravillándose de la manera que llenaba la palma de su mano. Sintió como Chantal se contoneaba bajo él. Incapaz de resistir tal tortura al frotar ella su pelvis contra su miembro, no dudó en introducirse en su cuerpo al tiempo que besaba sus labios enfebrecido. Cerró los ojos para saborear su aroma a medida que se movía sobre ella. Disfrutando de las femeninas y suaves curvas de su cuerpo contra el suyo.

Chantal, con la respiración entrecortada, el único sitio que encontró para aferrarse fueron sus anchos hombros. Con los ojos cerrados, se dejó llevar por todas las sensaciones que colmaban su interior. Él era tan grande, tan enorme, que todo él la cubría por entero. Lo sentía duro e hinchado, llenándola hasta la

demencia. Y las cosas que le hacía sentir eran difíciles de describir. La embestía profundamente, con lentitud, y ella gemía cada vez que él amenazaba con salir de su cuerpo llevándola al borde del abismo. Su corazón iba a estallar. Era como una bomba de relojería con el temporizador marcando la cuenta atrás. Y finalmente todo explotó lanzando dardos de placer por todo su cuerpo, desde los pelos de la cabeza hasta los dedos de los pies. Sus alborotados gemidos fueron silenciados por la boca de Alonso sobre la suya.

Ambos perdieron la noción de la realidad y durante un buen rato se mantuvieron en silencio, frente contra frente, aliento sobre aliento. Al final fue Chantal quien le dijo, acariciándole el cabello:

—¿Sabes? Podría acostumbrarme a esto y no quiero.

Alonso le sonrió con dulzura y se echó hacia un lado para no aplastarla. El fuego brillaba en sus ojos azules.

—Yo prefiero una cama, pero si esto te gusta, intentaré satisfacerte siempre que quieras.

Ella sonrió.

—Eso siempre que no estés persiguiendo a ningún delincuente.

Él asintió.

—Ni tú dirigiendo una empresa. ¿Vas a ser capaz de compaginar ambas cosas? —preguntó, retorciéndose para subirse los tejanos del todo y abrochárselos.

Chantal llevó sus ojos al cielo y dejó escapar un profundo suspiro.

—Quiero sacarme la carrera, pero en realidad no es mi intención dirigir la empresa de mi padre. Mi próximo plan consiste en casarme en cuanto pueda.

Él guardó tal silencio que Chantal rodó su cabeza para mirarlo. A pesar de las sombras vio que se había quedado blanco, y ella supuso que hablar de boda no era lo que él tenía en mente. No muchos hombres pensaban en casarse, y por la manera en que ella lo decía, sonaba más bien a contrato que a otra cosa.

—No te preocupes —continuó diciendo—. No quiero pescarte, Alonso. Mi

padre tiene conocidos con hijos capaces de llevar las empresas a la perfección.

—¿Y el amor? —Alonso se acomodó sobre el suelo, le tendió una mano a la muchacha, la ayudó a incorporarse y la sentó junto a él. Chantal buscó el sujetador y empezó a ponérselo—. ¿No quieres enamorarte y casarte por amor?

—En el mundo en el que crecí, el amor no es importante. Yo tengo mucho amor por el baile, por mi padre, por mi hermano, por Ichi. Por ti —susurró sin mirarlo. Se pasó la camiseta por la cabeza—. Conociendo mi pasado, pocos se enamorarían de mí. Además, ¿por qué complicarme para buscar el amor cuando lo puedo comprar? —repitió incómoda las palabras de Itziar y sintió un extraño tironcito en el pecho. ¿Verdaderamente era eso lo que ella quería?

Desconcertado, la miró con cierta compasión.

—¿No te has enamorado nunca?

—No.

—El amor no se busca, Chantal. Aparece, surge, nace...

—¿Tú podrías enamorarte de mí, Alonso? —le preguntó, no tanto por curiosidad como para ver su reacción.

—¿Por qué no? A ciencia cierta sí.

Ella frunció el ceño estudiándolo con atención. Alonso, en vez de mirarla, llevó sus ojos por el gimnasio como si estuviese buscando algo. No quería que ella se diese cuenta de que se había metido en su sangre desde el primer momento en que lo pisó el día de la presentación. Enamorarse de ella era, con mucha probabilidad, lo más fácil que había hecho en su vida. Le encantaban sus muecas, la hermosa sonrisa que jamás dejaría de besar, la forma en que los ojos grises llenos de deseo lo miraban, su manera de ser tan chula, tan graciosa, pero sobre todo la sencillez de su corazón y su valentía. Todo de ella era algo que lo traía de cabeza. Era tan preciosa que le quitaba el aliento.

Chantal se bajó la falda y con la mirada buscó sus braguitas. Las cogió y se las puso. No había esperado que él respondiese tan deprisa.

—Antes de enamorarte de alguien, ¿no tendrías en cuenta sus virtudes? Yo, por ejemplo, no sé cocinar, ni limpiar, ni hacer nada, excepto bailar.

Alonso la recorrió con una mirada fogosa. Con un dedo rozó ligeramente el pezón de Chantal a través de la camiseta, y este cobró vida propia, empujando contra la tela.

—Hay algo que sabes hacer muy bien —musitó acercando su rostro con lentitud hacia el cuello de ella para mordisquearla. Chantal posó una mano sobre su cabeza atrayéndolo más—. Y me encanta que seas tan apasionada. — Poco después Alonso levantó la cabeza y le dio un suave beso en los labios—. Pero creo que tienes razón. No tienes necesidad de complicarte la vida.

No era eso lo que ella había querido escuchar. Estaba loca por él, y con una palabra suya, era capaz de abandonarlo todo, de perderse en aquellos fuertes brazos durante el resto de su existencia. Y no sabía por qué pensaba así ahora cuando hacía tan solo unos minutos nunca se le habría pasado por la cabeza imaginar un futuro con él. O quizá lo pensaba porque le había gustado saber que Alonso no sentía ningún prejuicio por su pasado, y eso era de admirar. A pesar de la desilusión que le acababa de provocar, se sintió agradecida por su sinceridad.

—Deberíamos irnos de aquí. Se ha hecho bastante tarde e Itziar puede estar preocupada.

Alonso asintió. Ambos se pusieron en pie y caminaron hacia la salida. Él la cogió de una mano y la paró antes de atravesar la puerta.

—¿Y un amante? ¿Te complicarías la vida con un amante? Solo te pondría una condición.

Ella lo miró confusa y emocionada. Su corazón empezó a latir con fuerza. Sintió unos repentinos deseos de llorar y cerró los ojos con fuerza.

—Mi condición es la de no casarte con nadie —terminó diciendo.

—El hecho de buscar un marido sería para que él lleve la empresa.

Alonso la obligó a abrir los ojos. Encerró su cara entre sus manos impidiéndole apartar la vista de él. Ella solo pudo mirarlo con los labios entreabiertos, y recibió un beso tierno tan lleno de dulzura que nubló todos sus

sentidos.

—Yo te demostraré que puedes amarme sin importarte nada más. Cuando te enamores de mí, no querrás comprarte a nadie.

—¿Y tú, Alonso? —se atrevió a preguntar—, ¿podrías amarme sin importarte...?

El hombre la silenció con otro beso. No le dio la gana dejarla pensar. No estaba dispuesto a escuchar un rechazo. Iba a demostrarle que para ser feliz debía ser capaz de anteponer sus sentimientos al deber. Así como había luchado por ser bailarina.

De allí se la llevó a la piscina, donde se volvieron amar, y luego en los jardines, de regreso al pabellón.

Chantal estaba sobre él tumbada todo lo larga que era, observándolo con una divertida sonrisa.

—No podemos estar aquí —susurró—. Alguien podría pasar y descubrirnos.

Alonso la abrazó con fuerza haciéndola rodar sobre el césped. En ese momento se dio cuenta de que sería capaz de consentirle todo solo por verla sonreír del modo en que lo hacía. Comenzaba a comprender por qué ella siempre hacía lo que quería y los demás le facilitaban las cosas. No era por su dinero y su posición, era porque sabía ganárselos con su inocencia y su buen corazón. Era una de las personas más puras y sinceras que había conocido nunca. La besó profundamente. Conocía su sabor, su olor y ya la consideraba suya a pesar del poco tiempo de tratarla. Eso era lo que los entendidos en la materia consideraban flechazo.

Capítulo 12

Alonso sacudió la cabeza con fuerza y multitud de gotitas se desprendieron del cabello recién lavado. Cogió el cepillo de dientes de su bolsa de aseo y después de pasarlo bajo el grifo, le echó la pasta. Se hallaba ante el espejo, con el torso desnudo y una toalla alrededor de sus caderas.

Chantal lo observó lavarse los dientes desde el hueco de la puerta de la ducha, incapaz de apartar los ojos de él. Alonso estaba perfectamente proporcionado a pesar de lo grande que era. Tenía anchos hombros, caderas estrechas, abdomen plano, pecho cubierto con sedosos rizos negros, ni muchos ni pocos, los justos para que ella pudiera jugar con sus dedos. Piernas musculosas y rostro muy varonil en su cara de pirata. El pendiente de su oreja le daba ese aire junto a un aura de peligro.

Sonrió al recordar que esa mañana él le había preguntado que si estudiaba empresariales, ella lo tendría en cuenta como esposo. Chantal le había respondido que sí. Decididamente lo amaba. No podía dejar de hacerlo. El macarra de turno había conquistado su corazón y estaba dispuesto a cambiar de vida por ella. Desde luego no lo imaginaba dirigiendo una reunión embutido en un elegantísimo traje. De hecho, hacía tiempo que había admitido que los tejanos le quedaban que ni pintados. Además no iba a dejar que Alonso cambiara. Harían lo posible por adaptarse y llegar a término medio.

El futuro de la empresa era algo que tenía que pensar, pero tampoco corría excesiva prisa. De momento, su padre gozaba de buena salud.

Alonso levantó la mirada y se topó con la de Chantal a través del espejo.

—Si quieres no me visto aún. —dijo él. Sonrió de un modo muy provocativo.

Chantal se mordió el labio inferior y caminó hacia él contoneándose. Una vez que lo tuvo enfrente, extendió las manos sobre su pecho, como midiendo, evaluando el tamaño.

Alonso rodeó su cintura y la atrajo contra sus caderas, besando su cuello con ternura.

—¿Qué hora es? —preguntó ella con la voz ahogada al tiempo que lamia la tetilla del hombre.

—Tarde —rugió Alonso en broma mientras la apartaba con desgana—. Me visto y nos vamos.

Chantal esperó, deleitándose con su cuerpo, cuando él dejó caer la toalla adrede.

Habían cogido una pequeña rutina matutina. Se daban un buen madrugón. Unos largos en la piscina y una ducha compartida en la que, por norma, se levantaban las pasiones y cuando no, se bañaban el uno al otro entre bromas y juegos. Solían entrar en sendas habitaciones minutos antes de que comenzaran a escucharse los despertadores. Había pasado casi un mes desde la aparición de Rocío.

—¿Alonso? —El hombre levantó la vista al acabar de abrocharse el pantalón—. ¿Por qué no registran el centro?

Él se pasó la camiseta por la cabeza y volvió a sacudir el cabello.

—Porque de momento no nos dan la orden. Chantal, este sitio pertenece al gobierno.

—Pero ha habido un asesinato y parece que nadie le da importancia.

—Sí que le dan importancia, es solo que las cosas las llevan de una manera discreta para no despertar sospechas. No podemos ir avasallando y vulnerar los derechos de los alumnos. Si damos un paso en falso, el sospechoso o sospechosos no se delatarían nunca.

—Pero habrás oído algo, ¿no? Tendréis alguna hipótesis.

Alonso le rodeó los hombros y echaron a caminar por el pasillo.

—El gobierno o alguien relacionado está experimentando.

—¡Pues claro que lo hacen! —dijo Chantal arrugando el ceño—. Entramos sabiendo eso.

Alonso le dio un beso en la cabeza.

—No me refiero a esa clase de experimentos. Pensamos que los alumnos desaparecidos tenían algo en común. Realmente es con ellos con quienes experimentan mientras el resto no somos más que una tapadera —explicó frotándole el brazo al sentir su piel erizarse bajo su mano.

—No lo entiendo. ¿Tú también piensas eso o estás hablando de tu departamento en general?

—Es un poco complicado. Realmente quien sospecha de ello es la oposición. Todos aquellos que se negaban que estas instalaciones se abrieran a ciudadanos y no a personal cualificado, como soldados.

—No sabía que existía gente que estuviese en contra del proyecto.

—En el gobierno siempre hay quien tiene que discrepar de las decisiones tomadas por el consejo. Si todos pensáramos de la misma manera, solo existiría un partido político, y para eso ya tendríamos el absolutismo.

—¿Y por qué no han prohibido el curso este año?

Alonso se encogió de hombros.

—Pues por lo que te estoy diciendo. Mandan los de arriba y necesitarían pruebas contundentes para cerrar un sitio así. Es mucho dinero el que se ha invertido. —Él le ofreció una sonrisa—. ¿No has pensado que podrías marcharte hasta que todo se solucione? Para serte sincero, yo estaría más tranquilo si me esperases fuera.

Una emoción indescifrable bailó en la cara marfileña de Chantal.

—No puedo hacer eso. ¿Qué pasaría con Itziar o con Yolanda? No pienso dejar aquí a la gente que conozco, y por otro lado, si abandonamos todos a la vez, sí que levantaríamos sospechas. Además, si ahora me marchara, tendría el corazón en un puño hasta que no te volviese a ver.

Alonso no dijo nada. La apretó quizá con un poco más de fuerza. Un músculo le comenzó a latir en la mandíbula.

—¿No quieres pensártelo? Yo podría sacarte...

Ella le cubrió los labios con su mano. Ahora que en verdad sabía lo que era amar a alguien, sentirse a gusto con una persona sin tener que medir sus

palabras y sus acciones, no pensaba huir con el rabo entre las piernas.

—No insistas. —Sonrió cuando él comenzó a lamer sus dedos—. Alonso, nunca me has dicho por qué te hiciste policía. ¿Era tu sueño desde pequeño?

Él apretó los dientes antes de responder.

—No. Ni siquiera sabía que quería ser policía. En mi adolescencia, todos ellos me parecían unos gilipollas. Por verme con el pelo largo o vestir ropas ajustadas se pasaban el día pidiéndome la identificación en cuanto me veían. Si me juntaba con mis colegas en el parque, siempre había alguien vigilándonos... Yo los odiaba. Me gustaba burlarme de ellos. —Se encogió de hombros y su expresión se suavizó—. Mi padre me llevó un día a comisaría para que viese por mí mismo que ellos hacían su trabajo como cualquier otro. Me gustó lo que vi y empecé a interesarme. Alguien dijo que los trabajos donde había que infiltrarse se me darían bien. Y ahora no me arrepiento de ello. Me gusta. Me siento vivo.

Chantal sabía lo que era sentirse viva. Le sucedía siempre que dejaba que su cuerpo siguiera los movimientos de la música y las notas tiraban de ella como hilos invisibles haciéndola soñar.

El sol traspasaba los cristales abovedados y el aire acondicionado trabajaba a toda máquina.

—Eres un buen hombre, Alonso.

Chantal caminaba a la izquierda de Itziar, y Yolanda, a la derecha. Acababan de terminar una clase y se dirigían hacia los comedores. Casi todo el mundo seguía hablando de Rocío y no iban a dejar de hacerlo hasta que una nueva noticia les hiciese olvidar lo sucedido.

Chantal giró la cabeza cuando escuchó su nombre tras de ella. Paulina le sonrió, saludando con la mano.

—Chicas, id entrando. Voy en un minuto —avisó Chantal regresando sobre sus pasos para acercarse a Paulina.

La secretaria se ajustó las gafas.

—¿Vas a comer?

—Sí. Deben estar guardándonos el sitio en el comedor.

—¿No tendrás un minuto? —le preguntó—. Ya nunca coincidimos desde que tienes novio.

Chantal soltó una carcajada y se sonrojó. Se enorgullecía de que supiesen que ella y Alonso eran pareja.

—Tienes razón, Paulina, ya casi no nos vemos, y luego con todo eso que está pasando... Cuando pienso que el año pasado estuvimos todos en peligro, se me pone la piel de gallina.

—Es cierto, pero este año tienes a Alonso para protegerte.

Chantal la observó con fijeza durante unas décimas de segundo y acabó encogiéndose de hombros.

—¿Por qué lo dices? No creo que sea necesario tener protección porque el director aseguró que no había peligro alguno. ¿Acaso mintió?

—Espero que no. Pero más que nada lo digo porque como él es policía... No me mires así. Estoy casi enterada de todo lo que pasa aquí. Soy la secretaria, ¿recuerdas? Todos los papeles y documentos pasan siempre por mis manos.

Chantal cogió del brazo a Paulina, acercándose a ella para que nadie pudiese escucharlas.

—Tienes razón, es solo que pensé que nadie lo sabía excepto el director.

—Ven, vamos a mi despacho y te mostraré algo.

Intrigada, Chantal aceptó y emprendieron el camino hacia las aulas privadas del profesorado.

—¿De qué se trata? —preguntó intrigada.

—Tengo la autopsia de Rocío Sandoval. —La mujer miró que no hubiese nadie por allí y, con prisa, hizo entrar a Chantal a su despacho—. Me han pedido que le dé a Alonso los informes, pero como estás aquí, se los llevas tú y me ahorras el viaje —explicó con su voz aguda—. Además me pidieron que buscara alguna relación con los desaparecidos, y he descubierto que lo único

que tienen o tenían en común es el reconocimiento médico de aptitud al centro.

Connocionada, Chantal abrió mucho los ojos.

—Teóricamente, esas pruebas las pasamos todos, ¿no? —preguntó dubitativa.

Paulina asintió.

—Sí. Y la única coincidencia es que los alumnos desaparecidos tienen el mismo grupo sanguíneo.

Chantal se estremeció. ¿Sería posible que Paulina hubiera descubierto la posible relación? De ser así, quizá con estas nuevas pruebas, Alonso conseguiría la orden de registro. Con entusiasmo por su descubrimiento le regaló una sonrisa.

—¡Eres la mejor, Paulina! Alonso estaba tratando de averiguar cuál podía ser esa relación, y tú lo has conseguido. Seguro te pide una copia de esos reconocimientos. ¿Te importaría dárme los y se los llevo junto a los resultados de la autopsia? —preguntó.

Paulina negó, rotunda. Unos cuantos mechones de cabello oscuro se desprendieron enmarcando su cara.

—¡Me despedirían, Chantal! —Caminó hacia el escritorio para tomar asiento frente al ordenador—. ¿Sabes? Lo que no sé es por qué aún te quedas aquí después de lo ocurrido. Si yo hubiera podido, me hubiese marchado hacía tiempo.

—Estoy asustada como todo el mundo, supongo. Pero confío en que no vaya a pasar nada. Este año estamos vigilados, además nadie va solo por el centro y hay que reconocer que eso es muy buena idea. —Tomó asiento en una silla giratoria y observó la habitación. El despacho de Paulina estaba pulcramente limpio y ordenado. El escritorio brillaba—. ¿Crees que todas las personas que desaparecieron fueron también asesinadas como Rocío?

Paulina se encogió de hombros.

—Si me guardas un secreto, te enseño algo. —Chantal asintió y vio como la secretaria se volvía a levantar y se dirigía a un panel forrado de madera.

Manipuló algo en una esquina y, con un ligero clic, el panel de deslizó hacia un lateral mostrando el hueco de una puerta.

Chantal se incorporó con curiosidad y siguió a la mujer que la esperaba en la abertura.

—¿Qué es esto, Paulina? ¿Tiene el centro pasadizos? —preguntó frunciendo el ceño, extrañada.

—Solo este pabellón. Ven, te lo voy a enseñar.

Chantal sintió un ligero escalofrío recorriendo su columna vertebral. Miró hacia adentro. A pesar de la oscuridad, distinguió un largo corredor. Las paredes eran de ladrillo visto, y el suelo, de puro cemento.

—¿Pero dónde lleva esto? —preguntó reticente a entrar. Confiaba en Paulina, pero el pasillo no le daba buenas vibraciones.

—Ya lo verás.

Paulina le tomó la mano haciéndola pasar. Luego se giró para volver a cerrar el panel.

—¿Todos los profesores conocen este lugar?

Paulina negó con la cabeza. Le dirigió una extraña mirada que le puso los pelos como escarpías.

—No tengas miedo. Por aquí no suele venir nadie. Apenas unos pocos aparecen por el laboratorio.

—¿Laboratorio? —El corazón de Chantal comenzó a golpear en el pecho con creciente ansiedad—. ¿Por qué está aquí escondido?

—No lo sé, a mí también me pareció extraño, pero es un buen sitio para pasar inadvertido. Supongo que es uso exclusivo de personal autorizado.

—¿Tú estás autorizada?

—Yo tengo acceso a toda la instalación. Me hubiera gustado que fuese más moderno. Se pidieron bastantes materiales, pero esta gente solo envió lo que les sobraba de algunas clínicas. Ni siquiera se dignaron en pintar las paredes ni en mantener un mínimo de higiene. Luego los malditos pretenden que se haga un trabajo perfecto.

Chantal echó un vistazo a su alrededor. Quería grabar todo en su mente para luego contárselo a Alonso, aunque estaba segura de que él querría ver aquellos pasadizos con sus propios ojos.

—¿Y sabes lo que hacen en el laboratorio?

Paulina negó con la cabeza. La miró de soslayo.

—Cielo, ¿es cierto que trabajaste en un club?

Ella asintió. No tenía sentido negarlo cuando Paulina había dicho que sabía todo lo que pasaba allí.

—El año pasado fue Rocío quien soltó ese rumor por la universidad, pero yo no lo creí —continuó diciendo Paulina—. Esa chica no hacía más que meterse donde no le importaba. En verdad era bastante imbécil e insoportable. Estoy segura de que te envidiaba.

Chantal la miró con sorpresa. Las palabras de Paulina no tenían mucho sentido. Sin embargo, ahora que lo pensaba, Rocío e Itziar eran las únicas que habían conocido su pasado. Y de entre ellas dos, confiaba ciegamente en Itziar, por lo que pudiera ser cierto que Rocío lo fuese diciendo. Aun así, no pensaba que fuese tan mala como decía Paulina.

—¿Por qué dices eso? A mí me caía bien.

—Debías ser la única, pero te puedo asegurar que su muerte no es una gran pérdida para el mundo.

Chantal escuchó algo siniestro en su voz. De repente no parecía agradable, sino fría y temeraria. Con disimulo, miró hacia atrás pasándose la mano por la frente. Sus ojos buscaron la puerta por la que habían entrado, y entre las sombras no pudo localizarla. Tragó saliva.

—No me encuentro bien, Paulina. Me siento mal en los sitios cerrados. ¿Podemos regresar?

—¡No seas tonta! —La secretaria la cogió de la mano con fuerza, y Chantal tuvo la sensación de haber sido apresada por una garra de acero—. ¿No quieres ver lo que hay aquí?

Si hubiese dicho que no sentía curiosidad, mentía, pero sentía miedo. Olía

la humedad del suelo y las paredes. Las luces parpadeaban flojas, colgando de sencillos cables del techo. Sentía que acababa de ser trasladada al interior de una película de terror y que caminaba por un siniestro túnel.

—Alonso se va a preocupar si tardo mucho en llegar al comedor, tenía que haberle dicho que iba a retrasarme.

—Últimamente piensas mucho en ese hombre. Creo que pasas demasiado tiempo con él.

Chantal no supo qué decir porque no le prestó atención. En ese momento se le pasó por la cabeza la idea de que Paulina quería hacerle daño. La miró de reojo. No parecía peligrosa. Ella era más ágil y rápida que Paulina en caso de que quisiera atacarla de alguna manera, ¿no?

Entraron en una habitación refrigerada y grande, cubierta por azulejos blancos. Había camillas de hospital y accesorios médicos. Chantal se detuvo, y sus ojos recorrieron la sala fijándose bien en varias cadenas largas que colgaban del techo.

—¿Qué es lo que se investiga aquí? —volvió a preguntar, caminando hacia unas mesas largas de acero. No conocía ni la mayor parte del instrumental de medicina que había expuesto allí con mucho orden. Paulina no le había respondido antes evitando la pregunta a propósito, pero esta vez contestó:

—No lo sé.

Mientras Chantal seguía observando los objetos de la mesa, no vio como la secretaria sacaba de un armario de cristal varias ampollas y preparaba una jeringuilla.

—¿Y quién trabaja aquí, Paulina? —Quiso saber, levantando algunos tubos de ensayo. Había tarros de cristal llenos de diferentes líquidos, probetas... Se volvió hacia Paulina al sentir el pinchazo en el hombro. Se apartó de ella poniéndose la mano encima—. ¡¿Qué me has hecho?! —preguntó con ojos dilatados. Paulina lanzó la jeringuilla a un cubo de basura y miró a Chantal con ojos helados—. ¡Te has vuelto loca de remate! —Con pasos rápidos pasó junto a ella con la intención de marcharse. Paulina la empujó con fuerza contra una de las camillas y cayó al suelo.

—Debiste haberte ido asustada cuando apareció tu amiga. Pero la zorra de Chantal no tiene miedo a nada, ¿verdad?

—Déjame salir de aquí —balbuceó. Tenía la cabeza aturullada y apenas escuchaba a Paulina en un susurro. Como si su voz viniese de muy lejos—. ¿Qué me has inyectado? —Comenzaba a ver todo cubierto de una neblina blanca y espesa.

—No te preocupes, no vas a morirte. Gracias a ti descubrimos lo de los policías infiltrados. Nos fuiste muy útil. Sobre todo porque los demás pensaban que Rocío continuaba con vida. Fíjate, ella había dicho que su familia no quería saber nada y, sin embargo, fueron los que más se empeñaron en decir que ella nunca había salido de aquí. Qué irónico.

La revelación la impactó.

—¿Tú la mataste?

—¡No! ¡Claro que no! Yo no soy ninguna asesina. Y seguramente si Rocío no hubiese mentido, tampoco estaría muerta.

—No sé de qué estás hablando, Paulina. Por favor, dime qué me has hecho. Estoy asustada. —Le costó ponerse en pie, pero logró hacerlo. La distancia hasta la puerta era de varios metros y no se sintió con fuerza de llegar. Se soltó de la camilla y dio dos pasos, pero cayó de rodillas al frío suelo. No pudo respirar. El aire no entraba en sus pulmones y pensó lo peor—. Ayúdame, te prometo que no diré nada.

No vio que una pequeña puerta de metal se abría a su espalda y que entraba un hombre con decisión.

—No tardarán en echarla de menos —le avisó Paulina. Chantal trató de mirarla creyendo que estaba hablando con ella, sin embargo, la inconsciencia se apoderó de su cuerpo y mente y se quedó tendida en el suelo a merced del destino.

Paulina se acercó a Chantal y le tomó el pulso.

—Ponla en aquella camilla, Javier.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —gruñó el hombre llevando a la chica

donde le había mandado—. Lo estás complicando todo. Nadie dijo nada de cogerla.

Paulina se acercó al profesor por la espalda y le rodeó la cintura con sus brazos.

—Confía en mí. Los de arriba quieren que nos deshagamos de todo, y la mejor manera de hacerlo es aprovechar cuando todo el mundo la esté buscando.

—No es buena idea. Con cualquier otro alumno es más fácil, pero el *poli* que está con ella es capaz de desmontar el edificio ladrillo por ladrillo para buscarla. No me creo que no hayas pensado en ello, Paulina.

—¡Claro que he pensado en ello! ¡Y es por eso que la he elegido a ella! — exclamó. Dejó que él se volviera y lo miró de frente a través de las lentes—. El *poli* la buscará y hará que un montón de agentes llene el centro. Podremos despistarlos fácilmente. No sería igual con otro alumno, pero ella es importante para él. Solo tenemos que retenerla aquí unas cuantas horas, y entre el jaleo nos largamos.

—En cuanto despierte hablará.

—Para cuando lo haga, nosotros estaremos en Jamaica disfrutando de unas merecidas vacaciones, con unas identidades diferentes. Con seguridad el centro se cierre durante una temporada. Los asuntos internos se harán cargo. Acallarán a la oposición y harán creer al país que un alumno enloqueció llevándolo a matar a Rocío Sandoval. Los otros cuerpos fueron incinerados ayer. Y las cámaras frigoríficas ya están limpias.

El hombre la miró en silencio unos segundos. Siempre le había sorprendido la inteligencia de Paulina. Ella se había encargado de elegir a los alumnos aptos para los experimentos. Era la más adecuada al tener libre acceso a los ordenadores y a las fichas de todos y cada uno de los alumnos.

Se desprendió con amabilidad de los brazos de Paulina y se alejó con sutileza de ella. No quería que viese que la temía.

—Tengo ganas de estar lejos de aquí lo máximo posible. No nos han pagado lo suficiente para hacer esto. Si no llegamos a hacer que el cuerpo de

esa muchacha apareciese ese día, no habríamos sabido que la policía sospechaba que estaba pasando algo.

—Te dije que eso era lo mejor, de lo contrario nos hubieran agarrado de haber seguido enviando esas cartas.

—Lo sé, pero teníamos que hacer ver que Rocío seguía con vida.

—Si no te hubieras revolcado con ella el curso pasado, no sentirías remordimientos. Te dije bien que esa chica era una zorra, pero no me hiciste caso. Estuvo a punto de descubrir todo. Nunca me prestas atención, Javier. Sabes que yo te quiero, y en la menor ocasión, siempre estás poniéndome los cuernos. Un día de estos te voy a pagar con tu misma moneda.

Capítulo 13

Alonso mordisqueó el trozo de pan que acompañaba a su comida mientras sus ojos azules viajaban una y otra vez hacia las puertas dobles del comedor. La mesa estaba al completo, excepto el hueco de Chantal, que todavía no había llegado.

—¿Dónde está la rubia? —le preguntó Álex curioso.

—Con la secretaria. Por lo visto tenía que decirle algo.

—Paulina a veces se enrolla a hablar y se olvida del tiempo —le dijo Itziar al verlo tan intranquilo—. ¿Quieres que vaya a buscarla?

—No creo que tarde mucho —expuso Cristian metiéndose una buena porción de espaguetis en la boca. Miró su reloj de pulsera—. En caso contrario, no le dará tiempo a comer. Guardarle algo por si las moscas.

A esa hora, el bullicio era general, voces, sillas arrastrándose, cubiertos golpeando platos, vasos contra vasos, y de fondo una dulce balada en el hilo musical que nadie escuchaba.

—Chantal no se perdería una comida por nada del mundo —volvió a decir Itziar—. Lo más seguro es que Paulina tenga alguna noticia sobre lo que pasó con Rocío. Se llevan muy bien y prometió decirnos algo cuando se enterase.

Alonso dudó de que esa mujercita supiese más que él. No dijo nada.

—Pues si vemos que se nos echa la hora encima, yo me pillo su comida —dijo Cristian sin miramientos. Estaba a punto de acercarse el plato a su lado cuando se ganó una suave colleja de Alonso.

—Tú a tus cositas.

—¡Era una broma! No creerás que iba a dejar sin comer a tu chica, ¿verdad?

Por un rato todos se distrajeron, sin embargo, Chantal no acudió. Alonso se despidió de ellos en la puerta del salón de ocio y se fue a buscarla a la oficina de Paulina. No la encontró allí y comenzó a recorrerse los pabellones cada

vez con más temor. Fue preguntando a todos los que se cruzaban en su camino, pero nadie la había visto recientemente ni sabía nada de ella. Como último recurso, hizo que la llamasen por megafonía. Si todo estaba bien, Chantal no tardaría en acudir.

Al pasar los minutos sin dar ninguna señal, intuyó que algo no andaba bien. Tenía que haber pasado algo. Un sudor frío recorrió su cuerpo al darse cuenta de que no tenía más lugares donde mirar y que no aparecían ni Chantal ni Paulina.

Se fue directamente a dirección, y mientras le contaba sus sospechas al director, llamaba por teléfono a Diego.

—No puedo quitarme de la cabeza que le ha sucedido algo —le dijo Alonso al director tras colgar.

—¿Puedo hacer yo algo?

—¿Tiene alguna manera de localizar a Paulina?

—Por megafonía.

—Lo he intentado, pero puede hacerlo otra vez.

—¿Usted dónde va?

—Voy un momento a mi habitación y vengo enseguida. Avise al otro agente y póngalo al corriente de lo que pasa.

—¿Quiere que demos toque de queda a los alumnos? Puedo hacer que se reúnan todos en el salón de actos.

—De momento no es necesario.

Alonso subió a su cuarto, tomó un par de cargadores y se peinó con rapidez una cola de caballo. Bajó de nuevo a dirección y allí esperó a sus compañeros.

—¿La has encontrado ya? —le preguntó Diego nada más entrar. Alonso negó—. ¿Hay manera de que se hayan marchado del centro?

—No, eso es imposible —respondió el director—. Paulina no está autorizada.

—Y Chantal me lo hubiera dicho, Diego. Tenemos que registrar este sitio.

—El departamento todavía no lo ha aprobado.

—¡Me importa una mierda lo que digan! —dijo con un tono de voz más alto de lo normal. Respiró profundamente—. ¿Le has avisado al comisario?

—Lo están localizando. Hoy tenía reunión en el juzgado. Venga, cálmate y piensa con frialdad, ¿de acuerdo? Déjame que intente otra llamada —respondió cogiendo el teléfono. Diego miró a uno de los hombres que había ido con él—. Martín, siéntate frente al ordenador y haz que nos envíen los planos de este sitio. Alonso, ¿se sabe algo de la tal Paulina?

—Simplemente que no aparece tampoco. Espero que sigan juntas. —Alonso se pellizcó el labio inferior, pensativo—. ¿Hemos mirado la ficha de esa mujer?

Martín se encogió de hombros, echando un vistazo a Diego. Prefería tratar con Diego que con su sargento, sobre todo cuando este estaba tan nervioso como en ese momento. Al menos Diego intimidaba menos que Alonso y apaciguaba a su compañero.

—Creo que ya se miraron, pero no estoy seguro.

—¿Cómo no vas a estar seguro? —inquirió Alonso, taladrando al hombre con unos helados ojos azules.

Martín tragó con dificultad:

—Pusimos más hincapié en los alumnos.

—Busca los planos primero, y luego la ficha de esa mujer. —Se volvió al director—. Imagino que usted tiene en algún lado los currículos o las fichas del personal.

—Pues... creo que todo eso lo tiene Paulina. Es posible que lo tenga en su despacho. Voy a mirarlo.

—Tranquilízate, Alonso. Vamos a encontrarla, te lo prometo —lo animó Diego con el teléfono al oído, esperando el tono de llamada.

El mismo comisario quiso hablar con Alonso y le dio la preciada orden de registrarlo todo. Eso pareció calmarlo. Pero solo lo pareció. Su interior era un volcán a punto de entrar en erupción.

El director llevó varios archivos que puso sobre una mesa. Tardaron cerca de dos horas en conseguir los dichos planos.

—¿Debo avisar a la familia Damasco? —preguntó el director nervioso, totalmente dispuesto a colaborar con ellos.

—Sí, hágalo. Y también prepárese para lo que dijo antes, de reunir a todo el mundo en el salón de actos —contestó Alonso por encima de su hombro. Habían vaciado el enorme escritorio y lo tenían repleto de planos en diversas escalas y el fólder de los trabajadores.

—Aquí está la ficha de Paulina. Es impecable. —Diego se la pasó a Alonso para que le echase un vistazo—. Es ingeniera bioquímica.

—¿Qué es eso? —Frunció el ceño. El director se encogió de hombros.

—No sabía que tuviese carrera.

Martín carraspeó y leyó del ordenador:

—Los ingenieros bioquímicos trabajan en los cambios químicos que se producen en los seres vivos. Aplican sus conocimientos científicos para crear procesos seguros y eficientes en la producción de productos farmacéuticos y alimenticios, y en el tratamiento de los residuos.

Alonso miró al director.

—Yo no he leído las fichas —le confesó—. Pensé que Paulina era una simple secretaria.

—¿Ha podido trabajar en el laboratorio?

—No lo creo. No suele ir por allí que yo sepa. Casi siempre está por aquí o en su despacho.

—¿Qué es esto? —Preguntó Diego recorriendo con el índice una delgada línea roja paralela a otra de igual longitud. Era un plano perfecto de los cuatro solares y lo estaba estudiando junto con varios hombres más—. Esto solo se encuentra en este pabellón. ¿Qué puede ser?

Alonso le echó una ojeada.

—Hay varias líneas más en ese color. Quizá sea solo un borrador. ¿Usted qué dice?

El director se encogió de hombros.

—Lo siento, no tengo ni idea de planos. Creo que todo esto me está superando.

—Lo comprendo. —Diego le dedicó una mueca compasiva—. Cállese.

—¿Y no pueden ser cámaras de aire? —preguntó alguien más—. Puede que existan tubos que vayan por el interior del edificio.

Diego y Alonso alzaron las cabezas a la vez y se miraron a un tiempo.

—¡Joder! ¡Hay una red de túneles en el edificio!

—Es lo mismo que estaba pensando yo —corroboró Diego. En ese momento les informaron que habían llegado varios furgones de policía y que estaban rodeando todo el contorno del centro.

Alonso y Diego se prepararon para encabezar un grupo de policías especiales de operaciones. Esta unidad de élite del Cuerpo Nacional de Policía luchaba contra el terrorismo y los grupos de delincuencia organizada. Se definían sus integrantes por tener una muy específica preparación, una enorme facultad de temeridad para poner fin a situaciones fundamentalmente críticas y una fortaleza innata para llevar a cabo otras misiones.

Encontraron una entrada en el despacho de Paulina. Alonso volvió a revisar su arma. Calzaba botas Magnum negras con cordones y gruesas suelas. Sujeta a su cintura llevaba una bolsa cartuchera que se cerraba a su vez sobre el muslo izquierdo, chaleco antibalas y pantalones multibolsillos especiales del ejército.

Los corredores eran estrechos y bastantes oscuros. En diferentes puntos del techo había bombillas que formaban sombras grotescas.

Ellos llevaban linternas y caminaban despacio, tan solo el siseo de los uniformes de asalto y de vez en cuando alguna bota chirriante contra el cemento rompían el silencio. El ambiente era húmedo y frío, con un penetrante olor a cloroformo.

Alonso no podía dejar de implorar a lo más sagrado que ella se encontrase bien, que llegase a tiempo de impedir cualquier desgracia.

Chantal tenía las manos sobre la cabeza, atadas entre sí y encadenadas a una argolla que sobresalía de la pared. Aún se hallaba inconsciente, con el rostro inclinado sobre el pecho. Su cabello caía desordenado sobre su cara, como si fuera una espesa cortina dorada.

El hombre recorrió la sala con la mirada. Había visto a Chantal, pero debía estar seguro de que se hallaba sola. Durante unos segundos de reflexión, se acercó a ella y con un rápido movimiento liberó sus manos. La joven se desplomó en el suelo lanzando un quejido lastimoso.

—Vamos, arriba. —Logró ponerla en pie tratando de despertarla del todo. Lo consiguió.

Chantal, con una pésima visión, reconoció al Niño. Quiso apartarse, pero el hombre sostuvo su cintura con firmeza.

—¡Suéltame! —siseó en un áspero susurro.

—No seas cría. Intento sacarte de aquí.

Chantal quiso resistirse, pero su cuerpo era incapaz de responder a las órdenes que su cerebro enviaba.

—¡He dicho que me sueltes, pedazo de capullo!

El Niño se detuvo con un juramento y la miró enojado.

—Estoy rescatándote. Siento mucho no ser tu querido Alonso, pero deberás conformarte. ¡Sé buena chica y pórtate bien, coño! Vas a hacer que nos descubran.

Chantal asimiló sus palabras y soltó un suspiro de alivio. No era su querido Alonso, pero eso era mejor que nada.

—No puedo moverme casi, siento mis músculos muy pesados —le dijo intentando caminar. Le costaba horrores hacerlo. Tropezó varias veces.

Él le rodeó el talle, sujetándola con firmeza.

—¿Qué mierda te han dado, muñeca?

—No lo sé. Me pincharon en el hombro.

—Mal asunto. —Ella lo miró con ojos dilatados—. ¿Pudiste ver cuántos eran?

—Solo vi a Paulina.

Él arqueó la ceja.

—¿Esa mujer te ha... hecho esto? ¿No está desaparecida entonces?

—Ella me engañó para traerme hasta aquí.

—¿Y dónde ha ido?

—No tengo ni idea. Supongo que me desmayé antes que se fuese. —Arrugó la nariz al oler a humo y se le encogió el estómago—. Niño, ¿no hueles a quemado? —murmuró, apoyando los labios en su hombro.

—Sí, ya lo había notado. Será mejor que no nos paremos. Trata de enderezarte y ve tras de mí. Tengo que estar listo por si nos encontramos con alguien. —Agitó su pistola—. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Sí. —Suspiró resignada. Ni siquiera en ese momento podía soportar su prepotencia.

Se agarró a sus brazos por la espalda y con pasos inseguros lo siguió. A medida que caminaban comenzaron a ver el humo que fue convirtiéndose en una densa niebla. Se pararon.

—Muñeca, por aquí no hay ni una puta salida. ¿Recuerdas por donde te han traído?

Ella se aclaró la garganta.

—Atravesamos un panel de madera de la oficina de Paulina.

Se levantó una corriente de aire y el humo llegó hasta ellos cubriéndolos por entero. Se taparon la boca con la mano. Podían sentir el calor que desprendía.

—¡El fuego está avanzado! ¡Corre hacia atrás! ¡Tenemos que volver por donde hemos venido!

Chantal quiso obedecerle. Se giró con tanta velocidad que cayó sobre el piso. Él estuvo a punto de tropezar con ella y la saltó con agilidad.

—¡Espera, ten cuidado! Me he torcido el tobillo.

—¡Mierda! ¿Puedes andar? —preguntó él, levantándola del suelo con un brusco tirón.

—¿Quieres no ser tan bruto?! —se quejó. Dio dos pasos, el dolor era insoportable—. Creo que no puedo seguir.

Él dejó escapar un sonoro suspiro y se inclinó para tomarla en sus brazos. Caminó con prisa. Los ojos le picaban y sentía el humo penetrar en su garganta.

Chantal mantenía la cabeza escondida contra su pecho. Por un momento había pensado que él la iba a dejar, pero tenía que admitir que se estaba portando relativamente bien.

El Niño volvió a ingresar en el laboratorio y se dirigió a la puerta de metal que ya había visto antes. No se abrió.

—¿Estamos otra vez aquí? —preguntó ella, incrédula, al darse cuenta. Él la sentó sobre una de las camillas, y ella lo vio luchar contra la puerta.

—Si logro abrirla, puede que encontremos una salida.

—Es de emergencia, solo puede abrirse desde fuera. ¿Por dónde entraste tú?

Él gruñó.

—Por otro lado.

Ella frunció el ceño. Estaba sentada con una pierna colgando fuera de la camilla y la otra doblada, masajeándose el tobillo. Buscó por los alrededores algo con lo que poder ayudarle a abrirla.

—¿Cuál es ese otro lado? ¿No podemos salir por dónde viniste? —le preguntó.

Él se detuvo a mirarla con los dientes apretados.

—Por donde vine era precisamente de donde venía el fuego. Creo que yo he provocado el incendio sin querer. Arranqué unos cables para que una pared no se cerrase con el mecanismo.

—¿Qué pared?

—Una. ¿Qué más da? Estaba en la sala de los cafés del personal.

—Entonces hay más de una entrada.

—Sí.

—¡Pues menos mal! —Lo miró enfadada—. ¡Porque acabas de joder precisamente la única por la que podíamos salir! ¿Qué hacemos ahora, señor inteligente? ¿No te puedes poner en contacto con Alonso o alguien?

El Niño la observó por encima del hombro.

—Lo siento, muñeca, pretendía saltar la deuda que tengo contigo por lo de la otra vez. Y por otro lado, Alonso me hubiese debido una por salvar a su chica.

—Está visto que no tienes suerte. La puerta no cede y el fuego avanza sin prisa pero sin pausa.

—¿Te importaría ser menos dramática?

—Lo siento —gimoteó—. Es solo que quiero salir de aquí antes de morir asfixiada o en manos de una loca.

El humo comenzó a penetrar por las rendijas de la puerta que él mismo había cerrado. Encontró un montón de sábanas sucias en un cubo y tapó con ellas los huecos.

—Da gracias que encontré este sitio de casualidad. Y por cierto, este centro tiene inhibidores y no me permiten usar el teléfono móvil.

—¿Cómo encontraste la entrada en la sala?

—Alonso se puso nervioso, y mientras él estaba llamando a toda la caballería y estudiando los planos de la universidad, yo registré directamente el solar del claustro. Fue la suerte la que me llevó al túnel. Podía haberlos esperado. —Se encogió de hombros con una disculpa—. Pero quería ser yo quien te salvara.

Chantal se mordió el labio inferior. Las lágrimas comenzaron agolparse en sus ojos.

—¿Qué quieres que te agradezca? ¿Que no vaya a morir sola? —Descendió de la camilla sin apoyar el pie dolorido, y a la pata coja llegó hasta la puerta con un cuenco de cristal en la mano.

El Niño abrió los ojos sorprendido. La vio dar un solo golpe a la puerta y el cuenco se rompió en su mano.

—¿Qué pretendes hacer con eso? —preguntó confuso—. ¿No sabes lo que pasa cuando golpeas algo con un cristal?

Chantal asintió.

—¡Pues no lo sé! —gritó—. Solo quiero ayudarte abrir la maldita puerta y no se me ocurre nada mejor. ¿Se te ocurre a ti algo? ¡Maldita sea! ¿Por qué has tenido que provocar el fuego?

—¡No lo hice adrede, tan solo quería rescatarte! —contestó furioso, también gritando.

—¿Cómo querías hacerlo? ¿Asfixiándome? —Se acercó a una pared y allí pudo apoyarse sin tener que poner el pie en el suelo.

El Niño no le contestó. Comprendía su estado, y eso le molestaba más que cualquier otra cosa.

Recorrió la sala lanzando toda clase de objetos contra la puerta. El humo comenzaba arremolinarse sobre el suelo para luego ascender hacia el techo y quedarse allí como una nube.

Chantal rompió a llorar, asustada, y se dejó caer en el suelo, junto a la única puerta que podría salvarle la vida si se abría alguna vez.

—Te lo agradezco de todas formas. —Hipó, hundiendo la cara entre las manos, sollozando con desconsuelo—. Me parece admirable que hayas venido, de verdad. Lo hubiera esperado de cualquiera, pero no de ti.

—Mira por dónde me acabo de ganar la confianza de Ángel.

Ella lo miró entre las lágrimas. El Niño intentaba que la situación no pareciese tan drástica como realmente era y se lo agradeció.

—Si salimos de esta date por perdonado.

—Si salimos de esta —repitió él sin mucho entusiasmo, en un murmullo que ella no alcanzó a oír. Estaban jodidos, muy jodidos. Se acercó a ella—. Déjame ver tu mano, creo que te has cortado.

—No es nada. —Le mostró la palma—. Apenas sangra. Es solo un arañazo.

Los tarros de las estanterías comenzaron a estallar con el efecto del calor y los cristales volaron en todas direcciones. Poco después la habitación quedó

totalmente inundada por el humo. El calor se fue haciendo insoportable.

Él observó a Chantal que se había cubierto el rostro con su camiseta y tosía y jadeaba roncamente a falta del oxígeno. Se arrastró hasta ella cubriéndola con su cuerpo. Unos minutos más y todo habría acabado.

Capítulo 14

—¡Aquí hay una puerta! —gritó Diego.

Alonso apuntó con su arma al candado, y los demás agentes se apartaron por el efecto rebote. El ruido del metal contra el metal fue ensordecedor y causó un profundo eco que recorrió los largos túneles. Del cerrojo salieron brillantes chispas antes de caer al suelo destrozado.

Los hombres se repartieron a cada lado de la puerta con prisa mientras Diego le propinaba una patada. Se abrió con tanta fuerza que golpeó en la pared interior haciendo que varios azulejos cayeran con gran estrepito. Una densa nube de humo les dio la bienvenida.

—No podemos continuar por aquí —dijo alguien cubriéndose la boca y la nariz con la braga del cuello, e ingresó en la sala, era imposible ver nada.

Alonso, a pesar de que Diego lo cogió de un hombro, entró apenas unos pasos, y su bota chocó contra algo blando y carnoso. Se guardó el arma en la funda.

—Ayudarme —gritó agachándose, tanteando los cuerpos que yacían inconscientes—. Aquí hay alguien. Mirar bien por el suelo.

—¿Por qué demonios habrán prendido fuego? —Diego pasó con un par de hombres más para cerciorarse de que el resto de la sala estaba vacía.

La mano de Alonso se enredó en un cabello largo, y entre la densa humareda creyó percibir la fragancia que usaba Chantal. La recogió entre sus brazos.

—¡La tengo! —gritó segundos antes de sacarla de allí a la carrera. Tras de él escuchó a Diego decir que había otro cuerpo más, pero él no se quedó a esperar. Corrió por el pasillo hacia el exterior. Sentía el delicado y frágil cuerpo entre sus brazos y el cabello que caía como un manto. Sabía que tenía que tomarle el pulso, pero le daba miedo hacerlo. Le daba pánico descubrir que había llegado demasiado tarde para salvarla. Se cruzó con varios policías

que iban inspeccionando los túneles a conciencia, provistos de extintores, recabando todas las pruebas que pudieran encontrar.

Chantal sintió un terrible picor en la garganta y tosió con mucha dificultad. Le faltaba el aire, sus pulmones ardían. Abrió la boca para coger una bocanada de oxígeno limpio, pero eso le provocó otro ataque de tos. No podía respirar. Se ahogaba. Se agitó frenética.

Alonso bajó la mirada al sentirla toser y la observó angustiado. El rostro amado abrió los enormes ojos grises, y estos lo miraron desorientados.

—Todo está bien, mi niña. Estás conmigo, a salvo. —Intentó animarla y la apretó más contra él. Chantal comenzó a revolverse de nuevo. El grandote cuerpo de Alonso le impedía moverse.

—No queda mucho —susurró él.

Chantal cerró los ojos de nuevo, le escocían demasiado. Estaba feliz de saber que seguía viva, eso sin contar con las costillas que Alonso le estaba rompiendo. Pero se sentía aliviada de escuchar su voz. Hubiera preferido que no sonase tan preocupado. Con esfuerzo consiguió elevar una mano hacia la cara de él y le acarició la mandíbula con mucho amor. Había tenido tanto miedo de pensar que no iba a volver a verlo que eso era lo que más le había inquietado en todo momento. Lo único que le había dado fuerzas para no rendirse mucho antes. Por una vez que había imaginado compartiendo su vida con alguien, decorando una bonita casa con jardín y piscina, disfrutando del fornido cuerpo de su macarra particular y celebrando el nacimiento de sus hijos, envejeciendo juntos... Y había estado a punto de perderlo todo.

Lloró. Ya no le importaba que la aplastase contra su pecho. Podía oír el acelerado latir de su corazón.

Alonso aminoró la marcha y con mucho cuidado salió al jardín, donde más policías y unidades móviles se habían instalado. Depositó a Chantal en una camilla que dos enfermeros acababan de levantar. En seguida le pusieron una mascarilla de oxígeno y le entregaron a él otra.

Chantal se aferró a su mano, entrelazó los dedos con los suyos, y le impidió alejarse de allí. Alonso acarició su cabello apartándolo de la frente. La besó

con dulzura.

—No me voy a marchar —susurró.

Ella lo miró con ojos enrojecidos, por encima de la mascarilla. El oxígeno la ayudó a respirar y aunque lo único que deseaba era mantenerse despierta, los párpados pesaban y sus ojos se cerraron por pura inercia.

Alonso vio al Niño sentado en otra de las camillas, sujetándose la mascarilla contra la boca. Caminó hacia él con paso vacilante para luego tomarlo de la pechera con furia.

Diego, que los estaba mirando en ese momento, corrió hacia ellos. Sujetó a su jefe de los brazos, apartándolo.

—¡Vamos, sargento! Las cosas no funcionan así —le riñó en voz baja.

—Está bien —contestó—. Suéltame.

—¿De verdad?

Alonso se zafó de él e increpó al Niño con enojo.

—¿Qué demonios estabas haciendo ahí dentro?

—¿A ti qué te parece? —rebatió con otra pregunta. Se puso en pie—. Por si no te has dado cuenta aún, pretendía socorrer a tu chica.

Alonso lo dudó.

—¿Cómo llegaste antes que nosotros?

—¡Un momento! —Diego se colocó entre ambos antes de que llegasen a las manos—. Tranquilízate, Alonso. Vamos a serenarnos un momento. Niño, por favor, explícate, porque como comprenderás...

—Por supuesto que voy hacerlo, puede que de ese modo se le bajen los humos a tu sargento —le dijo interrumpiéndolo.

—Adelante entonces.

El Niño les contó todo, sin omitir que era posible que él hubiese sido el culpable del incendio.

Alonso sintió ganas de romperle la cara. Se alejó hacia un enfermero y le pidió que le hiciese una analítica a Chantal. Quería saber qué clase de mierda le habían inyectado.

Poco después, todos debieron evacuar el centro por el peligro de una inminente explosión. Un par de dotaciones de bomberos fueron los únicos que quedaron, el resto había cubierto la explanada que hacía de aparcamiento a varios metros de las instalaciones. Los alumnos comenzaron avisar a sus familiares.

Chantal, mucho más recuperada, se sentó en la parte de atrás de un coche patrulla. Alonso y Diego escucharon su relato sobre Paulina y enseguida dieron la orden de captura. Después Diego se alejó de ellos con discreción para que tuviesen un poco de intimidad.

Alonso acarició la mejilla de la muchacha con mucha dulzura.

—¿Te encuentras mejor?

Ella lo miró con una mueca apenada.

—Todavía no entiendo nada. Paulina me dijo que no sabía qué hacían en ese laboratorio y tampoco sé por qué me ha hecho esto.

Él suspiró, cansado.

—Ya ha terminado todo.

—¿Estás seguro?

—Confía en mí. Vamos a coger a Paulina y a sus cómplices, no pueden estar muy lejos.

—¿Quiénes? ¿Los profesores...? —No se atrevió a concluir la pregunta. ¡No podía creer que todos ellos hubieran estado involucrados!

—Todos no. Hemos hablado con Francisco Casado y nos ha confesado...

—¿El profesor de literatura?

Alonso asintió.

—Sí, él, Javier y Paulina. Al parecer, el resto no estaba enterado y los ha cogido por sorpresa. Tampoco sabemos de momento gran cosa hasta que no los interroguemos en condiciones. Ahora mismo están buscando a Paulina y Javier. Seguro que antes de que acabe el día los tenemos en comisaría.

Ella frunció el ceño, pensativa.

—Eso espero.

—¿Sabes algo, hermosa? —Se inclinó sobre su cuello y le lamió la oreja queriendo hacer que se olvidase por unos momentos de lo sucedido—. Creo que no me voy a conformar con ser solo tu amante. Después de esto me he dado cuenta de que me importas tanto que va a ser imposible que me apartes de ti.

—¿Y qué piensas hacer entonces? Lo digo porque tenemos varios frentes abiertos —ronroneó ella, posando sus labios en la mano grandota.

Alonso capturó su boca con ansia y la besó con intensidad. Vivían en diferentes lugares, se dedicaban a cosas distintas... varios frentes abiertos era solo una expresión suave para definir su relación.

Cuando se apartó de ella, le susurró:

—Algo se me ocurrirá, te lo prometo.

—Recuerdo lo que me dijiste aquella vez en el gimnasio sobre lo de que el amor no se compra... y llevas razón. Era reacia de hacerlo antes, y eso que todavía no te conocía, ahora desde luego ni se me pasa por la cabeza hacer tal locura. Supongo que todo eso puede esperar de momento. —Se encogió de hombros arqueando una ceja—. Tiene que haber la manera de compaginar todo. —Frunció los labios.

Alonso echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. ¡La adoraba! Chantal era increíble. Él no había querido pensar en el futuro con ella más allá de aquellos muros, e incluso había llegado a pensar que sus sentimientos eran el fruto de estar a su lado veinticuatro horas al día durante esos meses, pero ahora sabía que no era cierto. Estaba enamorado de ella hasta las trancas.

—También hay algo que debo solucionar con rapidez.

—¿De qué se trata? —le preguntó.

—No sé bailar.

—¡¿Qué?! —preguntó haciéndose la ofendida—. Has tenido mucha suerte, da la casualidad que soy la mejor profesora de danza que puedes echarle a la cara.

—¿Tú quieres enseñarme?

—Me encantaría. Dime tan solo un estilo y te convertiré en un monstruo del espectáculo.

—Eso me va a quedar grande. Prefiero empezar por un vals. —La voz nerviosa de Alonso se volvió de repente ronca y seductora—. ¿Lo ves factible?

Por unos segundos Chantal se olvidó de respirar. ¿Le estaba pidiendo matrimonio?

—Bueno, podemos hablarlo en otro momento —siguió diciendo él al ver que no respondía.

—¡No! ¡Este es un buen momento! —Antes de que él se arrepintiese, le rodeó el cuello con sus brazos y le plantó un fuerte y duro beso en los labios—. Te amo y te enseñaré el vals, el tango y la bachata si hace falta. —Le rozó el pendiente de la oreja con ternura. A pesar de haber sufrido un secuestro y un intento de asesinato, se sintió pletórica y feliz.

Capítulo 15

La señora de la limpieza arrastró el cubo de la fregona fuera de uno de los despachos de comisaria y cerró la puerta. Durante las noches, los oficiales de guardia solo utilizaban una sala y dejaban el resto de las dependencias vacías.

Alonso sacó las llaves del cajón y con rapidez las metió en el bolsillo de la cazadora. Estaba impaciente por marcharse.

—¿No te paras a tomar una copa? He quedado con los chicos en el pub — le preguntó Diego al tiempo que cogía la chaqueta que se hallaba en el respaldo de la silla. Se la echó al hombro.

Alonso negó con la cabeza. Se había recogido el pelo en una coleta.

—Quiero marcharme ya. Hace casi dos semanas que no veo a mi chica.

—¿Te ha llamado?

—Sí, estuvimos hablando antes. —En un primer momento, no le pareció mal que Chantal regresase a su ciudad y a su academia. Él todavía seguía atando los cabos sueltos de lo ocurrido en el centro de investigación. Sin embargo, y aunque hablaban mucho, la echaba de menos una barbaridad.

—Eres afortunado, Alonso. A mí, en cambio, me tocará hacer de canguro con mis sobrinos este fin de semana.

Unos golpes en la puerta los interrumpieron. Un hombre asomó la cabeza.

—Buenas noches. ¿Puedo pasar?

Los dos hombres se volvieron a un tiempo.

—¡Javier! —Alonso lo observó sorprendido—. Lo hemos estado buscando. —Le hizo una señal a Diego para que estuviese preparado y no le permitiera salir en caso de intentarlo—. ¿Dónde se ha metido? —En un par de pasos, se acercó a él, lo agarró del brazo y lo obligó a abrir los brazos y las piernas mientras lo registraba, después lo empujó con suavidad sobre una silla—. Es el profesor de Física. Don Javier Hernández —le explicó a Diego.

—¿Usted es don Javier? —Diego se acercó con interés. Volvió a dejar la chaqueta donde había estado antes y se sentó en una silla, al otro lado del escritorio—. Tenemos que hacerle unas preguntas. Pero antes de todo está detenido, puede hacer una confesión por propia voluntad o llamamos a un abogado, ¿qué prefiere?

—Quiero confesar.

Diego sacó los grilletes de un cajón y los arrojó sobre la mesa.

—Entonces le voy a informar de sus derechos. Sargento, yo me encargo, márchate.

Alonso suspiró con fuerza, se despojó de la chaqueta y la lanzó sobre el escritorio. Se colocó una silla y tomó asiento junto al profesor.

—Voy a quedarme. Espero que esta noche podamos dejar todo zanjado — contestó ocultando el repentino enfado que comenzaba a invadirlo. No había esperado que se presentase voluntariamente—. ¿Y bien? Comience cuando quiera.

—He venido a entregarme. Participé en el secuestro de la señorita Damasco, Rocío Sandoval, David Naranjo... —Y así fue diciendo hasta doce nombres más. Todo ello sin cambiar un solo gesto de su cara ni demostrar un ápice de arrepentimiento. Hizo una declaración completa sobre todos los desaparecidos. Sobre Paulina y varios nombres importantes entre los cuales había un par de políticos, varios doctores y un hospital de ámbito privado donde se llevaban a cabo experimentos que estudiaban el modo de frenar la leucemia. Experimentos prohibidos, pues en todos los casos el sujeto había fallecido. Su declaración coincidía plenamente con la del otro profesor detenido.

—¿Por qué hicieron aparecer el cuerpo de Rocío? ¿Y por qué el dedo? — Diego escribía las respuestas en el ordenador.

—No sabíamos que la ficha médica de Rocío Sandoval había sido falsificada. Ella había tenido un embarazo interrumpido, pero no quiso que el centro estuviese al corriente, de modo que nunca dio los datos correctos. Ella... fue un error. No teníamos que haberla cogido. —Se encogió de

hombros—. En cuanto al dedo, fue cosa de Paulina. Quería asustar a la señorita Damasco para que abandonara el centro. A ella tampoco tuvimos nunca intención de hacerle daño porque éramos conscientes de que si le hubiera pasado algo, su padre entonces nos hubiera lanzado sus propios sabuesos.

—¿Cómo elegían a las víctimas?

—Para nosotros eran sujetos. Paulina se encargaba de seleccionarlos. Ella tenía acceso a los grupos sanguíneos. También podía enterarse bien de a quién iban a echar más de menos a la hora de faltar.

Diego miró la libreta en la que apuntaba. Alguno de los nombres que le había dado no aparecían en sus archivos como desaparecidos.

Alonso apretó los dientes con furia y se frotó la frente con la mano. Los ojos fijos en Javier.

—¿Por qué te has entregado?

—Porque me ha engañado. Esa zorra estúpida ha jugado conmigo. —Hizo una pausa larga—. Paulina y yo debíamos viajar a Jamaica, un buen sitio donde ocultarnos, pero ella desapareció en el aeropuerto con pasajes, maletas y todo. —Abrió las manos, ofuscado. Estaba enfadado, decepcionado y sobre todo dolido—. Me ha dejado en la estacada, y yo soy su cabeza de turco. Lo tenía todo planeado desde el principio.

—¿Por qué piensas que ha hecho eso?

—Verá, teníamos una relación que ella se tomó más en serio que yo. Es una mujer muy celosa y me amenazó con vengarse si yo me iba con otra. Yo creí que era mentira y que solo era eso, una amenaza, pero la muy cabrona... lo hizo.

—¿Tienes pruebas de todo esto? —preguntó Alonso, removiéndose inquieto en la silla.

—Sí. Tengo nombres, lugares y un montón de documentos que me pidieron que destruyese, y no lo hice por si ocurría algo como esto. —Se encogió de hombros—. No pienso cargar yo solo con todas las culpas.

Alonso se incorporó y salió de la habitación unos minutos, regresó junto a Martín.

—Llévalo al calabozo y que llame a su abogado. —Miró a Diego al tiempo que volvía a recoger la cazadora de cuero y le hacía una señal con la cabeza para que lo acompañase. Cuando estuvieron solos, le preguntó—: ¿Qué piensas de todo esto?

—¿La verdad? —Alonso asintió—. No creo que salga nunca a la luz este tema —dijo con desgana—, mucho menos ahora que se acercan las elecciones.

—Nosotros hemos cumplido. ¿Qué te parece si le pasamos el caso al Niño? Puede que se endose algunas medallas. —Palmeó el hombro de Diego y soltó una carcajada—. Después de todo, intentó salvar a Chantal.

—Sí, y también asfixiarla. —Rio.

Una vez en la calle, Alonso caminó hacia su Harley Davidson estacionada en los aparcamientos privados de la comisaria. La moto negra, brillante, con todos los accesorios de cuero, era un capricho que se había comprado al poco de ascender de rango. Se estaba terminado de acomodar sobre el asiento cuando se detuvo al lado el coche de Diego. Este bajó la ventanilla y le guiñó un ojo.

—¿Nos vemos el lunes?

—O el martes —respondió Alonso con una sonrisa. Se puso el casco y quitó el pie que sujetaba la Harley. Con un rápido acelerón, desapareció por la estrecha calle para salir hacia la autopista. Allí puso la moto todo lo que daba de sí. Adoraba como la velocidad cortaba el viento. La sensación de volar sobre el asfalto.

Capítulo 16

Chantal se detuvo junto al mostrador donde normalmente estaba Sandra atendiendo al público, solo que en esta ocasión se encontraba frente a la puerta acristalada con los ojos muy fijos en la calle.

—Sandra, me voy a marchar ya. —La otra se sobresaltó y la miró desde donde estaba—. Siento haberte asustado.

—No es nada. ¿Has terminado?

—Sí. ¿A ti te falta mucho para recoger? —preguntó poniendo la bolsa de deporte sobre el mostrador. Guardó las dos toallas que había usado esa tarde y cerró la cremallera con prisa.

—No mucho. —Sandra frunció el ceño—. ¿No te vas a cambiar hoy?

Todavía llevaba la falda negra de flamenca, el maillot y los zapatos amateur negros. No le gustaba irse a casa con la ropa del trabajo puesta, pero era un día especial.

—Tengo una cita y estoy deseando llegar y darme una ducha. —Se volvió hacia el cuadro de luces y bajó varios interruptores. Toda la academia quedó a oscuras, excepto donde estaban ellas.

Sonó su móvil. Con un resoplido miró la pantalla y como era Itziar, contestó en el acto. Itziar había convencido a su madre y por fin se habían mudado las dos a un apartamento. Uno de sus hermanos había ingresado por voluntad propia en un centro de desintoxicación, y el otro se había largado de casa mientras ella estaba en la universidad.

—¿Y os gusta Segovia? —preguntó Chantal al tiempo que buscaba el manojito de llaves en un compartimento de la bolsa.

—*Es un sitio muy bonito.*

—Pero estás tan lejos...

—*Sabes bien que no vamos a perder el contacto, ya otras veces hemos estado lejos y siempre hemos visto el modo de hablarnos y vernos. Ahora,*

con las redes sociales y todo eso, es mucho más fácil. Recuerda que nos hemos llegado a cartear alguna vez.

—Si a mandar postales en mis viajes significa cartearse, acepto barco como animal de compañía. —Se echaron a reír. Estuvieron charlando unos minutos más y al final le pidió que mandara recuerdos a Yolanda. Itziar y ella se habían hecho bastante amigas.

Con las llaves en la mano, se volvió a mirar a Sandra. Chantal solo cerraba la academia los viernes, por eso todo el personal había desaparecido al marcharse el último alumno. Todos menos Sandra, ya que esperaba que el novio pasara a recogerla. El tipo siempre llegaba tarde.

—¿Estás lista? —le preguntó, echándose la bolsa de deporte al hombro.

—Sí, espera. —Sandra llegó hasta el mostrador en tres grandes zancadas y sacó su bolso de la parte interior.

—¿Todavía no ha llegado tu chico?

—No creo que tarde, le habrá pillado tráfico.

—Yo me quedaría contigo a esperarlo, pero tengo mucha prisa. Viene Alonso y estoy muy nerviosa.

—¿Por qué?

—Es la primera vez que nos vemos desde que salimos del centro, y bueno... nunca nos hemos visto fuera de allí. No sé si le va a gustar mi apartamento y si se va a sentir cómodo.

—¡Hombre, claro que le gustará! Además, no creo que venga precisamente a ver la decoración de tu casa. —Sandra se echó a reír con picardía—. Me apuesto lo que quieras contigo que está deseando comprobar lo blandita y acogedora que es tu cama.

—¡Anda, no seas tonta! —Se puso colorada—. Siempre estás pensando en lo mismo. Eres una *salidorra*.

—¡Me vas a hacer creer que tú no le tienes ganas! —respondió Sandra con mofa.

Chantal sonrió. Por supuesto que la tenía, pero ella no era de las que iban

diciéndolo por ahí.

—Sandy, vas a tener que decirle a tu novio que te dé más caña.

—Puffff, él o un tío como el motero que ha llegado hace unos minutos. ¡No veas si está bueno el chaval! Debe ser modelo o algo así. —Sostuvo la puerta para que Chantal saliese—. Seguro que mirándolo se me pasa el tiempo más rápido.

—Qué exagerada.

El sol se había escondido hacía un rato y comenzaban a encenderse las farolas y las luces de neón sobre las fachadas de los altos edificios. Chantal miró con disimulo donde le indicaba Sandra. Vio una Harley negra aparcada enfrente, pero nada del motorista. Se giró para cerrar con llave la puerta.

—¿Lo has visto?

—No, solo me he fijado que su Harley Davidson es una pasada. Mi hermano tuvo una y le costó bastante dinero.

—¿Te ha llevado alguna vez?

—No, digamos que les tengo mucho respeto.

—Te dan miedo.

—Pues sí.

—Oye, pues parece que ese bombón sí que te conoce, porque te está mirando de un modo muy descarado —le susurró en el oído.

—¿Quién? ¿El de la moto?

Sandra asintió.

Curiosa, Chantal se giró a mirarlo. Sus ojos grises recorrieron las altas botas de motorista, las largas y musculosas piernas enfundadas en un pantalón de cuero, y subieron a su hermoso rostro moreno. Una divertida mirada azul la esperaba. Estaba más guapo de lo que lo recordaba.

Le sonrió con los ojos clavados en los suyos, y de pronto recordó que llevaba las ropas de baile y el alto y sobrio moño.

—Mierda —murmuró, colorada.

Si al principio había querido correr a sus brazos, ahora deseaba volver a

entrar a cambiarse.

—¿Lo conoces? —preguntó Sandra.

—Sí, es... mi novio —dijo sin mirarla—. Sé qué piensas que tengo un gusto peculiar, que somos una pareja un poco anómala y que no pegamos ni con cola, pero déjame decirte que me adapto la mar de bien a su estupendo cuerpo.

—No pensaba nada de lo que has dicho —susurró, todavía sorprendida—. En este momento te envidio y te odio.

Chantal soltó una carcajada entre nerviosa y divertida.

—Hasta el lunes, Sandra. Que pases un buen fin de semana.

—Igualmente —respondió automáticamente.

Chantal caminó hacia Alonso con una tímida sonrisa en los labios y las mejillas teñidas de rosa. Se paró ante él y señaló la Harley con una esplendorosa sonrisa.

—¡Vaya! Te imaginaba conduciendo un coche todoterreno o una moto diferente, más del tipo Honda.

Él sonrió y la miró de arriba abajo, deteniéndose en el moño.

—Pues ya ves, te has confundido.

Ella se echó a reír.

—No pensabas decirme eso, ibas a comentar algo sobre mi vestimenta.

Alonso asintió con ojos brillantes.

—Pero lo he pensado mejor. —Se inclinó sobre ella y le rozó la mejilla con la punta de nariz.

Chantal olió su fragancia, lo que le provocó que un escalofrío de placer la hiciese temblar. Le rodeó la cintura con un brazo y sintió el roce del cuero en su cuerpo. Se le puso todo el vello de punta. Él la besó en los labios con intensidad, y ella le correspondió del mismo modo. Quería saborearlo de nuevo, volver a sentir el calor abrasador de sus expertas caricias.

—Debemos marcharnos de aquí —le susurró contra su boca, en un jadeo—. Es mi lugar de trabajo.

—De acuerdo —musitó, mordisqueando su mentón—. Además, de no hacerlo, tendremos que llevar a tu amiga a un especialista para que le cierre la mandíbula. Creo que se le ha quedado encajada.

—¡No seas malo!

Él la miró fijo, con la burla pintada en sus ojos azules.

—Sabes perfectamente que no lo soy. —Con la cabeza le indicó que subiese a la moto.

—¡No! Yo no me voy a montar ahí.

—¿Cómo qué no? ¿Qué tiene de malo?

Chantal se apartó, observó la Harley y resopló. Era un bicho demasiado grande para ella. A Alonso le pegaba debido a su enorme tamaño, pero ella se sentía tan pequeña como una gota en el océano.

—No, por favor —suplicó divertida—. No me hagas montar. Me da un poco de yuyu.

Alonso la miró con una sonrisa de oreja a oreja y le tendió un casco.

—Cúbrete el moño. Verás cómo te va a encantar.

—Lo dudo mucho.

—No vas a ser ahora una cobarde, ¿verdad?

Chantal alargó el brazo con la intención de golpearlo, pero él se apartó a tiempo. Ambos se echaron a reír.

—Por favor, no dejes que me caiga. En verdad me da miedo subirme.

—Te prometo que estarás bien. Confía en mí, cariño.

¿Cómo no iba hacerlo si se lo pedía con esa mirada tan penetrante y sincera?

Se aferró con fuerza a su cintura y cerró los ojos. No pensaba abrirlos hasta que la moto se detuviese de nuevo, el problema era que tenía que guiarlo para llegar a su apartamento.

Al final, el trayecto no fue tan duro como había creído, en parte porque él había llevado una velocidad moderada y también porque con él se sentía segura.

Alonso se paró ante un edificio alto de estilo románico. Se sacó el casco y, después de ayudarla a bajar, le puso el cepo a la moto.

—¿Vives aquí? —preguntó alzando la vista hasta la azotea. Los toldos grises sobrevolaban la calle con formas abovedadas—. Tiene muy buena pinta.

—Gracias. Vamos, ven. —Le cogió la mano y tiró de él hacia el portal.

—Espera, dame tu bolsa, yo la llevo.

—No pesa mucho, no te preocupes.

—No, si no me preocupo, solo quiero ser caballeroso. —Tomó la bolsa de su hombro. En ese instante, el portero se acercó a saludarlos y los acompañó hasta el ascensor prometiendo vigilar la Harley.

El ascensor era moderno, con las paredes de espejos y el suelo enmoquetado. Olía a ambientador suave.

Alonso dejó la bolsa en el suelo y enganchó la cintura de Chantal con las dos manos. La apretó contra él.

—Te he echado mucho de menos, mi niña.

Chantal le rodeó el cuello y besó sus labios fugazmente.

—Estaba deseando verte —le dijo. Y volvió a besarlo de igual manera—. ¿Sabes que nunca hemos hecho el amor en una cama de verdad?

—Humm. —Él hundió la boca en el hueco bajo el lóbulo de su oreja—. Es cierto, no lo había pensado. —Mentía. Era capaz de hacerle el amor en cualquier lado. Moría de deseo por ella—. Tendremos que compensarlo. —Bajó una mano por el magnífico culo femenino. Allí comenzó a recoger la larga falda, guardando la tela en su puño.

Ella jadeó. La prenda hacía cosquillas en sus gemelos, en sus corvas, en sus muslos, y Alonso no se detuvo hasta no levantarle la falda hasta la cintura. Después deslizó ambas manos, masajeando sus nalgas con delicia.

—Te juro que necesitaba este masaje —le susurró ella con los ojos medio cerrados. Dejó caer la cabeza hacia atrás, y él se apresuró a lamer su garganta.

—Pues tengo varios días para dártelos.

Ella sonrió y lo miró con ojos brillantes de emoción.

La campana del ascensor sonó y la puerta se abrió mecánicamente sin hacer nada de ruido.

Con desgana, ella despertó del trance y ambos se separaron. La falda regresó a su sitio, y él se agachó a recoger la bolsa. Pero Chantal seguía en una nube esponjosa y deliciosa mientras se le adelantaba a abrir la puerta de su apartamento, un ático precioso con lujosos acabados.

—No esperaba que vinieses tan pronto. Tengo que darme una ducha. ¿Vas a querer que salgamos o nos quedamos en casa? —Se hizo a un lado para dejarlo pasar, sin embargo, él agitó la cabeza.

—Pasa tu primera. —La siguió, cerró la puerta y dejó la bolsa en la primera silla que vio—. ¿Tú qué prefieres hacer, hermosa?

—Dolores ha preparado una lasaña por si nos quedábamos en casa.

—¿Dolores?

Ella se sonrojó.

—Es... bueno, ella dice que es mi asistente, pero en realidad siempre ha trabajado en casa de mi padre. Fue mi nana, y para mí es como si fuese mi familia.

—La lasaña me encanta. —Sus ojos recorrieron el salón. Caminó hacia una ventana arqueada y miró el exterior—. Tienes unas vistas estupendas desde aquí.

—Sí, claro, ven, es mucho mejor desde el patio. —Lo cogió de la mano y lo llevó por unas dobles puertas de cristal a la admirable terraza de la que se sentía sumamente orgullosa. Tenía muchas macetas con plantas, sobre todo con geranios. También había una pequeña fuente que no dejaba de burbujear—. Esto fue lo que me enamoró de la casa. Cuando estoy aquí es como si no me encontrase en pleno centro.

Alonso observó la ciudad maravillado. Con sus brillantes luces parecía rendirse a sus pies. A lo lejos se dibujaba un castillo medieval iluminado con focos verdes. La ligera brisa que corría hacía flotar el aroma de las flores.

—¿Te gusta? —Chantal se deshizo el moño dejando que el cabello cayera sobre su espalda. No podía apartar la mirada de él. Quería saber qué pensaba realmente de su forma de vivir. Últimamente había tenido sus dudas, no en cuanto a sus sentimientos, pero ¿él seguiría enamorado una vez que la conociera fuera de aquel centro donde habían estado encerrados y donde habían convivido a diario?

—¡Esto es acojonante! —respondió él pasándole el brazo sobre los hombros. Durante largos minutos se quedaron en silencio, absorbiendo los colores del anochecer. Uno junto al otro, sintiendo sus respiraciones, los latidos de sus corazones.

De vuelta a la casa, él prestó atención al salón de líneas modernas y claras.

Las lámparas de sobremesa, cuatro por lo menos, se hallaban encendidas. Había un sillón de piel en tonos cremas y un diván a juego, una pequeña mesa de cristal biselado, varias librerías, una chimenea con puertas de hierro forjado y cristalera cuadrículada, una enorme y mullida alfombra, en tonos castaños, cubría el salón. Junto a la entrada se encontraba una pequeña cocina de barra americana y el aseo. La puerta lacada en blanco accedía al dormitorio de Chantal.

Ella lo miraba desde las dobles puertas fingiendo tranquilidad.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

Alonso asintió con la cabeza.

—Te pega —admitió con una sonrisa—. No me lo esperaba así, pero te pega.

—¿Cómo lo esperabas?

—Cursi, con colores pasteles y lleno de corazones y peluches.

—Hace años que dejé aparcados los peluches —le dijo sacándose los zapatos con la gracia de una bailarina de ballet, totalmente satisfecha con la respuesta de él—. Voy a cambiarme, hay bebidas frías en la nevera.

Él asintió viendo como ella se perdía en su dormitorio. Estuvo tentado de seguirla, pero se aguantó las ganas.

Con urgencia, Chantal se despojó la ropa y corrió al baño incorporado en la habitación.

Alonso dejó la cazadora colgada en la percha de pared que había justo al entrar. Tomó una lata de cerveza fría y salió al exterior. Avanzó hasta el muro para observar las calles. Las personas parecían diminutas desde esa distancia.

Curvó los labios divertido, recordando el rostro de Chantal cuando había subido a la Harley. Había visto el miedo pintado en su cara, sin embargo, ella lo había hecho. Había confiado en él.

La escuchó trastabillar por la habitación y la imaginó haciendo todo lo que tuviese que hacer a la carrera. Volvió a sonreír, y en ese momento comenzó a sonar una canción suave y la voz femenina de una cantante llenó el apartamento. A él le hubiese gustado algo más heavy, pero estaba abierto a toda clase de música. Se giró cuando sintió su presencia tras él. Era una aparición envuelta en seda y gasa blanca, el cabello húmedo sobre las caderas, los pies descalzos. Dejó de respirar en el mismo segundo que descubrió que ella no llevaba ropa interior debajo de aquellas telas casi diáfnas. Haciéndose el fuerte, luchó por no correr hacia ella y dejó, con calma y sin perderla de vista, la cerveza sobre una pequeña repisa. Admiró sus curvas mientras terminaba de llegar hasta él con movimientos lentos y estudiados.

—Sabes que me estás provocando, ¿verdad?

—Esa es mi intención —respondió ella con una sonrisa nerviosa. Con una mano acarició su tatuaje, rozándolo suavemente con las yemas de los dedos. Sus ojos grises clavados en los de él—. ¿Lo estoy haciendo bien?

Él asintió sin moverse. Cuando Chantal cogió su camiseta desde la cintura y la alzó sobre su pecho para sacársela por la cabeza, se inclinó para ayudarla.

Ver a Alonso con el torso completamente desnudo y los pantalones ajustados a sus piernas la excitó. Ese hombre era una maravilla. Un dios griego nacido para complacer a las mujeres y alegrar la vista de las más pudorosas y de las que no lo eran tanto. Enterró los dedos de una mano en los sedosos y escasos rizos de su pecho, acariciándole con devoción el contorno

de su fuerte musculatura. Tenía una piel tan cálida, firme y suave a la vez que era como estar tocando una brasa envuelta en terciopelo. Sin dejar de rozarlo, su otra mano subió desde el cuello hacía la esculpida mejilla. Lo atrajo hacia ella y le besó los labios, lamiendo, absorbiendo, explorando con su atrevida lengua los rincones más ocultos y que tanto había echado de menos en ese tiempo que llevaba sin verlo.

Alonso no pudo esperar más y la tomó en brazos. Sin despegar la boca de la miel de sus labios, atravesó el jardín y entró en el dormitorio con prisa. Allí deslizó el cuerpo de Chantal sobre el suyo y la dejó en el suelo. Se apartó ligeramente a observarla de nuevo. Ella tenía las mejillas sonrosadas y sus labios brillaban sensuales.

—¡No imaginas las ganas que tenía de estar contigo! Eres una droga —le susurró al tiempo que sus manos volaron a desnudarla. Estaba más bonita todavía de lo que recordaba. El cabello caía por su espalda cubriendo la piel clara y satinada a excepción de un grueso mechón que se había deslizado entre sus pechos. En su rostro de ángel se leía el deseo.

Se prometió hacerla suya legalmente antes de que ella pudiese arrepentirse. Respiró con fuerza al darse cuenta de que había dejado de hacerlo al pensar en ello. Con suma ternura cubrió un pecho de Chantal con su mano, frotando con la palma el endurecido pezón.

Ella lo miró hipnotizada a través de las tupidas pestañas. Entreabrió la boca al ver cómo él se inclinaba sobre ella y le atrapaba con los labios el botón rosado que coronaba su pecho. Creyó que iba a explotar cuando Alonso comenzó a darle pequeños toques con la lengua para terminar metiéndoselo totalmente en la boca. Ella exclamó sin darse cuenta.

—¡Por favor...! —le suplicó, aferrándole los cabellos—. ¡No me hagas esperar más! ¡Yo también tengo ganas de ti!

Obediente, la recostó en la cama y aplastó su cara entre ambos pechos. Las manos recorrieron su estrecha cintura acariciando el vientre liso y la cadera, mientras su lengua seguía causando estragos en Chantal, lanzándola al borde del abismo.

—¿Es esto lo que quieres?

Ella asintió al sentir su mano subiendo por sus muslos. Se echó a temblar.

—Me gusta —susurró, acariciándole los hombros. Era enorme y duro, y su piel era tan cálida... tan sugerente... Besó su espeso cabello negro y lanzó un gemido cuando sintió las oleadas de placer que inundaron su cuerpo. ¡Por Dios, apenas él había tocado su feminidad ella ya se había derretido!

—Tranquila, cariño, no tenemos prisa —dijo él con un atisbo de risa—. Sé que te mueres por mí, pero esta noche es nuestra y voy hacer que no la olvides nunca.

—Te gusta verme sufrir.

Él alzó la cabeza hasta su cuello, donde le dio un par de lametazos. Se apoderó de sus labios y se apartó tan solo lo suficiente como para mirarla a la cara.

—No creo que estés sufriendo —bromeó. Se giró para que ella pudiese llegar al botón de su pantalón, que era lo que estaba buscando hacía unos segundos. Él se tensó al sentir sus dedos apretando su miembro por encima del cuero y la ayudó a que abriese su cremallera. Estaba a punto de estallar.

Chantal quiso vengarse de él. Con las uñas rozó ligeramente la suave y delicada punta, y Alonso se estremeció de la cabeza a los pies, respirando entrecortadamente sobre su boca. Lo abarcó con su mano y presionó la piel caliente hasta sentirlo palpar entre sus curiosos dedos, al tiempo que oía los gemidos guturales y roncós que salían de su garganta y que lo excitaban hasta la locura. Observó sus ojos enturbiados y besó su boca sin contemplaciones, bebió de él todo su aliento.

—Tengo que quitarme las botas —avisó él con urgencia. Se incorporó con tanta prisa que ella quedó fuera de combate por unas décimas de segundo. Se desnudó del todo sin dejar de mirarla. Después se echó sobre ella con cuidado, colocándose entre sus piernas. Con los ojos clavados en los grises, la penetró haciendo que explotase y se elevara a las cumbres más altas del paraíso.

La joven soltó el último suspiro y con rostro arrobado, le sonrió.

Él la miró burlón al darse cuenta de que ella había acabado y que estaba pletórica.

—¿Ya?

Chantal, plenamente satisfecha, asintió.

—No puedes culparme, llevaba soñando contigo muchos días.

Alonso siguió moviéndose con suavidad dentro de ella, con las manos apoyadas a ambos lados de su cabeza. Luchaba por no derramarse aún, quería alargar su placer lo máximo posible...

Pero ella no se lo iba a permitir. Le acarició la espalda y empujó sus nalgas al punto de volverlo loco. Aquellos movimientos fueron el detonante que lo liberó de la ansiedad retenida.

Horas más tarde, después de haber cenado la lasaña de Dolores, se tumbaron desnudos sobre una delicada colcha que tendieron en la terraza. Desde allí escucharon el murmullo del tráfico que el suave viento arrastraba hasta ellos y la música que seguía sonando en el equipo. Observaron las estrellas del firmamento lucir como diamantes, recordando cuando habían visto esas mismas estrellas desde el jardín de la Universidad.

Alonso le contó cómo llevaban la investigación mientras saboreaban un soberbio vino francés.

—¿Entonces has pedido el traslado? —le preguntó ella cuando él lo comentó de pasada.

—Sí. Todavía no me han respondido, pero no creo que tarden en hacerlo.

—Espero que no te manden al departamento del Niño.

—Le estoy agradecido por sacarte de ese sitio, pero para nada entra dentro de mis amistades. A parte de eso, mi comisario está al corriente de nuestras diferencias y nunca se le ocurriría ponernos a currar juntos.

—¿Y tu amigo qué dice?

—¿Diego? Nada, es posible que después que me den mi traslado, pida él el suyo. Hacemos un buen equipo.

—Me gustaría que siguiésemos juntos. Me cae bien —le dijo ella sincera.

Alonso se lo agradeció. Continuaron charlando hasta que se quedaron dormidos, empero, en mitad de la noche, él despertó, recogió las sábanas del dormitorio y las extendió sobre el cuerpo dormido de Chantal. Se acopló contra ella, sintiendo el perfecto trasero contra su, otra vez, erecto miembro. No sabía cuánto aguantaría en esa posición sin intentar despertarla. ¿Acaso nunca tendría suficiente de ella?

Capítulo 17

Chantal abrió los ojos sin saber qué la había despertado. Se revolvió entre las sábanas y observó al hombre que yacía junto a ella. Dormía, y su expresión relajada lo hacía parecer más joven y más pícaro. Maravillada, le pasó el pelo tras la oreja, y él se movió ligeramente tirando de los cobertores.

Las luces del alba se apoderaban de la oscuridad casi con prisa, como si el día quisiera llegar más pronto que de costumbre. Chantal se estremeció por la brisa del amanecer. Pensaba arrebujarse contra Alonso, pero le pareció escuchar el timbre de la puerta. Se medio incorporó y esta vez le llegó con más nitidez.

El día anterior había dicho a Dolores que no fuese y el portero aún no debía haber empezado su jornada. ¿Quién podía ser a esas horas?

Se levantó y recorrió el patio con la vista. Era la primera vez que dormía allí y le había encantado, sobre todo despertar con Alonso. Iba a ser fácil tomarlo como rutina.

Desnuda, camino hacia el baño de su dormitorio y se colocó una fina bata, mucho más discreta que aquella que se arremolinaba sobre los pies de su cama.

El timbre volvió a sonar con insistencia, y después de descorrer los cerrojos, abrió la puerta.

—¡Paulina! —exclamó sorprendida. Su corazón emprendió una galopada salvaje.

La mujer, vestida con un horrendo conjunto playero en tonos morados y fucsias, sostenía una pistola plateada con culata de nácar. Sus ojos brillaban peligrosos a través de las gafas de aumento. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros, enredado y bastante graso.

—Lo siento, Chantal. —Agitó el arma con mano temblorosa—. No quiero hacerte daño, pero todo se ha desmoronado y... no sabía a quién acudir.

Necesito dinero.

—No hagas esto, Paulina. No es necesario. Podemos hablar y solucionar las cosas. Necesitas ayuda, y yo puedo pedírsela a mi padre.

—Entra dentro y cierra la puerta. No quiero que nos vea nadie.

Chantal obedeció. Asustada, se abrió paso directamente hacia el dormitorio, de ese modo la otra mujer no podía ver que Alonso estaba allí. Por nada del mundo quería ponerlo en peligro y que Paulina lo pillase desprevenido. Caminó hacia el tocador y sacó un diminuto cofre. Se volvió a ella con la tapa abierta.

—No tengo efectivo, solo algunas joyas. —Le mostró el contenido de la cajita, y Paulina la observó incrédula—. Escucha, puedo ayudarte, pero baja esa pistola, por favor. No te guardo rencor, de veras.

—¿Me estás tomando el pelo?

Chantal negó con la cabeza. Se apretó la bata contra sí y miró a su agresora. Paulina tenía un aspecto horrible, su cara estaba demacrada y profundas ojeras moradas se dibujaban tras las gafas. No parecía haber dormido mucho en los últimos días.

—En casa de mi padre tengo las cosas que verdaderamente son de valor. ¿Por qué haces esto? Yo no te he hecho nunca nada.

—Lo sé, cielo —contestó nerviosa—. Pero necesito dinero. Tengo que salir del país.

—¡Pero yo aquí no tengo! Hoy es sábado y los bancos no abren. Hasta el lunes no puedo disponer de efectivo. —Le tendió el cofre. Paulina lo arrojó contra el tocador, y este, produjo un fuerte estrépito cuando chocó en un espejo redondo y varios potes de crema.

—Vamos a hacer una cosa. —Sin dejar de apuntarla, con la mano libre, se rascó la cabeza, pensativa—. Vas a llamar a tu padre. Le dirás que necesitas dinero, ¿me oyes?

—No.

—¿Cómo?

—No voy a hacer que mi padre venga aquí, lo siento por ti.

Paulina levantó el arma y le apuntó directamente a la cabeza.

—Más lo voy a sentir yo.

Chantal sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, aunque luchó por no llorar delante de ella.

—Haz lo que tengas que hacer, Paulina, no voy a dejar que hagas daño a mi padre, y sé que si él viene, se lo harás.

Paulina asintió, frunciendo los labios furiosamente:

—De acuerdo, lo llamaré yo. —Empujó el cañón del arma contra el hombro de Chantal—. No te quiero hacer daño, de verdad. Pero mi vida está en juego.

—Eso es muy relativo, no me quieres hacer daño, pero me lo estás haciendo —dijo con voz estrangulada—. ¿Has pensado bien en todo esto? Vas a pasarte la vida huyendo, y al final alguien te reconocerá. Javier ha confesado y te ha culpado de todo.

—¿Se ha entregado? ¿Quién te lo ha dicho, el *poli*?

—Sí, se presentó ayer tarde en comisaría.

—¡Ese puto cerdo! Seguro que ha dicho que yo me quedé con todo, pero es mentira. ¡Mentira! Es cierto que me dejó los pasajes, pero él se quedó con el dinero. ¿Dónde voy a ir sin dinero? ¡Eh! ¡Dime!

—Él dice que tú lo dejaste colgado en el aeropuerto.

Paulina se sorprendió.

—¿Entonces él se presentó? —Chantal se encogió de hombros sin saber a lo que se refería Paulina—. Puede ser que nos cruzáramos sin darnos cuenta.

—Por favor, Paulina, aún estás a tiempo de arreglar las cosas. Es mejor que te entregues.

—¡No! ¡Jamás! ¿Es tan complicado de entender, Chantal? Solo quiero dinero y marcharme de aquí. —Levantó la voz con furia—. ¿No puedes entenderlo? —Meció el arma con violencia.

Chantal dio un par de pasos hacia atrás y tomó el móvil última tecnología

que tenía sobre la mesilla.

—Le diré a mi padre que me mande el dinero y que lo deje en conserjería. Eso es lo único que haré. —Miró a Paulina con temor, y ella accedió.

Chantal estaba segura de que su padre iba acudir en persona, pues nunca lo había llamado tan temprano, y menos para pedirle dinero. Al menos podía advertirle del peligro.

Por el rabillo del ojo vio una rápida silueta entrar en el dormitorio. Alonso tenía las sábanas enrolladas en las caderas y su propia arma reglamentaria en la mano derecha.

Inconscientemente, Chantal miró hacia él con ojos asustados. Paulina se giró adivinando otra presencia en el apartamento, apretó el gatillo sobresaltada.

El estruendo los dejó sordos a los tres por unas milésimas de segundos. Después Chantal chilló al ver el proyectil impactado en el hombro de Alonso. La sangre comenzó a brotar manchando la moqueta del suelo.

Paulina, con los ojos dilatados, miró al hombre aterrorizada. Volvió a levantar su arma, pero Alonso esta vez también lo hizo y, sin dudar, disparó, desarmándola. La pistola de Paulina salió volando en trozos.

—¡Alonso! —Chantal corrió hacia él llorando. La sangre se le deslizaba por el brazo a la muñeca.

—¡Estoy bien! ¡Ponte detrás de mí! —Con la mano libre la empujó a su espalda. Con la otra seguía apuntando a Paulina, que gemía agarrándose la mano dolorida—. ¿Tienes el teléfono en la mano?

—Sí.

—Llama a emergencias y diles que el sargento Vega necesita un coche patrulla. —Chantal obedeció. Mientras, él dio dos pasos hacia Paulina—. Ponte de rodillas, las manos sobre la cabeza, donde pueda verlas.

La mujer se dejó caer sobre sus piernas y, como en trance, alzó las manos.

—No quiero ir a la cárcel.

—Eso debiste haberlo pensado antes, cuando ensayabas tus vacunas de

leucemia en muchachos jóvenes que solo pretendían estudiar y hacerse con una profesión.

—Yo no maté a nadie. Debes creerme.

Alonso sacudió la cabeza.

—No puedo hacerlo. Has secuestrado a mi mujer, la has drogado, la has amenazado a punta de pistola. Robo con intimidación es lo más suave que se te puede acusar. —No le importó que ella llorase desesperada—. Te has metido con la persona equivocada.

Paulina observó entre lágrimas como Chantal había colocado su mano sobre la herida abierta del hombro de Alonso y presionaba con fuerza. También la vio sonreír ligeramente cuando él susurró algo junto a su oído. Con el rostro enrojecido de furia, corrió hacia adelante cargando con su cuerpo, con la intención de arremeter contra ellos.

Alonso estaba preparado y la redujo con facilidad, haciéndola caer en el piso.

—En el bolsillo interior de la cazadora están los grilletes. —Alonso miró a Chantal señalando con la cabeza la prenda. La joven obedeció con rapidez, y cuando tuvo el objeto en las manos, se lo lanzó. Fue al baño y cogió una toalla. Cuando regresó al dormitorio, Paulina tenía las manos esposadas en la espalda.

Chantal caminó hacia Alonso con prisa y le apretó la prenda contra la herida del hombro. El dio un respingo de dolor y la miró medio divertido.

—Te he dicho que no me voy a desangrar. Soy grande y fuerte y necesitaría bastantes balazos para morirme.

—Por si acaso. —Lloró Chantal arrojándose en sus brazos—. No quiero que te pase nada.

El timbre de la puerta sonó de nuevo.

Alonso, sosteniendo a Chantal contra su costado, caminó hacia la puerta sin soltar su arma. En ese momento no se fiaba ni de su sombra. El portero se asustó al ver al hombre armado y casi corrió al ascensor caminando de

espaldas.

—¡Espera! —lo llamó Alonso—. Soy policía.

El portero se detuvo en sus pasos y regresó hacia ellos.

—Subí por el ruido —les dijo—. ¿Quieren que llame a alguien?

—No. Ya lo hemos hecho.

Mientras el portero y Alonso intercambiaban varias palabras, Chantal, mucho más calmada aunque aún con el corazón a mil por hora, regresó al dormitorio con la intención de vestirse decentemente. En poco tiempo aquello se iba a llenar de policías y no quería que la viesen en bata. Se dio cuenta enseguida de que Paulina no estaba donde la habían dejado. Se volvió a buscarla y justo la encontró subiendo el pequeño muro que separaba la terraza del abismo. A pesar de llevar las manos en la espalda, se las había apañado para llegar hasta allí con el propósito de... tirarse.

Chantal gritó aterrada, y Alonso corrió todo lo que pudo hacia Paulina, pero ella se precipitó con fuerza al vacío. Desde esa altura, ni siquiera se escuchó el golpe cuando aterrizó en la calzada.

Chantal se dejó caer en el suelo, con los dedos entrelazados entre sí, observando las palmas de sus manos a través de las lágrimas. Paulina era una mujer joven, con la vida por delante. Una vida que ya nunca llegaría a conocer un marido, unos hijos, unos nietos, y todo, ¿a cambio de qué? ¿Merecía la pena?

Sintió como la llevaban en brazos hasta el salón, no tenía fuerzas para mover ni un solo músculo, ni siquiera una pestaña. La imagen de Paulina cayendo en la inmensidad, imaginando como dejaba de respirar antes de chocar contra el suelo, se repetía una y otra vez ante sus ojos. Daba las gracias por no haber presenciado el impacto.

Arrebujada en el sillón, rodeándose las piernas con los brazos de modo infantil y balanceándose con suavidad, fue la posición en que la encontró Alonso al salir nuevamente del dormitorio, con los pantalones puestos. Con mucha ternura la levantó y la sentó sobre sus piernas. Acarició sus cabellos sin saber qué decir y esperó a que dejase de llorar. Desde el salón se escuchó

llegar el ruido de las sirenas, el bullicio de la gente en general.

Chantal se limpió las lágrimas con una esquina de la bata y levantó la vista hacia Alonso que la observaba con rostro preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí, pero... Me... da pena. —Volvió a sollozar sin poder detener un nuevo reguero de lágrimas—. ¡Dios mío! ¿Qué le ha podido pasar por la cabeza para que se lanzara a la calle?

Alonso la apretó más fuerte y tragó con dificultad el nudo de la garganta. Cuando había visto a Paulina apuntar a Chantal con mano temblorosa, había deseado meterle una bala en la cabeza. Había optado por el protocolo, desarmar. Le había costado hacerlo porque solo era capaz de sentir la ira de ver la amenaza contra la mujer que más quería en el mundo. En cambio, había perdonado la vida a Paulina, y ella no había sabido aceptar el regalo. Había preferido la muerte.

—Desesperación, es la única palabra convincente.

—¡Pero ella no mató a nadie! No debía temer...

—Le hubiesen caído varios años. Era cómplice de asesinato y llevaba varios cargos más sobre sus espaldas.

—Sigue dándome pena de todas formas.

—¡No tenía que haberla dejado sola! ¡Joder! Pensaba que no se iba a mover del sitio y que entraría en razón.

—No ha sido culpa tuya, Alonso.

—Lo sé, aun así, me da tanta rabia que hayas tenido que presenciar esto... En cosa de dos semanas te has tenido que enfrentar a un montón de violencia.

—Bueno, si algo me consuela, es saber que ya nunca volverá por mí. La he visto respirar su último aliento de vida. Lo lamento por su familia.

—En los archivos no encontramos nadie vinculado con ella. Al parecer, sus padres fallecieron en un accidente de tráfico cuando era pequeña. Fue una estudiante brillante en una casa escuela de acogida.

—No lo entiendo —susurró—, tanta gente que desea vivir y están

condenados a morir y... —su voz tembló—. No parecía tener ningún miedo, ¿verdad?

—No lo tenía —dijo él—. A veces la mente se encuentra en tal estado de euforia que eres capaz de cualquier cosa sin querer pensar en las consecuencias. Sería como el dicho y hecho, sin que te dé tiempo a pensar en nada más. —Bajó los ojos hacia ella y la besó en la frente.

—Me pasa cuando voy al dentista —señaló ella, sorprendiéndolo—. Si no me atiende la primera, no entro.

Alonso soltó una carcajada y tomó el rostro entre sus manos. Ella era fuerte. Era la persona que poco a poco había trastocado su vida con tan solo una sonrisa, un gesto o un cruce de miradas. Era la niña que odiaba el mal vestir. La consentida que todo lo arreglaba contratando a alguien. La profesora de baile que había luchado por alcanzar un sueño, y él, él era el tipo más afortunado del mundo tan solo por saber que ella lo amaba.

Capítulo 18

Diego entró en el salón acompañado del portero. Este le relataba por donde había ido Paulina hacia la terraza cuando se detuvieron frente a Chantal y Alonso. Diego tendió la mano a Chantal con una sonrisa amable.

—Nos volvemos a ver, señorita Damasco. ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que llamemos a una ambulancia?

—No, gracias, estoy bien, detective Delgado.

Diego alzó la mirada a Alonso y también le estrechó la mano.

—Apuesto a que no esperabas a verme antes del martes, y yo que pensaba que tendría un fin de semana de lo más aburrido.

—Yo, en cambio, pensaba que iba a ser tranquilo —respondió rodeando los hombros de Chantal. La besó en la sien y salió con Diego a la terraza, a explicarle él mismo los pormenores de lo sucedido.

Chantal los miró a través de las puertas. Al final había podido vestirse y llevaba unos tejanos bajos sobre las caderas y una camiseta estrecha azul.

Diego sí tenía pinta de policía, aunque también vestía con vaqueros y una sencilla camisa verde con los dos primeros botones desabrochados. Sin embargo, Alonso, tan grande y ancho, la coleta tras la espalda y la estrecha camiseta sin mangas que enseñaba la serpiente de su brazo parecía un peligroso malhechor. Eso sí, ella sabía que tenía un corazón tan grande como una pelota de fútbol.

—¡Chantal! —llamó una voz ronca, preocupada.

Alonso y Diego se giraron justo a tiempo de ver que la joven corría a los brazos del recién llegado.

El hombre era un cincuentón bien conservado. Grande, fuerte, alto, elegantemente vestido de Massimo Dutti, cabello dorado con hebras plateadas, grandes ojos grises, con un aire protector y peligroso a un tiempo.

Alonso supo en el mismo instante que lo vio que se trataba de su futuro

suegro, y por primera vez en mucho tiempo sintió un repentino miedo de fallar a Chantal. De no encontrarse a la altura de las circunstancias. Él no quería su dinero ni sus empresas. Tan solo la quería a ella. ¿Sería eso suficiente? Si no lo era, se encargaría de secuestrarla, de llevarla a una playa desierta y de vivir eternamente perdido entre sus besos.

Ella se apresuró a presentarlos. Alonso mecánicamente estrechó la mano del hombre.

—Muchas gracias por haber salvado la vida de mi hija, sargento Vega.

—No tiene que darlas, señor, es mi trabajo.

—Dudo mucho que estuviese trabajando en el apartamento de Chantal. — Antes de que Alonso pudiera defenderse, el señor Damasco dejó escapar una risilla—. Sé todo lo concerniente a mi hija, y ella lo sabe.

—Es tan protector que se ha vuelto un curioso en cuanto a mi vida privada —intercaló ella mirando a su padre con enojo—. ¿Lo has hecho investigar? ¿Por qué?

—Es posible que por la costumbre —contestó sin ninguna muestra de arrepentimiento. Clavó sus ojos en Alonso—. He oído buenas cosas de usted, aunque para serle sincero, la temeridad no es algo que me apasione.

—¡Papá!

—Tranquila, nena, como comprenderás, me sorprendí mucho cuando anoche me enteré que habías subido un hombre a tu apartamento. —Volvió a fijar la vista en Alonso—. Me alegro mucho que estuviese aquí, de verdad.

—¿Me sigues vigilando? —Ella no debía extrañarse, pero lo hizo. Cayó en la cuenta de lo último que había dicho—. ¿Te alegras? —inquirió arqueando las cejas.

Alonso y Diego, este último lo estaba escuchando todo desde una posición más apartada, evitaron reír al verle la cara. El portero se alejó con discreción.

—¿Tú no te alegras, hija?

—Yo... eh... pues claro que me alegro, pero se supone, no sé... —Se encogió de hombros—. ¡Eres mi padre! Deberías...

—¿Escandalizarme? —la interrumpió con una sonrisa condescendiente—. A estas alturas, Chantal, deberías saber que nunca me has escandalizado ni me has hecho avergonzar por nada. Eres mi sangre, y eres como yo. —Apoyó la mano sobre el hombro de Alonso—. De vez en cuando vas a necesitar un poco de mano dura, o por lo menos... —se acercó hacia el hombre para susurrarle en el oído. Alonso debió inclinarse un poco—... que no crea que la consientes demasiado.

Alonso asintió. Notó el escozor de las lágrimas en sus ojos, pero las ocultó contra el cabello de Chantal cuando ella lo rodeó con los brazos.

Diego y el señor Damasco salieron al patio para observar el lugar desde dónde había saltado Paulina.

—Parece un buen hombre —le susurró Alonso, capturando su boca en un beso tierno.

—Le caes bien.

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto! De ahora en adelante, sabiéndote cerca de mí, dejará de enviarme a sus matones para que me sigan. ¡Le has quitado un gran peso de encima!

—Te quiere mucho y cuida de ti. No puedes reprochárselo.

Chantal miró a su padre por encima del hombro y sonrió.

—Por lo menos ha esperado hasta hoy para presentarse y no lo hizo anoche.

—Todo un detalle por su parte.

Ella centró su atención de nuevo en todo lo que había pasado y le preguntó:

—¿Que pasará ahora?

—Seguramente cierren el caso. Con todas las pruebas que tenemos va a ver tanta gente imputada que desatará el caos entre políticos. Pase lo que pase, eso es algo que ahora va a parar al poder judicial y no tiene nada que ver con nosotros.

—Ya, o sea que has concluido este caso. Pero lo que yo realmente quiero saber... —Con el dedo índice recorrió la línea de su mandíbula—... ¿Aún

estás dispuesto a aprender a bailar ese vals?

Alonso torció la boca haciendo una mueca bastante divertida.

—Siempre he querido hacerlo. Supongo que el novio está obligado a bailar, ¿no?

—Por su puesto. Es... como montar en la Harley.

Alonso la miró con amor.

—No hace falta que me convenzas, ya venía con esa intención. —Miró hacia su futuro suegro—. Creo que voy a decírselo ahora antes de que se arrepienta de haberse alegrado con mi presencia.

—Sí. —Lo empujó hacia él—. No pierdas esta oportunidad.

Ella lo vio aspirar con fuerza y caminar hacia su padre con paso decidido. Estaba segura de que lo iba a conseguir.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a los consejos de Mimi, mi correctora, y también a Rosa Gámez porque adoro sus portadas, y esta de *Trampa para dos* no es para menos. ¡¡¡Me encanta trabajar con vosotras!!!

Y a ti, sí. Sé que te suelo llamar hada, pero esta vez voy a decir tu nombre porque quiero darte las gracias por todo. Eres mi consejera, mi amiga y mi confidente. Me animas mucho, me haces reír, y aunque nos volvamos locas con el chat y soltemos nuestras carcajadas, también tenemos nuestros momentos difíciles, y este año yo he tenido algunos durillos. Por eso te doy las gracias por estar ahí siempre, escuchándome. Con el permiso de todos los lectores, esta historia está dedicada a Lola Gude.

Si te ha gustado

Trampa para dos

te recomendamos comenzar a leer

Toda la verdad

de Lola Rey

Selección RNR

LOLA REY



**Toda
la verdad**



Romance Actual

Capítulo 1

Rachel permanecía sentada sobre la pequeña meseta que coronaba la colina. Empezaba a anochecer y al darse cuenta miró con un gesto de preocupación al contactado; este, captando su muda pregunta, hizo un breve gesto de asentimiento y continuó con los ojos cerrados y las manos extendidas frente a sí; Rachel reprimió un suspiro deseando que no fuese uno más de tantos visionarios fanáticos con los que no había tenido más remedio que tratar. La luz sobre el horizonte adoptó un bonito color fucsia que anunciaba que en breve el sol se ocultaría; a pesar de que llevaba unos binoculares de última generación, unos Edge GS 3 con un sistema de visión nocturna por infrarrojos, hubiese preferido que el avistamiento se hubiese producido cuando aún había luz natural; de noche era mucho más difícil interpretar de manera correcta las siluetas y las luces. Junto a ella Dennis miraba la cámara, comprobando por tercera vez que todo estuviera en orden; Rachel deseó con todo su corazón que esta vez sí fuese cierto.

—Ya vienen. —La voz del contactado la puso en alerta. Echó una nerviosa mirada a Dennis que se limitó a murmurar:

—Estoy listo.

Rachel miró al contactado, este observaba con fijeza algún punto indeterminado del noroeste y, ajustando sus binoculares, contempló el cielo en la misma dirección, tan concentrada que apenas notó el agudo picotazo de un mosquito. En ese momento, lo que parecía una gran nube moviéndose majestuosa entre pequeños jirones blancos apareció por el horizonte. Rachel tragó saliva.

—Graba esa nube Dennis.

—Ya lo estoy haciendo... Que me jodan si eso no es lo que yo creo.

La nube paró de repente de una manera tan poco natural que Rachel lanzó un gritito de júbilo. En ese momento, se olvidó de la presencia del contactado, del puñetero mosquito que había decidido cebarse con ella y de sus carísimos binoculares, que había dejado caer sobre su pecho de cualquier manera. La extraña nube pareció iluminarse ligeramente desde dentro, y la voz del contactado la sacó de su ensimismamiento.

—¿Puede ver la nave?

—Está dentro de la nube, ¿no es así?

Dennis dirigió la cámara al contactado, esperando su respuesta.

—No es una nube, es materia plasmática que produce la nave y que le sirve para camuflarse.

—¿Estará mucho tiempo?

—Mandrath me comunica que dentro de poco transmitirán un mensaje que estará al alcance de todos los ojos, pero que no todos verán.

—¿Cuándo será?

—Dentro de poco. —El contactado no pareció notar la agitación y la impaciencia que transmitía la voz de Rachel.

—¿Ha dicho algún lugar?

El contactado cerró los ojos y pareció ignorar la pregunta. La maldición de Dennis la hizo mirar hacia el lugar donde se había detenido la extraña nube, pero esta ya había desaparecido.

—¡¡Joder!! —murmuró contrariada.

En ese instante el hombre pareció salir de su trance y dirigiéndose a ella le clavó su enigmática mirada y murmuró:

—Cuando sea el momento, usted sí lo verá.

Rachel reprimió un suspiro de frustración. Lionel, el supuesto contactado, era demasiado hermético. Esa cualidad, que en un principio le había sugerido a ella seriedad y sinceridad (por la absoluta falta de publicidad de sí mismo que había exigido a cambio de dejarlos acompañarlo), ahora la fastidiaba sobre manera.

—¿Qué quiere decir exactamente?

El hombre comenzó a andar dirigiéndose hacia su coche y, durante unos segundos, Rachel pensó que iba a marcharse sin contestar, pero antes de abrir el coche Lionel se volvió hacia ella y murmuró:

—Mandrath dice que a partir de este momento los mensajes van a ser visibles, aunque solo unos pocos sabrán interpretarlos y me habló de usted.

Fue por eso que me puse en contacto con su revista...

El corazón de Rachel dio un vuelco y echó una mirada ilusionada a Dennis, que ya tenía la cámara recogida y el pesado bolso colgado al hombro. Este se limitó a alzar las cejas en un gesto que ella no supo interpretar. Lionel se subió en su ranchera y arrancó, sin dirigirles ni una sola mirada de despedida. Un tipo raro, sin duda.

Una media hora más tarde, ya al volante de su Ford Fusion, Rachel no podía contener la excitación que la embargaba.

—¿Cuándo tendrás lista la grabación?

—En un par de días. —Dennis dejó de manipular la cámara y la metió en su funda, a la vez que se recostaba en el asiento del copiloto y comenzaba a dormir.

—¿Crees que hay algo bueno?

Dennis abrió los ojos y pareció sopesar la respuesta durante unos segundos.

—Ya sabes cómo es esto Rachel... Lo que para ti es un avistamiento genuino, para los escépticos no será más que un estratocúmulo.

—¿Para mí, Dennis? —Rachel apartó durante unos segundos la vista del camino—. ¿Acaso tú no has visto lo mismo que yo?

Dennis resopló antes de responder.

—Claro que sí, pero esto es como el rollo poli bueno, poli malo. Tú crees que ya tienes el material que convencerá a los escépticos, y yo tengo que procurar que mantengas los pies en el suelo.

—Y yo que creía que tu trabajo consistía en grabar y en hacer fotos...

—Eso también —rio Dennis.

—Sí, pero sé a lo que te refieres. —Tras decir esto, Rachel permaneció unos segundos en silencio aparentemente concentrada en la conducción, pero su mente no dejaba de dar vueltas a lo que acababa de suceder—. De todas formas, estoy empezando a pensar que jamás voy a conseguir esa prueba inequívoca de la visita de los alienígenas que convencerá al mundo.

Dennis la miró con la alarma dibujada en su rostro.

—Rachel, ¿estás tirando la toalla? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

—¡Por supuesto que no! —Ella apartó la vista de la carretera y lo miró con intensidad—. Después de escuchar tantos falsos contactados y de perder horas esperando ver aparecer una nave, esto ha sido como un soplo de aire fresco; necesitaba algo así para recuperar la ilusión, pero creo que son los visitantes los primeros interesados en mostrarse ambiguos; ¿por qué no se limitan a aparecer en mitad del estadio de los Bills en pleno partido de liga? Estoy empezando a cansarme de esto. —Enfurrugada, hizo un gesto despectivo con la mano.

—¡Oh, vamos, Rachel! —Dennis rompió a reír y la miró divertido—. ¿A quién tratas de engañar? Te he visto perseguir todo rastro de fenómeno que huela a alienígena como un sabueso persigue a un conejo, ¿cuándo se supone que has perdido la ilusión?

—Te aseguro que a veces he sentido la tentación de dejarlo todo.

—Pero no puedes.

—Exacto, pero solo porque estoy convencida de que tarde o temprano nos dejarán una prueba irrefutable de sus visitas.

—Y tú quieres ser la que esté ahí para mostrársela al mundo.

Rachel sonrió.

—Admite que suena bien.

—Sí, siempre y cuando eso no te haga obsesionarte.

—¿Renunciar a ser tomada en serio en mi carrera y dejar de lado al que probablemente era el amor de mi vida te parece que es obsesionarme?

Dentro del coche se produjo un repentino silencio. Luego Dennis lanzando un suspiro exclamó:

—Te dije que podía suceder.

—¿A qué te refieres?

—A John; te arrepientes de haberlo dejado, ¿no es cierto?

Rachel pensó la respuesta tratando de ser lo más sincera posible, no solo con Dennis, sino con ella misma.

—No te negaré que continúo echándolo de menos y a veces me pregunto qué habría sucedido si hubiese seguido junto a él y hubiese hecho caso a lo que me pedía. —Hizo un gesto difuso con la mano, pero Dennis sabía a qué se refería—. Pero sé que mi vida estaría más vacía de lo que está ahora.

El ultimátum de John resonó de nuevo en su cabeza: «No podemos formar una familia si estás todo el día de aquí para allá. Además, ¿qué les diré a todos cuando te presente? "Esta es Rachel, mi esposa, se dedica a perseguir alienígenas"». John trabajaba en un banco, y su prometedora carrera no dejaba de ascender. Ella sabía que su profesión no encajaba para nada en los círculos en los que él se movía, pero a pesar de sentir que su corazón se rompía, no se sintió capaz de renunciar a lo que hacía porque su convicción era absoluta.

Dennis torció el gesto y a continuación añadió:

—¿Te he contado que Robert ha vuelto a llamar hoy?

Rachel pisó el freno y detuvo el coche.

—¡¡Rachel!! ¿Qué diablos haces?

—¿Qué le has dicho?

Dennis titubeó; quería muchísimo a Rachel, pero a veces esta era demasiado visceral e intransigente en sus opiniones.

—Le he dicho que estaba ocupado, que no podía hablar con él.

Rachel lo observó unos segundos en silencio, tratando de evaluar si su amigo le decía la verdad. Luego asintió en silencio y puso de nuevo el coche en marcha, mientras Dennis enterraba el rostro entre las manos.

—Tienes que dejar de hacer esto, Rachel.

—Ya sabes lo que pienso de él, no quiero que vuelva a hacerte daño.

—Sí, mamá.

Rachel apretó los labios.

—Está bien, tal vez me extralimito a veces. —Afortunadamente, no vio el gesto sardónico de Dennis al oírla—. Pero solo te he visto llorar una vez y fue por el tío ese. No te merece, Dennis, y si ahora está sufriendo por ti, me

alegro.

Dennis se sintió conmovido y apoyó su mano en la mano que Rachel mantenía sobre el volante, apretando brevemente en un mudo gesto de simpatía.

—Te quiero, Rachel, y tienes toda la razón del mundo.

Rachel sonrió y miró con cariño a Dennis.

—Yo también te quiero y estoy dispuesta a matar a cualquier cretino que te haga sufrir.

—Desde luego eres mi dama de brillante armadura —exclamó Dennis con un dejo de sarcástica diversión.

—Más bien soy el dragón que chamuscará a quien ose hacerte daño.

Ambos rieron, y el ambiente se relajó sensiblemente.

Dos días después Rachel miraba con frustración las fotos que Dennis acababa de pasarle. La forma de la nube era extraña, desde luego, y Dennis había hecho un buen trabajo captando la extraña luminosidad que había surgido de ella, pero sabía que no sería suficiente. Afortunadamente, contaba con la grabación de la llegada de la «nube»; la había visto ya una decena de veces en la pantalla de su ordenador y, si bien sabía que un escéptico jamás la admitiría como una prueba concluyente, al menos tendría que admitir que había algo extraño en el movimiento y en el resplandor de la misma.

Había querido escribir un amplio artículo en la revista que había fundado junto con Dennis, y de la que era directora general, *Toda la Verdad*, pero ahora sabía que solo con las fotografías el artículo quedaría superficial, y William Snarley se le echaría encima en su columna del *Nashville Today*, estaba segura. Torció el gesto al pensar en ese hombre, su archienemigo, como decía Dennis. En las redes sociales incluso se habían creado dos grupos apoyando una y otra postura. El columnista y ella habían declarado una especie de guerra fría en la que Rachel se negaba a ser la primera en enseñar la bandera blanca.

Mordisqueó el bolígrafo con el que había estado tomando notas mientras

pensaba en cómo podía organizar la información que tenía para escribir el artículo. Tenía las fotos, la declaración del contactado... Tal vez podía ahondar más en el tema del plasma. Era algo bastante poco comentado. Era una pena no poder usar la grabación en la revista, aunque siempre podía colgar el vídeo en su canal de Youtube y hacer referencia a él en el artículo. Sí, eso haría. Sería divertido ver cómo William Snarley trataba de explicar la desconcertante aparición de la nube y su extraño movimiento. Animada se dispuso a ponerse manos a la obra.

Algunas semanas más tarde, cualquier rastro de diversión se había esfumado de su rostro mientras leía el *Nashville Today*, aún en pijama y con una taza de té en la mano.

—¡Será desgraciado!! —murmuró entre dientes.

En ese momento sonó el teléfono, y Rachel arrojó el periódico sobre la encimera de la cocina mientras se dirigía al salón y descolgaba el aparato.

—Rachel.

—Hola. —La joven se relajó al reconocer la voz de Dennis.

—¿Has leído el periódico esta mañana? —La voz de su amigo sonó cautelosa.

—Acabo de verlo.

Tras unos segundos de silencio, Dennis continuó hablando:

—Parece ser que esta vez se ha esforzado más que otras.

—¿Esforzado en qué?

—En humillarte, claro, ¿en qué iba a ser?

Rachel rechinó los dientes y contó hasta diez mientras se recordaba que Dennis no era el objeto de su ira.

—No me apetece hablar del tema.

—¿Quieres que me acerque a tu casa, me invitas a comer una de esas ensaladas deliciosas que tú haces y despellejamos juntos a ese tipo?

Rachel sopesó la oferta que Dennis le acababa de hacer y estuvo tentada de

aceptarla, pero lo cierto era que ese sábado había pensado dedicarlo a hacer limpieza general y no quería posponerlo por más tiempo.

—Otro día, Dennis, hoy tenía otros planes.

En la línea se produjo un instante de silencio.

—¿Planes que incluyen a un tío atractivo enredado en tus sábanas?

—No, mis planes incluyen una aspiradora, una gamuza y un millón de productos tóxicos.

La carcajada de Dennis la hizo sonreír.

—Como tú quieras —exclamó él tras dejar de reír—, pero si cambias de opinión, solo tienes que llamarme; incluso podría conseguir un muñeco de vudú llamado William.

Rachel rio divertida; Dennis tenía la cualidad de alegrarla por muy sombrío que fuese su humor.

—¿Sabes? Tarde o temprano tendrá que tragarse todas y cada una de sus palabras, y solo pido estar ahí para verlo morder el polvo.

—Amén.

Una vez que hubo colgado el teléfono, Rachel volvió a coger el periódico y, tras apurar el té de un solo trago, se sentó a leerlo, mientras sus ojos se detenían en la frase que más daño le había hecho:

«...un día de estos, Rachel Taylor nos mostrará la foto difusa de un águila asegurando que se trata de un dragón mitológico».

—Imbécil —murmuró entre dientes a la vez que arrojaba el periódico a un lado.

Durante unos minutos se quedó sentada en el sofá mientras su mente divagaba. Sabía que mucha gente a su alrededor estaba convencida de que era una especie de friki, y otra mucha la catalogaba de charlatana, entre ellos ese odioso de Snarley, pero ella estaba convencida de que el mundo no era lo que parecía, que había mucho más que se escapaba al ojo humano. Ella había tenido la oportunidad de conocer a personas fascinantes, inteligentes, llenas de carisma, bondadosas; personas sencillas, sin afán de notoriedad; personas que

habían abierto su corazón para contarle sus historias, vivencias que en ocasiones los desconcertaban, otras los asustaban y la mayor parte de las veces los fascinaban. Tal como le había sucedido a ella misma hacía muchísimo tiempo.

Estaba convencida, ni un millón de Snarleys iban a apartarla de su camino; si bien sus pullas la molestaban, suponían también un acicate para continuar investigando, trabajando, trasladándose allí donde apareciese el más mínimo indicio de que no estamos solos y que otros seres de mundos lejanos nos visitan.